FUTURO

REVISTA MENSUAL

NOVIEMBRE

1934

DIRECTOR:

VICENTE LOMBARDO TOLEDANO

MEXICO, D. F.

DIRECTORIO

Gerente de la Editorial FUTURO,
XAVIER ICAZA.

Director de la Editorial y de la Revista FUTURO,
VICENTE LOMBARDO TOLEDANO.

Secretarios de Redacción:
EFRAIN ESCAMILLA Y HUMBERTO PUEBLA.

Administrador de la Editorial y de la Revista
FUTURO
VIDAL DIAZ MUÑOZ

Toda correspondencia debe dirigirse al Administrador.

Motolinía, 19. Apartado Postal, 2403.
Eric. 2-98--79. Mex.: L-97-35.
MEXICO, D. F.

Tomo II. Núm. 4. Noviembre de 1934.

SUMARIO:

La Edad de la Revolución Mexicana.
Por Vicente Lombardo Toledano.

La Revolución Mexicana y la Cultura.
Por Xavier Icaza.

El Arte de Marion Greenwood.
Por Verna Carleton.

La Esencia de la Doctrina Marxista.
Por Max Beer.

La Revolución Española a través de las crónicas burguesas.

Prisioneros de los Nazis.

PRECIOS:

Suscripciones en la República, por 6 meses.....	$ 2.75
Para el extranjero (dólares).....	1.40
Número suelto en la República.....	„ 0.50

La Edad de la Revolución Mexicana

Por VICENTE LOMBARDO TOLEDANO

Nació en 1910. Empezó a definirse en 1915. Prematuramente se hizo Gobierno en 1917. En nuestra época comienza a tener sentido histórico trascendental.

Ayer cumplió veinticuatro años de edad física; pero se trata de un caso de retrazo mental, común en los organismos humanos.

La ignorancia del pueblo; la falta de intelectuales desligados del porfirismo y con visión del porvenir; la ausencia de un programa claro y concreto para construir un México opuesto al pasado, desde el punto de vista material y moral, desviaron a los diversos elementos de la Revolución durante un lustro hacia la tarea infecunda de disputarse el dominio del Gobierno. En el rigor de la lucha uno de los bandos vislumbró que el problema del país era un problema económico antes que político y que las masas tenían hambre sin importarles gran cosa el derecho del sufragio. Este bando fué el que venció al otro que no llegó a entender el drama social cubierto por la maleza de la oligarquía porfirista, de raíces profundas.

Pero el error de los vencedores consistió —error no imputable completamente a ellos por las causas ya anotadas—, en creer que sin transformar la estructura económica de la nación y reafirmando en su Carta constitutiva los defectos del régimen individualista y liberal, podrían las masas desheredadas vivir tranquilas con la restauración de algunas instituciones como el ejido y con el advenimiento de otras nuevas, como el sindicato, la jornada de ocho horas y la huelga.

Promulgada la Constitución de 1917, la Revolución perdió su carácter de fuerza destructora del régimen contra el cual surgió y se convirtió en fuerza organizada jurídicamente para realizar el contenido de las flamantes instituciones sociales. Es decir, dejó al porfirismo intacto como sistema de gobierno y como régimen económico, y se propuso

calmar el hambre de la clase trabajadora con una ración más de pan.

Los pueblos tienen ilusiones y alucinaciones como las personas: convaleciente de la larga y sangrienta lucha interna, creyó el nuestro en la eficacia de los Artículos 27 y 123 de la nueva Constitución, y esperó.

Los últimos catorce años le han servido para convencerse de dos cosas importantes: de que la Revolución no se ha hecho y de que la Revolución debe hacerse. No se ha hecho porque la apropiación individual de la riqueza sin límites subsiste, como base de la sociedad mexicana; porque las hondas diferencias de fortuna que separaban a las clases sociales durante la Administración de Don Porfirio Díaz, se mantienen aún con el mismo aspecto de ayer y con las mismas consecuencias morales y políticas; porque las vacilaciones constantes en cumplir con las pequeñas garantías legales con que cuenta el proletariado, han llegado a convencer a la clase patronal de que el Estado en México no ha sido hasta hoy su enemigo; porque muchos de los hombres que han detentado el Poder durante la vida de la Revolución, han incurrido en los mismos vicios de los favorecidos por el porfirismo, enriqueciéndose y negando con su conducta el valor de sus discursos llenos de anatemas contra la reacción; porque en el aspecto nacionalista —entendido como oposición activa contra el imperialismo—, la Revolución no sólo no ha hecho de México un país con autonomía propia, sino que ha aumentado los lazos de dependencia que históricamente nos atan a la poderosa nación del Norte.

La Revolución debe hacerse no sólo porque ha sido sacrificio y promesa, sino porque es condición para el bienestar de la inmensa mayoría; porque sin apoyar la producción agrícola en el trabajo de los campesinos organizados y dueños de la tierra, la hacienda destruirá al ejido y restablecerá al peonaje bajo nuevas formas, pero con igual resultado que ayer; porque sin la revisión de la estructura de la industria manufacturera, seguirá el pueblo manteniendo fábricas de productos fuera de su alcance, para beneficio exclusivo de sus propietarios; porque sin reglamentar y poner condiciones al capital extranjero invertido en las industrias de materias primas y en la industria pesada, jamás existirá la posibilidad de una industrialización del país para provecho de su pueblo; porque sin socializar los transportes éstos seguirán siendo un lastre para las finanzas públicas y un estorbo para la reorganización de la economía nacional; porque sin obligar al crédito público y privado a servir los intereses de las mayorías, la producción individual será el

rival victorioso de la economía de las comunidades y de las organizaciones de trabajadores; porque sin subvertir los términos del régimen actual de los impuestos, gravando la parte del león del capitalista y librando de cargas al salario, el trabajo productivo seguirá siendo un esfuerzo casi gratuito y estéril hasta para engendrar nuevos parias; porque sin impuestos progresivos que completen el sistema de las contribuciones directas y obliguen al capital a reintegrarse a la comunidad de que surgió, las diferencias económicas entre los individuos mantendrán la causa más importante de la lucha de clases y de la miseria y de las privaciones de las masas; porque sin escuelas numerosas y gratuitas que orienten a las nuevas generaciones hacia un mundo mejor, al llegar a la juventud en cada individuo brotará un nuevo contrarrevolucionario; porque sin gobernantes honestos que tengan el poder de conducir al país, apoyados ante todo en la autoridad moral de una conducta sin tacha, el sentimiento ingénito en nuestra raza de oposición a todo lo que del Estado proviene, hallará una justificación plena y producirá un desprecio sistemático del pueblo para la obra gubernativa.

Convenir en que la Revolución debe hacerse, es el éxito más grande que ha logrado la Revolución hasta hoy. Porque esto significa que se ha hallado, al fin, el camino, y que se tiene el propósito de recorrerlo para alcanzar su término.

Mentira que lo que más disgusta a los capitalistas inteligentes es la amenaza de un nuevo régimen de la propiedad. Lo que los desconcierta y subleva es la ausencia de un régimen definido. El capital de "manos muertas" es ya inconcebible en este tiempo: la riqueza está hecha para consumirse o para seguir creando bienes. Lo que hace huír al capital es la falta de una norma, de un orden, cualquiera que sea. Un país sin capital puede crearlo si se organiza bajo bases de justicia y de alta visión histórica. Un país sin programa y dividido por el desenfreno del lucro individual, puede destruir la fortuna propia y la ajena, como un horno que calienta a una caldera de la que escapa el vapor por todas partes.

La Revolución ha nacido a la edad de veinticuatro años. El hecho no es insólito en la historia. Rehabilitemos su pasado haciéndola vivir en lo sucesivo sin soluciones de continuidad. Nuestros hijos recogerán sus primeros grandes frutos. Pero para ello es preciso que los hombres de gobierno sean en sus personas la realización de sus palabras.

Porque lo que México necesita con urgencia es una rehabilitación moral.

La Revolución Mexicana y la Literatura [1]

Por XAVIER ICAZA

En este aniversario, nuncio de nueva y radical transformación, consagro este discurso a cuantos con su esfuerzo callado, hondo y sincero tratan de renovar a México.

¡Hay que ser de su tiempo!
DAUMIER
¡Hay que ser hombre actual y artista póstumo!
JEAN COCTEAU

La cuestión social y la económica constituyen el urgente problema de la hora. Resolverlo es el deber de todos. La angustia atormenta los pechos mientras no se le encuentre solución. Y aguijonea implacable los de los indecisos —los de quienes no se resuelven a mirar frente a frente el problema, y a seguir sin vacilaciones el camino que la historia nos marca.

Y el que nos señala está a la izquierda, y a la izquierda ha de enderezarse nuestra ruta. Y dentro de ella debemos resolverlo; conforme a esa tendencia hemos de interpretarlo.

El problema es tan agudo ahora que los demás se borran ante él. Toda otra angustia, cualquier otro conflicto que no se halle relacionado a aquel pierde importancia y no llega a tener actualidad.

En nuestra vida toda el problema nos llama. En todos nuestros actos se presenta implacable y en él nos hace meditar. Todas nuestras acciones con él se relacionan y la solución que damos a nuestros pequeños problemas está ligada con la que en nuestra subconsciencia daríamos definitivamente a aquel.

Tal estado mental, situación tan aguda y tan característica debe de tener su expresión. Debe ser reflejada en las artes y en la sociología, en las meditaciones del filósofo y en las creaciones del poeta —magnavoces del mundo. Si la novela o el teatro reflejan la vida que en su derredor bulle, en ellos debemos encontrar esa angustia, en ellos debemos hallar apuntada solución a tan hondo problema. Y

(1) Conferencia sustentada el 20 del actual en el Palacio de Bellas Artes.

si no lo reflejan, carecerán de vida, de raigambre, acusarán un cobarde y mezquino egoísmo en sus creadores. Juzgaríamos a estos como seres de absurda egolatría, que en medio del fragor de la lucha son capaces de encerrarse en diminuta torre de marfil, entes a quienes se les ha secado el corazón. Incapaces de sentir la lucha intensa y de compartir el sufrimiento que se abate implacable sobre la humanidad de hoy, se enconchan en su caparazón molusco y producen pequeñas obras muertas, atormentadas labores cerebrales en las que no hay un eco de la vida profunda. Como los artistas decadentes de las culturas muertas, son completamente sordos a la que nace atropellada y agresiva en torno a ellos, cultura nueva, civilización nueva, nuevo credo que acabará por barrerlos y arrojarlos a un lado como ejemplares de curioso museo. La vida no los considerará más como formando parte de ella. La vida los mirará al pasar como a vieja carroña. Almas muertas, no quedará de ellas sino obra muerta, flores artificiales, flores de papel, flores sin vida, trastos de apolillada rinconera.

Mas tales rezagados son los menos. Arrebatados por tan hondo problema, se hallan, en la hora actual, numerosos poetas, novelistas, **pintores.** Y aquel es el argumento y la inquietud de su obra. Y forman ya legión. Constituyen grupo característico, inconfundible ya, con nueva técnica, nuevo lenguaje, nueva forma. A la literatura de estas características se le llama social. Es revolucionaria, pinta rebeliones de masas o de pueblos, las critica o prepara. Casi siempre, antes de que una verdadera revolución estalle, ha habido una literatura que le allane el camino y que prepare los espíritus, y que derrame en ellos su inquietud.

Es el arte que anuncia el nacimiento de una nueva cultura. Trata de reeducar, de señalar senderos nuevos. Debe de hacer patente a todo aquel que lucha y vive —que vive realmente y así sufre y así palpita con la tragedia actual— el significado de la hora. Hay que fijarle normas, que mostrarle el camino que la vida le marca.

Y la educación y el arte y la cultura no deben ser ya más el privilegio de unos cuantos. Deben hallarse al alcance de todos. Ser vivas, populares. Cooperar a la solución de los problemas generales, encaminar la vida conforme al dictado de la hora. El momento reclama la general cooperación, el esfuerzo y el trabajo de todos.

La vida nos dice como hacerlo. La producción es colectiva. Los problemas son generales. Es necesario que todos cooperen en aquella, que todos procuren resolver estos. La educación y el arte y la cultura deben, pues, abarcar la cla-

se más humilde, participar en su lucha, formar codo con codo en sus estrechas filas.

Glaesser así define la situación del escritor en nuestra época:

> "...se exige del escritor el discernimiento de su posición y luchar; le pide sin cesar, la defensa de los valores humanos contra las fuerzas que les amenazan; reclama su intervención en las luchas sociales, en los conflicos de la concepción del mundo; llega hasta pedirle servir un partido, un grupo, una clase políticamente activa. Se trata, pues, en ese caso, para el escritor, de interpretar el estado psicológico y fisiológico de importantes grupos de la humanidad, expresando sus caracteres y su situación material, social y espiritual."

Esta literatura es la que el mundo busca. El tormento que a todos nos embarga hace que sean considerados pecadores que van contra el Destino quienes esquiven el problema. Tal es la ruta que a la literatura marca el momento histórico. Y quien sea verdadero escritor, aquel en quien bulla la vida y que escriba con sangre con ella hará su literatura, pero espontáneamente. Si nó su obra no sería arte. Sería otra cosa: propaganda, periodismo vulgar, líneas sin vida. Así brotó de Lope, arrolladora y pura, cual limpio manantial, FUENTE OVEJUNA. Así, de .Aristófanes, LAS RANAS De Sófoclos y Esquilo, tragedias que nos muestran vivos y fuertes los problemas sociales de su tiempo. Obra social hicieron. Pero nació espontánea e incontenible de ellos. Sintieron el dolor de su pueblo, lo interpretaron e hicieron perdurar.

Si tal es el camino, hay que seguirlo. De no hacerlo, se caerá en la sanción de quien esquiva leyes ineludibles. En los momentos en que determinado grupo humano vuelve la espalda a su destino o finge que lo ignora, presenta aspecto lamentable. Ofrece el espectáculo de una casa de orates: actúan sin un fin determinado; trabajan contradictoriamente; lo que construyen hoy lo deshacen mañana. Su barco está al garete. Su obra flota cual vela desprendida. La sanción no tardará en llegar. El público, el lector huirán de ellos. Serán flores de invernadero. Sólo atenderá su obra pequeña, alambicado grupo que se autodenomina refinado, exquisito, conocedor experto de alardes técnicos, pero a quienes la vida arroja a un lado del camino. Desconocieron su deber histórico. Ignoraron los principios que gobiernan su tiempo. No atendieron el premioso llamado de sus profetas, de la doctrina materialista según la cual se mueve. Quizás años después resurgirán como frutos extraños, y algún erudito curioso

los desenterrará como a raros engendros que no cumplieron con el deber que su época marcaba. Y el primer deber de todo hombre, es serlo de su tiempo.

El arte por el arte. La cultura por la cultura misma. Viejos principios arrasados por la impetuosa corriente socialista.

Tal estado de ánimo, tan agudos problemas prestan a nuestra época perfil inconfundible. Y sus características aparecen claras en la literatura. Barbusse las define en estos términos:

"La transformación operada en el modo de escribir consiste en lo siguiente: se han eliminado de la palabra escrita sus lentitudes, lo convencional, los circunloquios. Digámoslo también: la cortesía del lenguaje de antaño. Se han roído y recortado las viejas metáforas; se han aplicado más directamente la palabra al objeto o la idea; se ha introducido en la imagen, que es la sustancia del estilo, la nitidez científica, la velocidad, la línea recta, la concisión esquemática. Se ha roto la frase tradicional para darle relieve y reflejos que resaltan más. La escritura se ha tornado de ropaje en piel."

Y son tan evidentes estas características que se puede distinguir a primera vista lo escrito ahora de lo publicado hace veinte años. Existe ya un estilo moderno. Tenemos, pues, la máquina adecuada para trabajar nuestros problemas.

Pero esta literatura, este estilo moderno, no existía en México al iniciarse la Revolución, en 913. Entonces se hallaba al margen de la vida. Y, como ella, todas las actividades culturales.

La Revolución se convirtió en Gobierno. La Universidad —recuérdese que hablo de la de 914— debía transformar México, revolucionar su arte. Se le entregó a los intelectuales jóvenes. Era indispensable que manos nuevas la reorganizaran. Intensa agitación espiritual conmovía al mundo. había sed insaciable de renovación. Era el momento de revisar valores. No sólo las ciencias sociales ponían en entredicho lo que antes se juzgara inmutable. Todas las artes renovaban conceptos. Pintura, música, escultura arrojaban al cesto de las cosas inútiles dogmas que fueran intocables.

La vieja Europa se renovaba una vez más. Su refinado instinto supo encontrar de nuevo la fuente de la perenne juventud. Como en la antigüedad y en el Renacimiento, ante nuevo período de prueba se supo transformar. En la hoguera terrible surgían los verdaderos y profundos problemas. Y para pintarlos era indispensable nueva técnica. Y en el

fuego que amenazaba aniquilarla se purificó y produjo la Revolución salvadora de Rusia.

Solamente las empolvadas Academias no querían escuchar, ni querían ver. Refugio de todas las mediocridades y nido de todos los prejuicios, negaban valor estético a los movimientos que al agitar el mundo artístico lo transformaban por su base. Flouquet, el exquisito pintor belga, lo comentó a propósito del "Círculo Artístico" de Bruselas:

—ese hogar rollizo en que viven tranquilamente, envueltos en la grasa de la pereza, los quidams del arte bruselés— y donde la ancianidad es la ley.

Por eso en México era urgente renovar las escuelas. Era indispensable sacudir la polilla. El momento era propicio. Había que aprovechar el huracán de la Revolución. Por eso ante el asombro y el despecho mediocre de sus quidams, las cátedras universitarias, la dirección de las escuelas fueron ocupadas por nuestra juventud intelectual. Del último examen, pasaron a veces a la cátedra. Antonio Caso lo señala en su folleto "Ramos y yo".

Había improvisación, pero era inevitable —y preferible. Del otro lado no había más que solemnidad pastosa y oropelesca cultura de almanaque manido.

Desgraciadamente el huracán no fué bastante fuerte. En los periódicos "serios" —como todavía hoy pasa— en la barra judicial de la defensa, se les encuentra todavía. Y aún les aplauden y los citan horteras cuistres y atrasados burgueses con criterio de chantres.

Y así, los elementos intelectuales hablaron a México del arte vanguardista. Pero todavía no lo producían en las letras. Hablaron de literatura de vanguardia pero no supieron escribirla.

Se escuchaba no obstante, la voz de la renovación. El cubismo, "cette trouvaille de génie", se había impuesto en Europa. Y en México nadie hablaba aún de él.

Todavía en 910 se echaba a perder el Salón de Actos del Museo con un amanerado óleo compuesto a base de Grecia de cartón —como era todavía la Grecia crisoelefantina del más elegante de nuestros oradores.

Y todavía en nuestros salones se amontonaban los ajuares Luis XV. Y entre nuestros conocedores "pastiche", se consideraba como muy avanzada la dulzona pintura de Sorolla. La exposición verificada en el Pabellón Español es una de las más hirientes muestras de nuestro increible atraso artístico.

¡Exponer esas telas cuando ya en Europa se modificaba el cubismo! Muchos años después de las exposiciones de los

Independientes en París. Exposición de 1911, 12 y 13 en Quai d'Orsay; 1914, en Champ de Mars. Y las múltiples de Picasso en Europa y New York. Nada menos que trece años después de la trascendental organizada por Coquiot, en 901.

Rousseau, Lautrec, Picasso reinaban en París, conquistaban New York, después de dominar Europa, y todavía nuestra Academia de Bellas Artes dormitaba bajo la influencia de Murillo —y nuestra endeble aristocracia se extasiaba ante los acaramelados óleos de Carrasco.

En el decorado teatral, igual atraso. Ya New York se transformaba bajo la influencia rusa: el decorado se había simplificado; el futurismo vivificaba los escenarios avanzados de los Little Theaters, regados en toda la Unión Americana, y los nuestros se doblaban todavía bajo el peso de las complicaciones infinitas de un absurdo realismo. Y mientras mayor número de cosas se aglomeraban en el escenario, a nuestros dilettanti les parecía mejor. El realismo exagerado reinaba sin rival. Los empresarios se excusaban: era el gusto del público. Tenían que complacerlo. Pretexto injustificado. Pereza intelectual. El público acaba por aceptar lo que le sirven. El ejemplo de Puccini puede recordarse como característico.

Tan intenso movimiento artístico, produjo nueva técnica. Y en Europa, los hombres que realmente vivían, la aplicaron a la interpretación de los fenómenos y problemas sociales.

En nuestras artes no pudo menos que producir honda transformación. La produjo definitiva en la pintura. Nació una verdadera y honda pintura mexicana. Hija de un pueblo tan sensible a la plástica, tuvo que renovarse. Hondas obras nacieron. Encontramos en ella la interpretación de nuestros problemas más profundos.

La literatura sólo tomó la técnica. Permaneció ajena al momento, tan sorda que se refugió en el siglo XVIII. Florecieron la novela y los cuentos coloniales. Y mientras la literatura hablaba de frailes, virreinas y saraos, hervía la tragedia, y el incendio de la Revolución hacía chirriar el cuerpo del país.

Pequeño grupo de escogidos se hallaba entregado a la cultura. La Revolución hervía en su torno, pero no la entendían. Azotaba sus oídos el estruendo sin fin, ensordecíalos el eco tonante de la obra destructora. Y creyeron que era su misión el salvar la cultura. Y la cumplieron sin vacilaciones. Nació "La Nave". Se verificaban reuniones literarias periódicas. Surgió CULTURA. Se dieron a conocer en México, en forma popular, nuestros más clásicos autores,

y los más avanzados de Europa, y la lira de Oriente. Fueron dictadas conferencias. Se escribieron artículos. Se hizo ópera. Se importaron artistas de renombre que la guerra alejara de Europa. Se revolucionó nuestro raquítico medio intelectual y artístico, al grado de que se preparó verdadero renacimiento. Pero no surgió en los escritores el deseo de interpretar la Revolución —ni sus problemas. Sólo percibían de ella su aspecto destructor. Como fué una revolución de masas, no la preparó el intelectual. Y a muchos de ellos alarmaba su implacable segur o su chirriar. Advertían el "mitote", no la causa profunda.

No es extraña esta miopía en quien no prepara o encauza un movimiento. Al terminar la guerra de Treinta años, como observa bien Trotski, el movimiento alemán de la Reforma aparecía como una baraunda desencadenada por hombres escapados del manicomio. Y, en cierto modo, así era, ya que Europa acababa de salir de los claustros de la Edad Media. Lo mismo observa a propósito de la Revolución Francesa: "Aquel reaccionario y pedante de Taine se imaginaba haber descubierto una gran cosa cuando decía que a la vuelta de algunos años, después de haber decapitado a Luis XVI, el pueblo francés vivía más pobre y menos feliz que bajo el antiguo régimen. Como si sucesos como el de la gran Revolución Francesa pudieran medirse con el rasero de "algunos años". Sin la gran Revolución sería inconcebible la Francia de hoy, y el propio Taine hubiera acabado sus días como escriba de algún gran señor del viejo régimen, en vez de dedicarse a denostar la revolución a la que debe su carrera." ....

Lo mismo cabe decir de la trascendental Revolución de Rusia. Deberemos juzgarla a una distancia histórica aún mayor. Es injusto acusarla de ineptitud ya que en un pueblo tan atrasado y solitario como Rusia, unos años después de tan intensa sacudida, se ha podido dar al pueblo un promedio de vida que comienza a ser superior al que tenía en el viejo régimen. Para juzgar la Revolución Rusa definitivamente, habremos de esperar unos años. De demasiado cerca sólo se ven sus convulsiones. La cercanía excesiva no nos deja entender hechos que si parecen crímenes, son históricamente necesarios. Pero espíritus demasiado exquisitos, excesivamente refinados, al mirarlos reaccionan contra ellos y se refugian en época pretérita o hacen cultura por la misma cultura, creyendo que no tienen mejor misión que procurar salvarla.

Así es el caso de México al iniciarse la Revolución. Así cuando esta se apoderó de nuestra gran Tenochtitlán. Revo-

lución de masas, revolución que en sus inicios no definió sus fines, revolución que entonces no era bastante definida, revolución que aún está realizándose, mostraba al observador superficial sólo sus lacras y sus crímenes —crímenes y lacras, por otra parte, históricamente inevitables.

La Revolución triunfa. Comienza a haber tranquilidad. Pero todavía no se descubre bien su raigambre profunda. Se perciben claros, sin embargo, su perfil y su reciente historia. Y nace la literatura descriptiva, surge la literatura popular. Por todo el país se cantan corridos y **tragedias** que pintan la Revolución y sus héroes. Nace su gesta colorida. Y después, cuentos y ensayos. Y la anécdota se multiplica. Y el periodismo de la Revolución comienza a hacer su historia. Y sus primeros jefes a construir su doctrina.

A construir su docrina porque en sus inicios fué instintiva. Surgió espontánea del sentimiento firme de las masas. Hubo después que analizar el hecho y fundar la tesis de la Revolución. Así vemos varios años después de sus comienzos promulgarse las leyes trascendentes. Tomarse las medidas realmente revolucionarias, como estamos viendo ahora; con la Revolución convertida en un hecho histórico e indestructible, comenzar a realizar la verdadera revolución, la revolución en las conciencias, la revolución que ya va a ser social.

Así, pues, vemos que esa literatura fué postrevolucionaria. No la preparó. Ni siquiera la justificó en sus comienzos. Apenas si unos años después ocupóse en pintarla. Apenas si fué una débil, casi siempre, fuerte a veces, como después veremos, literatura descriptiva, anecdótica.

¡Qué lejos los literatos mexicanos de los franceses, de los enciclopedistas que hicieron posible y prepararon la Revolución Francesa! ¡Qué lejos de Dostoiewski y Tolstoy, que al pintar los sufrimientos rusos y la injusticia intolerable y al definir la doctrina y unirse al campesino y al obrero hicieron posible y organizaron la Revolución, revolución de intelectuales y de obreros capitaneados por un intelectual y dirigidos por campesinos y estudiantes, escritores y obreros! La literatura mexicana no preparó la Revolución.

Pero no ha sido siempre así en nuestro país.

1806, 1808. La intelectualidad de Nueva España medita doctrinas avanzadas. Se lee la Enciclopedia. Contra el sentir privilegiado, los hombres de excepción, la comentan en reuniones, saraos, salones, sacristías. Los abogados jóvenes hacen a un lado las pandectas y traducen Rousseau. Los oradores provincianos se deleitan con el verbo del implacable Mirabeau, lo toman por modelo. Y los de vena humorís-

tica o desertores de la filosofía escolástica se nutren con Voltaire. Se deslizaba así por la Colonia un modo de pensar que las autoridades, con justicia, decían afrancesado. Pero que cultivaba sentimientos rebeldes, que preparó la independencia, que hizo posible la emancipación de la Colonia.

Las teorías de los enciclopedistas inundan el país y lo transforman. Resueltos paladines, apoyados en tan recias doctrinas se lanzan a la lucha, y en 810 bajo la dirección de Hidalgo se proclama la Independencia. Comienza entonces la literatura política. Abad y Queipo e Hidalgo compiten en edictos sinceros. La lucha ya empeñada se apoya en el periódico, el panfleto, la pieza de ocasión y por fin en el libro. Y el **Diario** y el **Despertador** y el **Telégrafo** acogen la idea de libertad. Quintana Roo, "rápido en el concebir, expresivo y vibrante en el decir" funda su **Semanario** y en él escribe manifiestos y proclamas y artículos que difunden su credo —la teoría libertaria.

Y surge el hombre que había de llenar su época: Fernández de Lizardi, "El Pensador", cuyo **Periquillo** es nuestra obra popular por excelencia.

Continúa la guerra cruel, el urgente batallar. "El Pensador", firme en la brecha, no deja de alentarla, y con él otros semejantes, otros artistas, más o menos refinados o sabios, pero por igual sinceros y de análoga y recia convicción.

Lizardi pinta su época. Describe la sociedad en la que vive. Estudia sus problemas, procura apuntar soluciones. Nos muestra los tipos de su tiempo. Desfilan en su nutrida obra, nobles y plebeyos, cortesanos y payos, catrines, currutacos, la pirratica, el soldadón, los procuradores sin conciencia y los maestros sin ciencia. Nos habla de los abusos del gobierno, de la tristeza y miseria del pueblo, de la punzante desigualdad social, y a veces se pone a discurrir cómo remediar tanta miseria y cómo nivelar tanto desequilibrio. Lo realiza con arte, con "amore"; de sus palabras y sus frases tan nuestras fluye sinceridad, destila fuerza. Su obra es de carácter social. De esa literatura hace. Como FUENTE OVEJUNA, el "Periquillo" estudia problemas económicos y sociales de su tiempo.

La Literatura cumplió en esa época su más hondo destino. Revolución provocada y encauzada por intelectuales y escritores que supieron sentirla, fué sostenida y apoyada por ella. Y esa edad resulta rica en verdadera literatura de carácter social. Y florece de manera espontánea, y deja atrás las otras artes. La pintura permaneció fiel a la tradición religiosa. Continuó académica y convencional, a diferencia

de esa literatura popular, rica en circunloquios y modismos del pueblo. Y los literatos académicos que "conformaban su literatura de acuerdo con los preceptos de la retórica pulcra, fría y severa de entonces" no eran escuchados por nadie. Y nadie los recuerda. Sufrieron el castigo de quien no atiende el toque del Destino, de quien al esquivarlo deja de cumplir con su deber vital.

Y así en la guerra de Reforma. Los pensadores, la literatura radical prepararon el terreno en que habría de fructificar aquella. Pensadores, poetas encauzaron y supieron guiar el movimiento. Sintieron el ansia libertaria del pueblo y sin vacilación ni cobardía se convirtieron en sus abiertos paladines. Se formó así el grupo de hombres más puro, más homogéneo, más inteligente que cruza nuestra historia. Y el movimiento reformista fué encabezado por las personalidades más limpias y más fuertes que ha producido nuestra Patria.

Preparan la Reforma con folletos, discursos y sesudos estudios. Don José María Luis Mora y don Lorenzo de Zavala son sus teóricos más completos. Sus obras son antecedentes indispensables a las de los posteriores reformistas. Y la preparan con pasión y con ciencia. Y a su lado novelistas y poetas, imbuídos quizás de sus ideas, las llevan a la masa del pueblo. Así Payno pinta en forma minuciosa y total la sociedad de entonces y **Facundo** la proyecta en su **Linterna** Mágica y en sus estudios la critica. En esos libros, indispensables para el que estudie su época, desfilan sin tapujos los tipos característicos de esa edad en que coincide el florecimiento del romanticismo con la lucha reformista.

Surge también vigorosa y fecunda la literatura política. El periodismo y la oratoria florecen como durante la guerra de nuestra Independencia. Fluyen en los dos campos enemigos. De un lado, los liberales avanzados, que son de la escuela romántica, con excepción de Ramírez; del otro, los conservadores, los reflexivos, los clásicos. De un lado, el caudaloso Nigromante, de amplia y varia cultura con infinitos y sonoros discursos. Hombre de acción y pensador, incorruptible político ejemplar. Y junto a él, Altamirano, periodista, educador y novelista. En "El Zarco" y "Clemencia" describe bien su tiempo, la sociedad y la gente de entonces. Analiza en su escritos sus problemas, propone soluciones, fija puntos de vista, desenmascara hipócritas y traidores y tibios. Son él y el Nigromante los arietes de la Revolución; y a su lado también Guillermo Prieto, el trovero de la Reforma, y don Francisco Zarco. Y en el otro partido, Roa Bárcena y Pesado y el Obispo Munguía.

¿Por qué, pues, con esta tradición vigorosa y nutrida la actual Revolución careció de literatura que hiciera fácil su camino y que después la interpretara?

¿Por qué la primera literatura revolucionaria es tan sólo descriptiva, anecdótica?

Seguramente porque, como antes observé, fué una revolución de masas. Su origen, como he dicho, fué instintivo. No se le hermanó el artista, el intelectual de espíritu creador. Si fueron a ella intelectuales jóvenes no eran artistas y acudieron en número muy corto. El caso de Vasconcelos nos confirma la regla, como el de algunos otros que formaron en las líneas rebeldes. Y después como Lombardo, en las obreras. Pero no hubo literatura prerevolucionaria. El intelectual siguió la Revolución. No la Revolución fué preparada por aquél, ni siquiera encauzada en sus inicios.

Sin embargo, se logra algo trascendental en nuestra historia. Y allí la obra de la Revolución, y allí y la contribución de la Cultura: México empieza a estar de moda; se pone entre los suyos y entre los extranjeros. Dejamos de tener la mirada fija en Francia. México está resuelto a ser él mismo. La Revolución comienza a dar ópimos frutos. La Revolución ha sacudido la intelectualidad y ésta comienza a ser fecunda.

Las artes plásticas cobran inusitado desarrollo. Los pintores mexicanos se colocan a la vanguardia. Entre azoro académico, un grupo avanzado pinta frescos enormes con vigor. Nuevo Renacimiento. Los muros públicos regalan color. Las escuelas, las aulas son una fiesta luminosa.

Se inventa un nuevo método para la enseñanza del dibujo. Comienzan a escribirse novelas mexicanas con nombre mexicano, problemas mexicanos y gente mexicana. La poesía cobra matiz original, vigor inusitado. Fluye con un afán nacionalista antes desconocido. Culmina delicada y llena de color en López Velarde. Los filósofos tratan de crear su propia filosofía. Sus estadistas proclaman los derechos de los pueblos y la igualdad de las naciones. Nace una doctrina mexicana en política internacional. Y México comenta la guerra mundial con valor y **justeza.** Y se niega a servir de comparas en asambleas convencionales. Pedro Henríquez Ureña comenta al observarlo:

—Es el hermano definidor.

No obstante, la literatura, aunque muy mexicana, aunque con matiz original y asuntos del momento, no deja de ser descripiva, anecdótica. No ahonda el problema de la Revolución. No comenta el fenómeno, como no lo encauzara ni preparara en sus inicios. Pero es nutrida la literatura re-

volucionaria. Surgen cuentos y pequeñas novelas, y relatos de anécdotas, memorias, ensayos y poemas. De entre ellos, se destaca al fin pequeña obra maestra, LOS DE ABAJO, cuyo antecedente es MALA YERBA, del mismo autor don Mariano Azuela.

Humildemente surgió a la vida esta novela mexicana. Y poco a poco se ha abierto su camino.

Hay títulos que encierran la obra entera. Alguien ha dicho que los hay tan perfectos que resulta ocioso leer el libro. De ellos, LOS DE ABAJO. Esto es la novela. Ni es más ni es menos. No ha querido ser más. Nunca lo ha pretendido. Describe los de abajo. Mejor dicho, los hace resurgir. Es un trozo de su carne palpitante. La gleba revolucionaria. La gavilla. Cuadros y escenas de la revolución.

A ello se debe su éxito franco, espontáneo. Es un trozo de vida. Es un fragmento de nuestro México atormentado y triste. El comprensivo traductor francés lo advirtió bien. Cita atinado el decir de Walt Whitman: —No es un libro, es un cuerpo palpitante de vida.

EL HURACAN es el título de esta novela en la versión francesa. Para popularizarla fuera de nuestra patria es aún más adecuado: No se trata de la gleba mundial. Es la mexicana, tan adolorida, tan nuestra. Para el extranjero, lo más interesante de México es su Revolución. La hoguera donde se purifica. El huracán que ha de arrancar un día prejuicios arraigados.

En la novela, el huracán conmueve todo. Los campos, los labriegos, la montaña. Las rancherías se vuelcan en los pueblos; los pueblos en las villas; éstas, en las capitales provincianas; y éstas en la gran urbe nacional. El estúpido abandono del campo colma de proletarios las ciudades. El huracán lo agita todo.

Los pueblerinos arraigados abandonan el amado terruño. El mexicano va a recorrer y a conocer a su patria. México está de moda. Los arribeños se despeñan al mar. Los hombres de la costa escalan la montaña. Los de tierra caliente se resignan a enfriarse en la mesa central. Truecan sus tupidos tulipanes y cafetos por el triste maguey.

El recio canto de los hombres del Norte conquista las regiones surianas. Y los cálidos sones de la tierra caliente llevan su atractivo sensual al viril Norte. El mexicano ha comenzado a conocer su patria. Y empieza a gustar de ella. Un nacionalismo intenso se despierta. México está de moda entre los suyos. Y antes lo ha estado entre los extranjeros. Si

la Conquista fué realizada por los indios y la Independencia consumada por los Españoles, la mexicanización la iniciaron los yanquis.

Pero este cambio total, esta odisea que arranca hacia todos los polos, apenas se perfila en la novela. Porque no es la novela de la Revolución. Es la novela de los bajos fondos de la Revolución. Es la gavilla que nace, crece y se reduce de nuevo a su ser primitivo, limitado y simple. La gavilla que, en realidad, nunca dejó de serlo. La encarnación de nuestra lucha típica: la guerra de guerrillas, cruel, anárquica, imbuída de fatalismo e indisciplina. Lucha en la que preside el instinto.

Más que huracán, esta novela mexicana es una serie de ráfagas violentas que se alternan, se chocan, se entrecruzan. De allí su ritmo **saccadé.** Su ritmo semejante al de los sones michoacanos: en México no necesitamos evocar el jazz band.

A eso se debe también su éxito. Como la gavilla que muestra, es netamente mexicana. Pinta con amor la montaña, el ranchero, el paisaje. Esa dulce y fuerte mujer nuestra, de ojos grandes y negros y de caderas amplias. La heroica y sufrida soldadera, las plantas y las flores. Hasta la prostituída carne de hampa. Aun el criminal nato o el malvado inconsciente, redimidos a veces por un acto sublime. Todo lo pinta con amor —que es amor la visión comprensiva que, al entender, todo perdona.

¡Cómo sufre el autor ante la lucha bárbara que rompe la armonía del paisaje! ¡Con qué amor vuelve a él, apenas puede escapar de la sangrienta escaramuza!

Netamente mexicana la novela, así el autor. Mira con ojos peculiares el mundo. Con ellos lo interpreta. Sus expresiones, sus figuras, aun su fisonomía acusan el sabor a barro fuerte del país Y el exceso de vida que derrocha se escapa a torrentes del libro.

Los personajes, como el autor, gustan intensamente del país, de sus costumbres, hasta de sus bebidas.

Demetrio se enamora de Camila, "especie de mono enchomitado, de tez broncínea, dientes de marfil, pies anchos y chatos."

En cambio, el estudiante Luis Cervantes, futuro desterrado que sufre la tragedia del descastamiento, al encontrarse con Camila. "plegó las cejas y la miró con aire hostil". Así examinaría las indias de Rivera —como Camila, de tez broncínea, dientes de marfil y pies anchos y chatos.

Tales los personajes que viven en el libro. Duros, ingénuos, soñadores, bandidos, de virtudes y pecados específi-

cos... productos naturales del ambiente social en que se mueven. El autor no los excusa, tampoco los condena. Se contenta con hacerlos vivir. Resurgen cual los miró en la lucha. No le importa que sean buenos o malos, inteligentes, tontos, ignorantes o sabios, feos o hermosos. Le basta con que vivan. Creador antes que nada, los explica y comprende.

No hace teoría ninguna. Su libro no es de tesis. Es tan sólo un artista que supo hacer vivir algunos pobres hombres doloridos, un pedazo de tierra fresca y húmeda —algo de ese México nuestro

"que junto a tanta grandeza
encierra tanta miseria... (1)

Sus personajes, arrebatados por ráfagas demoledoras, triunfan y caen, aman, aborrecen y sufren. No se agrupan para convertirse en símbolo de la Revolución. No pretenden encarnarla, justificarla, predicarla. No se reúnen para integrar ligas de resistencia. No forman el proletariado nacional como los de Rivera. El autor no abarcó toda la Revolución, como Rivera en sus enormes frescos. Carece de esa grandiosa visión de conjunto. Sólo hace vivir sus más humildes y sufridos hijos. Son como los de Clemente Orozco. Las soldaderas palpitantes de éste cruzan por las páginas de la novela.

Aun su técnica atormentada y cruda es la de este pintor. ¡Qué distantes de la pintura sintética y simbólica de Rivera! Es una realización llena de tormento y de humano sufrir. Es como la de Orozco —fragmentaria, individual, humano. El espejo que, al pasar por los campos, refleja lo que en ellos encuentra, sin comentarlo, sin deformarlo. No es el espejo cóncavo que todo abarca y que logra amplia visión conjunta. No es, pues, la novela de la Revolución. Es, como he dicho, un fragmento desolado de ella. La ve bajo ese aspecto. Quizás con algo de desencanto y de tristeza.

Pinta el hecho. Relata el episodio. "Es la máscara anecdótica de la Revolución mexicana, donde se ha captado el menor optimismo de las clases productoras que luchan por su liberación económica... cuadros episódicos que descastan el objetivo puro de la Revolución, pero que, en el fondo se construye con superlativo una nueva conciencia responsable de sus actos. Precisamente ésto es lo que no se encuentra en LOS DE ABAJO, saturadas todas sus páginas de pesimismo y desengaño." (2)

---

(1). TAMALES Y LIBROS, coloquio en prensa de Xavier Icaza.
(2). "2 novelas de la Revolución Mexicana". Serafín del Mar. Rep. Am. 2 de junio de 1928.

Tal el juicio de un literato revolucionario. Semejante al que he oído siempre a los más radicales. ¿Qué se echa de menos en el libro ? La tesis combativa de mejora social. Es que ya no vivimos en el tiempo del arte por el arte. Todos debemos de luchar con la pluma por la transformación del mezquino y duro mundo contemporáneo. Los intelectuales deben de encabezar la cruzada. Y nace así el arte social y de vanguardia. Lo mismo en la novela que en la pintura, en la poesía y la música.

Pero si no es un libro de tendencias revolucionarias, si no encierra prédica de transformación social, si es quizás desconsolador y deprimente, es un libro folklórico. Huele a tierra mojada, a fruta y a sudor. Bajo este aspecto, sí es libro de vanguardia —aunque no por su técnica.

Barbusse, al definir el arte de vanguardia, tras decir las palabras ya citadas sobre el arte social, habla sobre todo de sus fuentes folklóricas. Es un arte que echa al cesto de las cosas inútiles la complicada utilería realista. Busca imágenes directas, frases cortas. Es todo sugestión. Se inspirará en el pueblo, Recuerda sus canciones, su música, sus danzas. Se adorna con sus artes menores. Entre nosotros, acudirá al retablo, a sus telas de colores chillones; a sus juguetes estilizados, sugestivos. Cantará con nuestros rápsodas, corridos y sones. Como ellos, recorrerá los campos y los pueblos, evocando el último extraordinario sucedido, el milagro engañoso del último santón, la bola que ahora estalla.

De LOS DE ABAJO surge una clara lección. El amor a la tierra. El culto por lo nuestro. La comprensión total. El no cerrar los ojos al defecto. Pero también el no aceptar la crítica **snob**, injusta de nuestros descastados.

Nacionalista hasta la médula, venera su autor nuestros más caros rincones. Como los campesinos, conoce los más recónditos secretos de su tierra. Su intensa y sólida filosofía se enclava fuertemente en la tierra. Se inspira en la realidad más cercana, en el ajetreo y la lucha diarios. No busca amplios o nebulosos o claros horizontes. No inventa sutiles ni brillantes teorías. Como el nervioso Zelten de SIGFRIED, ama a su patria con sus virtudes y pecados ingénitos, con sus antiguas, rancias y pintorescas tradiciones; con sus festivales, prejuicios y costumbres que el tiempo consagrara.

Y como de la boca tradicionalista de Zelten brota un himno a la vieja Alemania, de esta novela mexicana, a pesar de su cruento y doloroso pesimismo, se desprende un peán a este México nuestro, tan deturpado, tan generoso, contradictorio y fuerte y trágico

"que trabajar parece con torvo empeño
en agregar un círculo a los del Dante,
una mitad de crimen y otra de ensueño."

Tras la luminosa huella de este libro, surgen otros, episódicos también, aunque no en forma de novela. Relatan sucedidos históricos, anécdotas picantes o dolorosas. Y a veces los comentan. Y lo hacen con inteligencia. Martín Luis Guzmán, con aguda visión.

La Revolución, como en aquel, cruza pintoresca por sus hojas. Pero con una característica nueva, interesante. El comento surge simultáneo; la pintura es más amplia que el boceto de Azuela. Son una serie de episodios redivivos. Intentan reconstruír la Revolución, o un ampllio aspecto de ella, hacer su historia, pero una apasionada y al mismo tiempo literaria. El hecho histórico se mezcla al de pura invención. La literatura lo interpreta y conforma. Son historia y son arte literario y soćial y político. Algo de memorias y muchos de novela. Bastante de relato imparcial y no poco de apasionada tesis.

Resurgen los principales personajes de la Revolución. Sus héroes más destacados cruzan por ellos. El ya legendario Pancho Villa, el en cierto modo moderno Espartero, revive en páginas brillantes y poéticas. El arte y su grandeza redimen crímenes que hacen aparecer inevitables, natural y espontáneo y fatal producto del momento.

¡Con qué amor pinta Guzmán los hechos más atroces! Fierro en el corral de la muerte es el mejor ejemplo. Guzmán se delita con su tremendo personaje. Explica su actitud. Describe su acción en su más mínimo detalle y se contrista ante el leve dolor de la mano de Fierro, cansada tras disparar su certera pistola contra dos o trescientos federales que frente a la tapia ajusticiaria. ¡Y qué bien comprendido y visto el sueño que a aquel vence cerca de los montones de cadáveres que dejara/ tendidos gracias a su puntería sin igual! Y el atardecer maravilloso y el **sereno** y el aroma del campo, indiferentes como en LOS DE ABAJO a la tragedia de los hombres.

Igual el otro libro de Martín y semejantes los de Muñoz y Campobello y de Mancisidor y los demás, que forman ya legión, libros puros, sinceros. Claros en el pintar, limpios y **populares** en el decir, profundos también a veces en la atinada observación. Sin embargo, a semejanza de los anteriores, episódicos, anecdóticos, mezcla feliz de novela e historia.

Pero el paso más difícil se había dado. Fueron sacudidas las conciencias. Despierta quedaba la inquieutd. Propicio el medio para producir variados frutos.

Distintos fueron los que después vimos nacer. Hombres de letras y artistas avanzados formaron núcleo, si al principio cerrado, después más amplio y vigoroso. El grupo se formó sin previo plan. No se constituyó formal asociación cual la del Ateneo. Fué un grupo sin grupo. Espontánea y sutil asociación de gente semejante en ideas y tendencias que colaboraban en periódicos o revistas de vanguardia o que las ilustraban con sello inconfundible, y cuyas producciones respondían a un mismo ideal. Dentro de él se hallan, Azuela y Guzmán, y Mancisidor y Campobello, grupo que señalan y estudian y definen Carleton Beals, Earl K. James, el crítico del Times, Pillement y del Mar, y críticos de Rusia y Sud América. Según Beals aparte de aquellos lo formaron Maples Arce y Gallardo, Arqueles Vela, List, Xavier Icaza, Elena Alvarez, Gutiérrez Cruz, Mariano Silva, Méndez, el grupo de pintores encabezados por Rivera y los Treintatreintistas.

La labor de la parte, aun no glosada del grupo de homogénea. Aunque poetas algunos, novelistas, ensayistas o troveros los otros y pintores los más, en su obra se acusa radical y firme tendencia de carácter social. Combaten el imperialismo, el junkerismo, el anticuado y retrógrado nacionalismo, la caduca sociedad contemporánea, y cantan el mediato futuro, rico en promesas de liberación espiritual y donde no ha de reinar la injusta situación económica que aún ahoga el Occidente. Su técnica es más avanzada que la de los otros escritores. Carleton Beals, al hablar de PANCHITO CHAPOPOTE y de URBE dice que son superrealistas, pero ésto no es exacto. Es otra su técnica y es otra su tendencia y enjundia. Más avanzada aquella que la de los libros antes señalados.

Es que faltaba aún algo por hacer. La novela era aún por demás larga. Y había que llevarle en mayor grado las formas populares. No citar o trasladar corridos o sones, sino utilizarlos como parte integrante, tomar su ritmo, sus giros, sus palabras. No citar una rumba: escribir, en libros tropicales, con el ritmo ondulante de la rumba. Y en la poesía simplificar, romper el ritmo vácuo, dar la imagen y la impresión directa. Abandonar el ropaje exterior y sonoro. Hallar la esencia. Así se hizo.

Se trabajaron libros con materiales de esos cantos, o de los sucedidos. Se contruyeron a veces en forma de poema. Se pintaron amplios y vivos panoramas de carácter poemático. No se seguía determinado enredo. El héroe fué la masa, la sociedad o el pueblo. Se escudriña el panorama nacional, se vuelve la mirada al extranjero y se presenta el enorme

conjunto en forma breve y contrastada, merced a subterfugios y a técnicos alardes.

Algo tuvieron de épicos algunos de los libros del grupo. O se llevaba a alguna RELACION la técnica del poema en prosa de los poetas franceses o mexicanos de vanguardia. Y con ella se incorporó en la prosa el sabroso romance popular, cuyo ambiente y espíritu se logró conservar, y su áspero sabor y su lenguaje pintoresco que a algunos les escuece. Fueron libros impresionistas y sintéticos. Las dimensiones imperdonables de la novela asustan ya. Había que acortarla sin piedad y sin miedo. Había que prestarle dimensiones y técnica de farsa o de poema.

Se volvieron los ojos al esperpento, a lo primitivo de sabor bronco y fuerte; al romance, a la jácara, a la mojiganga y a la loa. Allí ha de hallarse el buscado secreto. Es la simplicidad. Y es que se trata de análogo problema al del teatro. Como de éste se arroja ese estúpido decorado relista, como se siente lo artificial de la clásica división en actos, como se encuentra que es falso ese dialogar convencional que no existe en la vida, hay que desterrar de la novela ese falso e inútil aparato que no hace sino inflarla. Hay que quemar toda esa paja. Debe llevarse a ella la técnica rápida y sintética del **Chauve Souris.**

Imbuídos de tales principios, los inquietos escritores del grupo se entregaron a un intenso trabajo. Y así surgieron novelas, "discursos mexicanos", que eran farsas más bien, apretados libros de poemas o de cantigas populares; y otros de crítica. Y ligándolo todo CUADERNOS MEXICANOS, que intentó ser el órgano de esa generación brillante y sabia "1915", cuyos libros políticos, de carácter social o filosófico cada día influyen más nuestro estatuto, y HORIZONTE, donde se hizo honda y avanzada literatura vanguardista y social.

La Revista y los libros al fin alzaron ámpula. En México se les atacó por los cuistres. En la América Hispana, fueron tomados como ejemplo. Se les saludó como la avanzada de América. Alguna novela fué calificada como la primera anti-imperialista que produjera nuestra raza —"vanguardia en la gran frontera", según dijo Edwards Bello.

En esos libros aparece al fin la actual lucha de clases e intereses. Chocan duros en ellos; y se combanten los imperialismos. Se hace mofa del codicioso general y del enriquecido político oportunista y falsario. lepra de la Revolución. Se siente en sus páginas sinceras la lucha del momento. El angustioso palpitar de los problemas más profundos. Ya están lejos de manidos conceptos. Y aunque no se haya es-

crito todavía la obra que puede y debe producirse, algo equivalente en importancia a la que los frescos de Rivera u Orozco tienen en la pintura, la situación actual y el momento que viven hace pensar que pronto habrá de aparecer. Hay que esperarla. El augur es propicio y todos la demandan.

Teja Zabre así juzga: —"Hay confusión en el ambiente. Pero para el artista que debe interpretar el transcurso del tiempo y los signos del aire, la obligación no es sólamente traducir los dibujos intrincados de la onda invisible y los ruidos desacordes de la tierra y el hombre. Su misión es iluminar y recrear. Descifrar el sentido oculto de las cosas y de los pensamientos. Subir lenta y dolorosamente o con el júbilo interno y discreto de los escaladores de montañas espirituales, hacia la cumbre de la serenidad. Y si la confusión llega hasta explotar los extravíos del sentimiento social, la tarea de orientación debe hacerse todavía con más empeño. Aunque, en realidad, más que confusión hay exceso de simplificación. **Una cultura entera se está muriendo y otra debe renacer.** Ya los "modernos" comienzan a sonreír piadosamente cuando se habla en tono heróico "de la patria de Cuahutemoc y de Juárez". Apenas podremos salvarnos si es posible subsistituír la ilusión de patria de nuestros abuelos por la patria de nuestros hijos."

Inquietud honda y sincera, palpitar de tragedia vemos, pues, en tal obra. Pero a Teja Zabre le faltó decir que no buscamos ya una patria limitada y jingoista sino la unión universal, y que a ella nos lleva el devenir de la historia. Y que debemos de fijarnos muy bien en que no podemos escoger este u otro camino, sino tan sólo darnos cuenta de cuál es el que va a tomar ahora el mundo y prepararnos a seguirlo. Y preparar a ello a nuestros hijos.

Así estamos ahora tratando de lograrlo hombres de buena voluntad. El momento es solemne. Desde 1926 no había vuelto a sentirse en nuestro México tal sed de renovación creadora. Hay que ayudarle a que la satisfaga. Como en 1926, el ímpetu creador está despierto. Sólo que ya se apretaron las filas. Entonces los hombres de finalidad pura y firme eran reclamados por tendencias distintas, que ansiaban dirigirlos según ellas. Ahora todos se alínean a la izquierda. De las cuatro tendencias que entonces agitaban el medio triunfó aquella, adueñándose de la intelectualidad avanzada. Y ésta lucha por señalar a México el camino que nos marca la Historia. La literatura y con ella todo el pensamiento de izquierda cumple su cometido. Al amplio grupo ya citado se suman en su dura tarea, en su afán noble y leal, el de CRISOL y el NACIONAL de los que surgen ya

valores estimables, el de RUTA y FUTURO, compuesto por elementos ya citados; y los que en el teatro de AHORA lo escriben social y de vanguardia, y sólidos grupos serios en provincia. La inquietud y el ímpetu creador son amos del momento solemne. Por doquiera se muestra y con una tendencia y una finalidad. El radio transmite conferencias, conciertos. Se reúnen congresos estudiantiles avanzados. Se habla de Marxismo y antimarxismo; del Mundo de hoy y el de mañana; de planificación y de economía dirigida; de como debe educarse a nuestra juventud. Y del Teatro de Masas y del cinematógrafo como órgano importante de cultura. Y se ponen las bases de nuestra coreografía y el ballet mexicano, trasladando por fin al escenario los ritmos y pasos y danzas primitivos con la música autóctona.

Y todas las izquierdas toman ya posiciones. En reciente desfile, presenciamos unidos en apretadas filas a los trabajadores manuales con los intelectuales, como en Rusia, como en la República de Azaña y Largo Caballero.

Al fin encontramos a la intelectualidad de vanguardia cumpliendo su destino. Y a la Revolución decidiéndose a serlo intensamente, al tomar definida posición a la izquierda, llevando a cabo la revolución de las conciencias, coronando la interrumpida obra de la Reforma. Y vemos a los trabajadores, conscientes de su fuerza y de la responsabilidad histórica que pesa sobre ellos, uniéndose a quienes pueden guiarlos. Y, por primera vez en México, unidos en íntimo consorcio, funcionarios, intelectuales, profesores, y poetas y obreros y pintores, y generales impetuosos y quietos eruditos.

Es que México se asoma a su destino. Y si, todos unidos, con firme decisión, vamos por la fragosa vía que por la izquierda corre, y si logramos la honda transformación que exigen la Historia y el devenir del Mundo, México se habrá puesto de veras a la cabeza de sus países hermanos; la intelectualidad se habrá redimido para siempre de sus viejos pecados, y habremos descifrado por fin, tras larga espera oscura y secular, nuestro enigma agorero, la dura y atormentada X de México.

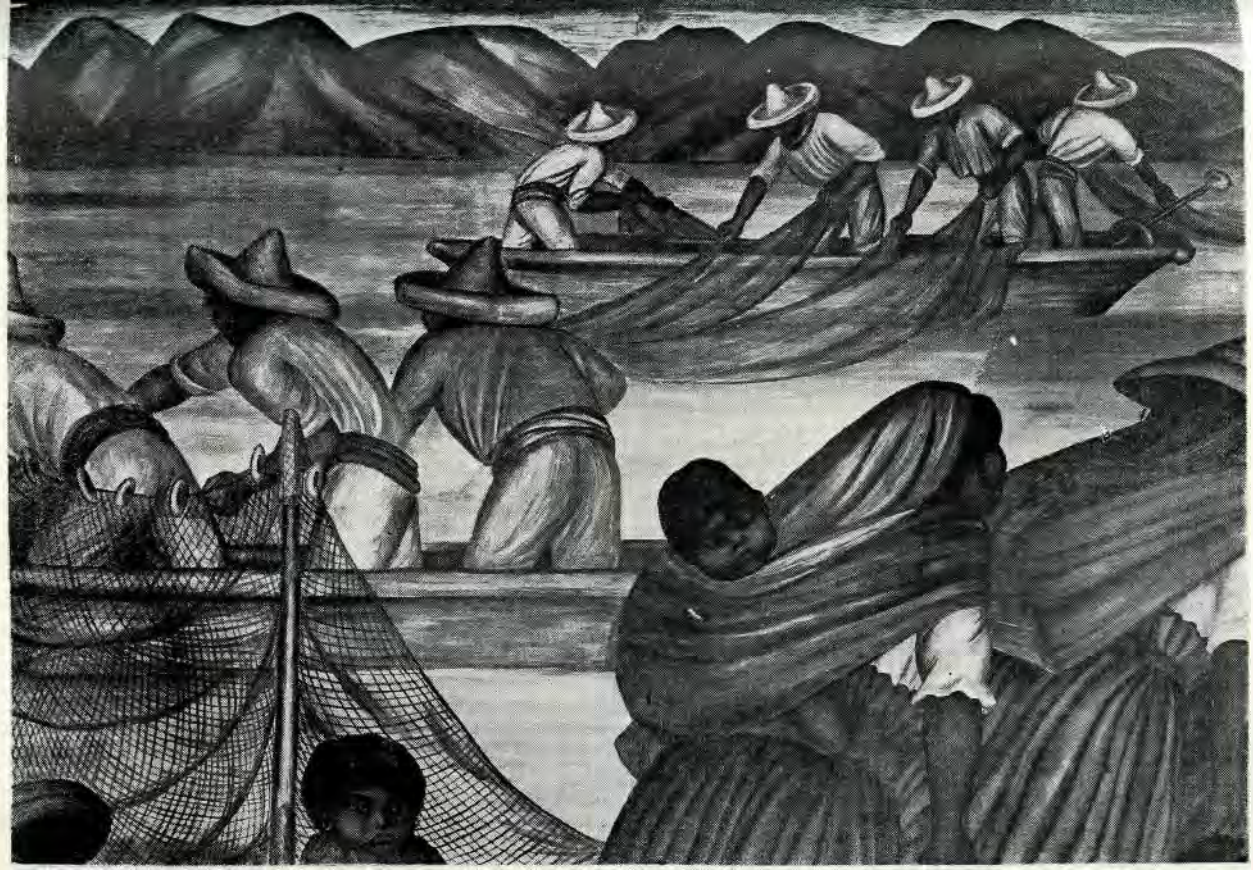
México, noviembre de 1934.

El Arte de Marion Greenwood

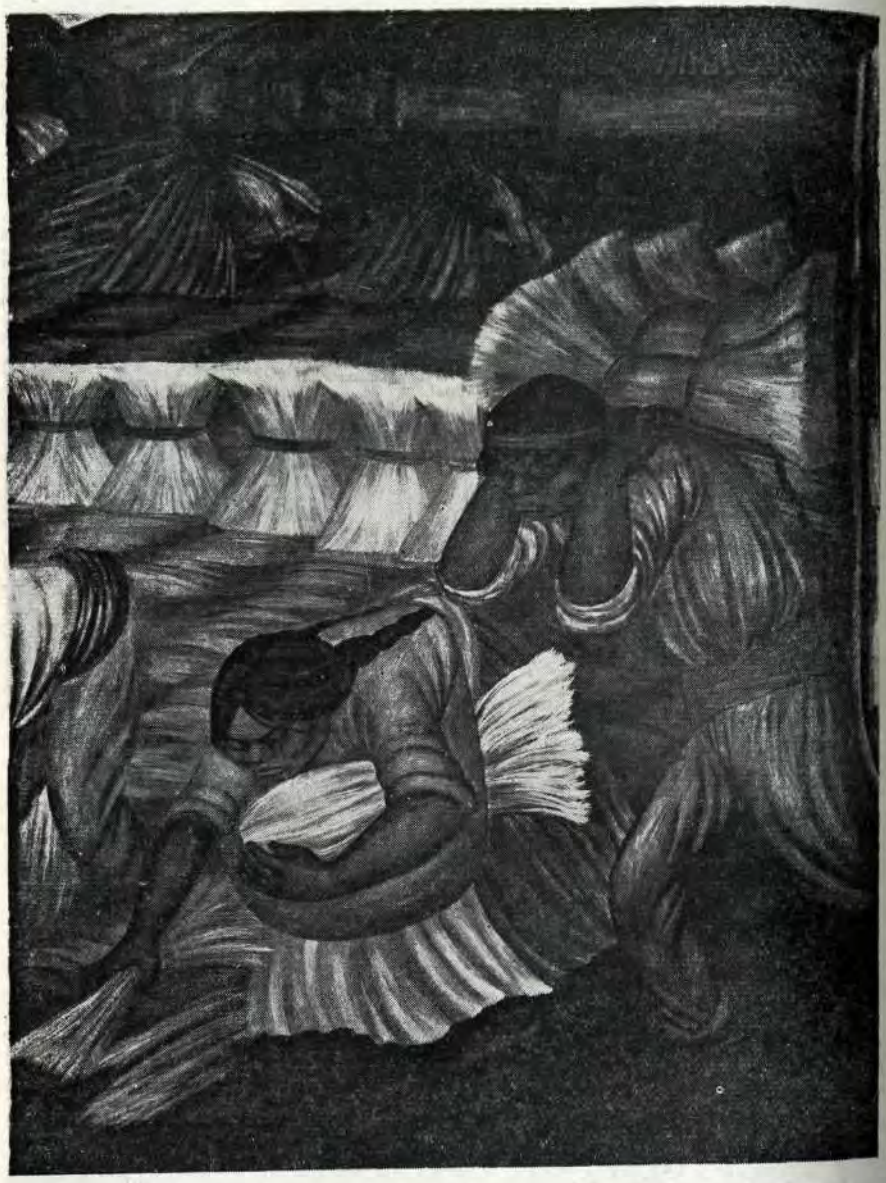
Por VERNA CARLETON

En ninguna otra época ha sido tan oportuno el momento social para un renacimiento del antiguo arte del fresco, como en la actualidad. Tanto desde el punto de vista del arte como del de las tendencias sociales contemporáneas, el arte del fresco ha venido a incrustarse en la contemporaneidad actual como una necesidad, ambos factores siendo responsables por la exhumación de un arte tan heróico como éste. Por muy largo tiempo el arte se escurrió, por decirlo así, dentro de un sendero y anhelo que eran completamente remotos para el pueblo, y al que sólo penetraban los iniciados en el llamado "arte puro", y quienes, tradicionalmente, se han considerado a sí mismos como los orientadores y únicos capaces para juzgar en estética.

El Cubismo y el Superrealismo han peleado una valiente batalla por la supremacía de sus respectivas escuelas atiborrando al público con sus teorías brillantes e intrincadas. El mundo ha permanecido sordo a tales doctrinas, entregado y absorto en esos formidables problemas contemporaneos de los sin-trabajo, la guerra que se ha estado fermentando después de la del año catorce. Y es que los puristas del arte se han manifestado las últimas décadas tan preciosistas y delicados, que prácticamente se han puesto ellos mismos al margen de la realidad y contra el mundo actualizado de tragedia y de lucha social. En esta palpitante lucha de clases, en esta batalla por la clarificación de ideas e ideales sociales de restitución, de muy poco sirven los satíricos dibujos de un Léger o las abstracciones matemáticas de Juan Gris, ni aun esos sonrosados cuadros de Marie Laurencio de los que parece fluir una tan sutil pero decadente belleza, como un arte de invernadero que jamás conoció al sol... No decimos lo anterior con la intención de hacer una crítica adversa del arte modernista, el que indudablemente, ha dado al mundo un concepto nuevo de belleza basado en una estética nueva y orientadora de una sensibilidad y visión que enriquecen la imaginación... Sin embargo, desde el punto de vista de la cohesión y realidad social actuales, ese arte ha cancelado su



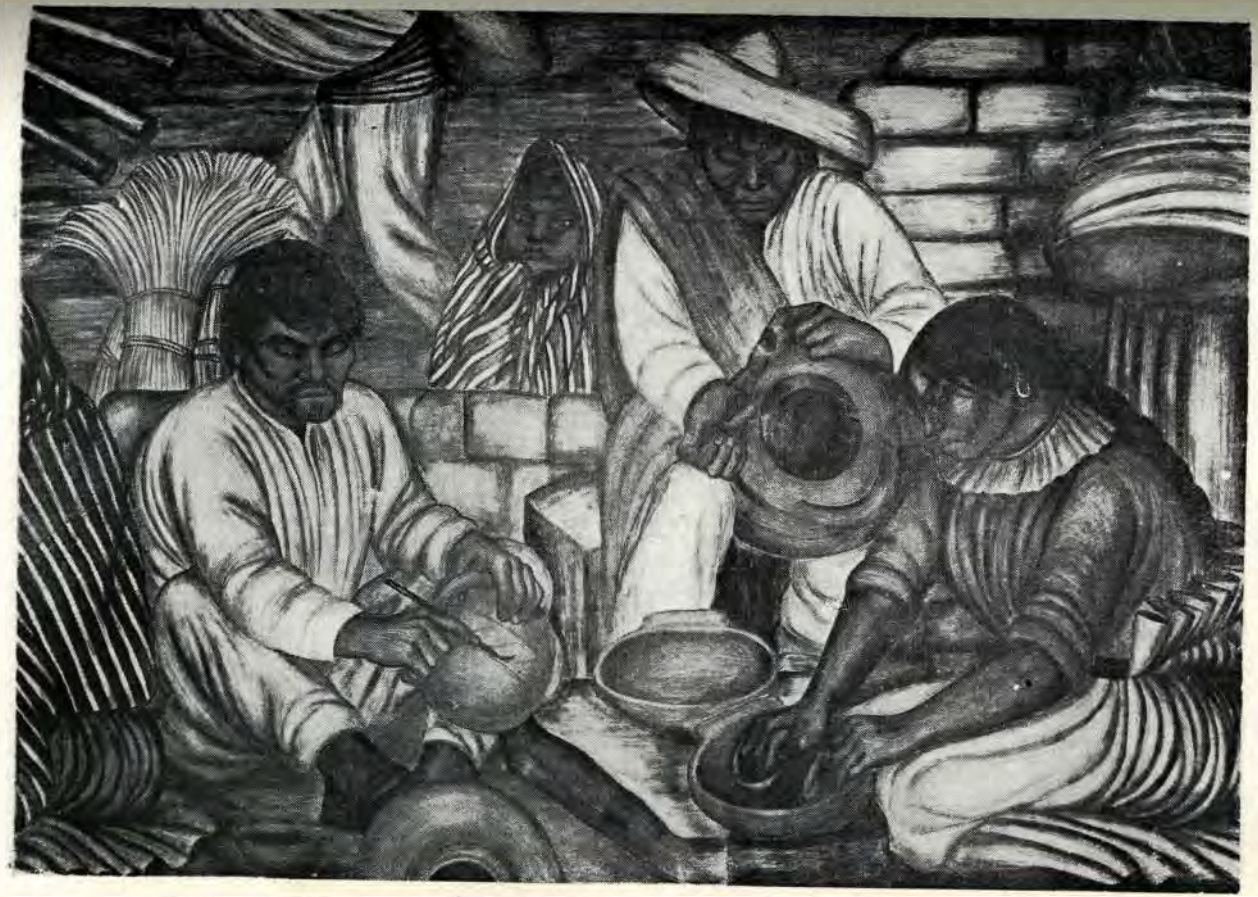
"MICHOACAN".—Fresco pintado por Marion Greenwood en la Universidad de Morelia,



Fresco pintado por la señorita Grace Greenwood en el Museo de Morelia.

Biblioteca Pública Especializada
"VICENTE LOMBARDO TOLEDANO"

Fresco pintado por la señorita Grace Greenwood en el Museo de Morelia.



"MICHOACAN".—Fresco pintado por Marion Greenwood en la Universidad de Morelia.

pasaporte internacional de presencia, y el futuro debe encausarse inevitablemente por diferentes rutas...

Ninguna fase del arte o de la literatura podrán sobrevivir largo tiempo si no están enraizados en ese fenómeno vital de la existencia humana y sus luchas. Ahora que la lucha social ha llegado a su climax ningún impulso creador podrá encontrar una expresión satisfactoria y eficiente en un arte que evade más bien que enfrentarse abiertamente a la realidad. Hace ya mucho que el antiguo dictado del "arte por el arte" se quedó a la intemperie de la existencia por su falsedad e intrascendencia. Las generaciones actuales han desechado aquel rumbo de apreciación estética, al mismo tiempo que se han liberado del yugo intelectual de la "razón pura" y sus excrecencias éticas, y sus "imperativos categóricos".

En cambio, más y más se reconoce y se admite el formidable poder mágico de expresión que dá el arte del fresco, por su plasticidad para expresar con mejor pujanza el espíritu de hoy, y por ser un arte no para "entendedores", sino para las masas. Y la función social de tal arte se puso de manifiesto en los Estados Unidos, cuando un frente unido de más de 10,000 obreros declararon que defenderían con la fuerza los frescos de Rivera en Detroit que la reacción católica trataba de destruir. Es interesante notar que aquellos obreros jamás habían estado en una galería de exposiciones pictóricas; ellos no se habían "cultivado" en las sutilezas de Matisse o de Picasso, y, no obstante eso, pudieron darse cuenta inmediatamente, que los frescos habían sido hechos para ellos. Ante la obra monumental de Rivera, los obreros revivificaron su lucha social unificándola con la lucha de clases no sólo de los Estados Unidos sino con la del proletariado mundial. Y cualquier trabajador que vea estos frescos se reconocerá en ellos, e identificará el desafío de su contenido. He allí el poder enorme del arte del fresco, su universalidad y su alcance, que llega hasta las raíces mismas de la vida humana total. Todos los grandes creadores del arte del fresco, desde el simple y pío Giotto, hasta el dinámico Rivera han poseído idéntica comprensión y visión del hombre como un ser humano, de lucha y de esfuerzos sociales colectivos.

* * *

Marion Greenwood es una muchacha americana de gran sensibilidad, ambiciosa y activa, aunque todavía no bien templada por grande experiencia de la vida. Posee, sin embargo, las características necesarias que todo pintor de fresco debe poseer para triunfar. Está dotada, ante todo, de una gran

facilidad de comprensión de la vida que no se gasta en esteril sentimentalismo. Posee una visión muy aguzada del valor social del Arte, y no sólo estudia y observa el cambiante panorama social, sino que trata de interpretarlo o traducirlo plásticamente. El fresco que pintó recientemente en la Universidad de Morelia es una indicación suficiente de su poder artístico. Dicho esfuerzo ha sido el resultado de muchos meses de estudio y de íntimo contacto con la vida nativa de Michoacán. No fué un trabajo superficial como el que comunmente realizan artistas extranjeros de paso por México, sino un bien meditado y concentrado esfuerzo.

La señorita Greenwood denominó a su fresco "Michoacán" y la esencia de su trabajo está simbolizada por la figura monumental de un campesino tarasco que no posee más que sus manos para buscarse su vida. Bajo esta figura pasa la vida campesina en una prosesión infinita y variada: pescadores de los lagos de plata con sus redes, las labores rústicas y la pequeña industria de los habitantes de Pátzcuaro, y el colorido múltiple de Michoacán. El carácter profético del fresco "Michoacán" revela en esa procesión multicolor la tragedia latente que hay en esa evolución fatal que ha de sufrir la vida nativa a través de la industrialización de la tierra y sus productos. Y este es el carácter culminante de la obra de Marion Greenwood, ejecutada con gran sinceridad y con una técnica admirable para una artista de su juventud.

Este tema del conflicto entre el hombre y la máquina ha sido también admirablemente figurado en un pequeño fresco ejecutado por una hermana de Marion: Grace Greenwood, quién también ha dejado la huella de su talento artístico en una muro del Museo de Morelia. Es su primer trabajo mural pero contiene una brillante promesa de más sólidos frutos.

Es inevitable y muy natural que los trabajos de estas jóvenes artistas entren dentro de la orientación general señalada genialmente por Rivera y Orozco. Es imposible producir un trabajo mural que, en una forma u otra, no contenga una semejanza o influencia suficientes para reconocer las fuentes de inspiración originales. De hecho, el proceso es idéntico en todas las demás artes, y particularmene en música, en literatura, etc. Sin embargo, todo observador sereno habrá de encontrarse en toda obra la individualidad que caracteriza a la de las señoritas Greenwood, individualidad que habrá de acentuarse más en futuros trabajos.

Ambas señoritas Greenwood son muy bien conocidas en Nueva York, desde antes de venir a México. A despecho de su juventud, ambas han tenido exposiciones de sus trabajos

en las más importantes galerías de aquella metrópoli, y Marion ha conquistado una envidiable reputación como retratista. A su regreso, los más importantes diarios se han ocupado de ellas extensamente, como resultado de su obra en morelia. Y como consecuencia de su triunfo, otras mujeres se han decidido a seguir la ruta trazada por esas pioneras del fresco estudiando este arte. Sin embargo, habrá de pasar mucho tiempo antes de que otra mujer iguale la obra de aquellas jóvenes pintoras. Sus frescos serán una inspiración para el sexo femenino, ahora que la mujer, liberada de la tradición, pueda visualizar nuevos horizontes y empresas en este arte nuevo que se ofrece ante el futuro.

La Esencia de la Doctrina de Marx

Por MAX BEER

La necesidad de divulgar la doctrina socialista es evidente. No sólo los trabajadores afiliados teóricamente a esa doctrina sienten la necesidad inaplazable de estudiarla y de compenetrarse de su verdadero contenido y de sus propósitos históricos, sino que los elementos de la clase media y hasta los profesionales que por razón de su especialización no tienen ninguna ilustración en los problemas económicos y políticos, opinan en favor o en contra del socialismo sin conocer la doctrina, indicando con esta actitud su interés por el problema.—Entre las obras de divulgación sobre la doctrina de Marx, la más clara, la más sencilla y, al mismo tiempo la más completa, es indudablemente la de Max Beer, que con el nombre de "La Historia Marxista, Karl Marx. Su vida y su obra", ha sido traducida al epañol por la editorial "Orbe" de Santiago de Chile.—En este libro del autor de la "Historia General del Socialismo y de las Luchas Sociales", se analiza con verdadero talento la obra del fundador del socialismo científico y los antecedentes de la doctrina, íntimamente vinculados a la vida del propio Marx, y de los pensadores y militantes de su época.—La revista FUTURO publica completa, en seguida, la parte correspondiente a la exposición de la doctrina marxista, creyendo prestar un positivo servicio a los trabajadores mexicanos y a las personas interesadas en los problemas sociales.

La Sociología de Marx

I

LA CONCEPCION MATERIALISTA DE LA HISTORIA

Desde el año 1843 Marx, se inspiró en sus trabajos en la concepción materialista de la historia. Como ésta es dialéctica, dado que se esfuerza por comprender el proceso de desarrollo social a través de las contradicciones, es, lo mismo que la dialéctica de Hegel, a la vez una concepción de la historia y un método científico. Marx no formuló en ninguna parte su método de un manera especial y detallada; sus elementos están dispersos en sus diferentes obras, en particular, en el Manifiesto Comunista y en la Miseria de la Filosofía, y

responden a fines de polémica o de demostración científica. Sólo en el prefacio de su libro intitulado: **"Crítica de la Economía Política"** (1859) expone muy brevemente las grandes líneas de su concepción de la historia, pero de una manera que no siempre es muy afortunada. Marx se proponía escribir una Lógica en la cual habría formulado de una manera clara su dialéctica materialista. Sin embargo, lo poco que él mismo ha dicho sobre esta cuestión permite resumir su concepción de la manera siguiente:

Una simple mirada sobre la historia humana basta para mostrarnos que los hombres han tenido concepciones diferentes, según las épocas, sobre el derecho, la moral, la religión, el Estado, la filosofía, la agricultura, el comercio, la industria, etc., que han tenido diferentes instituciones económicas, políticas y sociales, y que han atravesado una inmensa serie de luchas, de guerras y de emigraciones. ¿De dónde proviene esta inquietante diversidad de pensamiento y de la actividad humanos? Lo que interesaba a Marx, en primer lugar, no era la cuestión de saber cómo habían aparecido el pensamiento, el derecho, la religión, el comercio, etc. Los consideraba al efecto, como hechos históricos determinados. Lo que le interesaba sobre todo, era descubrir las causas y las fuerzas motrices que provocaban las transformaciones en el contenido y la forma de los fenómenos sociales, o que tendían a esta transformación. En una palabra, Marx no se interesaba por el origen, sino por el desarrollo de las cosas, lo que constituye el elemento revolucionario de la historia.

A esta cuestión, Marx responde de la manera siguiente: "Las fuerzas motrices de la sociedad humana, que provocan las transformaciones del contenido del sentimiento, del pensamiento, y, por consiguiente, de la conciencia humana, o hacen aparecer las diferentes instituciones y conflictos sociales, no provienen, en primer lugar, del Pensamiento, de la Idea, de la Razón, etc., sino de las condiciones de existencia material. La base de la historia de la humanidad, es, pues, una base material. Condiciones de existencia material significan la manera cómo los hombres en cuanto seres sociales, con ayuda de la naturaleza que los rodea y de sus propias capacidades físicas e intelectuales, mantienen su vida material, crean y distribuyen entre ellos las riquezas necesarias para la satisfacción de sus necesidades.

De todas las categorías de la vida material, la producción, la fabricación de artículos alimenticios es la más importante. Y ésta está determinada por las **Fuerzas Productivas.** Estas fuerzas productivas son de dos clases: materiales y personales. Las fuerzas productivas materiales son: la tie-

rra, el agua, el clima, las materias primas, los útiles y las máquinas. Las fuerzas productivas personales son: los obreros, los sabios, los técnicos y por último, la raza, es decir, las cualidades adquiridas históricamente por ciertos grupos humanos.

Entre todas las fuerzas productivas, los obreros ocupan el primer lugar: son las únicas fuerzas que crean valores en el mundo capitalista. El segundo lugar está ocupado por la tecnología moderna, que constituye una fuerza social revolucionaria de primer orden (Capital. Cap. 1. 12, 13, 14. Miseria de la Filosofía P. 100-101).

Retengamos esta noción de Fuerza Productiva, pues ella desempeña en Marx un papel muy importante. Llegamos ahora a la noción tan importante como aquella de **Relaciones de Producción.** Por Relaciones de Producción Marx entiende las formas jurídicas y sociales, las leyes, así como el agrupamiento de las clases y capas sociales: por consiguiente, las condiciones sociales que regulan el régimen de la propiedad y determinan las relaciones sociales en el seno de las cuales se verifica la producción. Las relaciones de producción son un producto social. Así como los hombres producen riquezas materiales utilizando las fuerzas y las materias primas contenidas en la naturaleza, así, crean, según las repercusiones ejercidas por las fuerzas productivas en el espíritu humano, instituciones sociales, políticas, jurídicas determinadas, así como sistemas religiosos, morales y filosóficos:

"Los hombres hacen ellos mismos su propia historia pero no la hacen arbitrariamente, sino en ciertas condiciones determinadas" (Marx, **El Dieciocho de Brumario,** I.).

Esto significa que, según las repercusiones ejercidas en ellos por el trabajo productivo, los hombres construyen sus formas sociales, su estado, su religión, su filosofía, su ciencia, etc. La producción económica constituye la infraestructura (1), mientras que los sistemas políticos religiosos y filosóficos constituyen la super estructura de la sociedad. Y esto en el sentido de que la super estructura corresponde a la infraestructura y recibe de ella la vida y la fuerza de desarrollo. La infraestructura es del orden económico y la superestructura es su reflejo intelectual.

Se puede esclarecer esta concepción de la manera siguiente:

---

(1) La infraestructura es la parte de una construcción situada bajo el nivel del suelo; la super estructura, la que está sobre el nivel del suelo. La aplicación de estos dos términos a la sociedad significa que la producción económica constituye la base sobre la cual descansa toda la construcción social. Tal es la idea fundamental del materialismo histórico.

Los grupos humanos primitivos tienen una economía común y están organizados según el parentesco de la sangre. Sus divinidades poseen las cualidades del medio físico en el cual viven, y reflejan las repercusiones físicas ejercidas por ese medio en la vida espiritual primitiva de los "salvajes"; su religión, su moral y su derecho tienden a mantener la vida en común y la disciplina del grupo. La sociedad feudal descansa sobre la gran propiedad de la tierra de la nobleza, sobre el trabajo industrial de las corporaciones. Las nociones religiosas supervivientes son rápidamente transformadas en el sentido de los intereses de la clase dominante de esta época (transformación del cristianismo primitivo en religión del Estado) (1). Todas las ideas religiosas, morales y filosóficas contrarias a sus intereses son combatidas y reprimidas. La sociedad burguesa, que descansa sobre la propiedad personal, se esfuerza por hacer desaparecer toda la supervivencia del derecho de la comunidad y de las corporaciones, por liberar al individuo aislado, por movilizar el suelo y el trabajo, por suprimir el feudalismo así como todo el antiguo sistema religioso y por colocar en su lugar la conciencia personal, las relaciones individuales entre el hombre y la divinidad (Reforma) así como por introducir un derecho privado. Lucha contra el establecimiento de los dominios feudales independientes y por la costitución de un Estado Nacional unido, que concederá al comercio más libertad de movimiento. Sostiene el absolutismo, mientras éste lucha contra los señores feudales, pero lo combate y exige la instauración de una monarquía constitucional o de la república, tan pronto como el absolutismo pasa a ser un obstáculo para el desarrollo de la burguesía. Y todo esto se produce, no bajo la acción de la voluntad individual subjetiva guiada por el genio de un hombre o por alguna fuerza superior, sino a consecuencia de la influencia inevitable de la base material, de la infraestructura económica de la sociedad, en el espíritu humano, influencia que traduce y expresa la realidad exterior en la religión, en el derecho, en la filosofía, etc.

"No es la conciencia de los hombres lo que determina su existencia, sino, al contrario, su existencia social la que determina su conciencia". (Marx, **Crítica de la Economía Política,** prefacio).

---

(1) Se sabe, en efecto, que antes de que fuera una religión de Estado el cristianismo había sido violentamente perseguido por la sociedad antigua, en cuyo seno constituía un elemento revolucionario de descomposición. El cristianismo no llegó a ser religión del Estado sino en el momento en que la sociedad antigua basada en la esclavitud, cedió insensiblemente su lugar a la sociedad feudal, basada sobre la servidumbre.

Los hombres, aun los más heroicos, no son los creadores ni los legisladores soberanos del desarrollo social, sino solamente sus órganos de ejecución: no hacen más que expresar las tendencias y las corrientes que son producidas por la base material de la sociedad. Pero ellos ejercen, sin embargo, una influencia muy grande en su desarrollo. Si poseen bastos conocimientos teóricos, un carácter enérgico y facultades superiores, pueden, aunque en ciertos límites, desempeñar un rol importante y apresurar la marcha del desarrollo.

Hemos hablado anteriormente, en diversas ocasiones de intereses. Se entiende por esto no intereses personales, sino intereses sociales, o más exactamente intereses de clase. **Marx no dice que cada uno no procede sino según su interés personal.** No es ésta la enseñanza de Marx sino más bien la de los filósofos moralistas burgueses como Helvesius (1715-1771) y Bentham (1748-1832), que consideran los intereses del individuo aislado como único motor de su actividad social. Marx es más bien de parecer que los hombres actúen a menudo en las circunstancias importantes de su vida, contra sus intereses personales, indentificando sus sentimientos y sus ideas con lo que ellos consideran, como el interés general o el de su clase. Según Marx el interés personal no desempeña sino un papel muy restringido en la historia. Va unido principalmente al interés general de la producción social. Sólo este interés es digno de ser tomado en cuenta para la construcción de la super estructura ideológica.

Hemos hablado hasta ahora. sólo de las diferentes formas de producción y de las formas sociales y de los sistemas ideológicos que a ellas corresponden. Pero no sabemos aún cómo y por qué una forma de producción social envejece y cede su lugar a otra, es decir, cómo y por qué se producen transformaciones revolucionarias. O, en otros términos: no hemos visto hasta ahora sino la estática (1) de la sociedad, no hemos visto su dinámica.

Las transformaciones revolucionarias de la sociedad, dependen de dos grupos de fenómenos primitivamente ligados entre sí, pero que cumplen, sin embargo, tareas diferentes. El primer grupo tiene un carácter de orden puramente ob-

---

(1) La estática es la parte de la mecánica que se ocupa del equilibrio de las fuerzas, y la dinámica la que se ocupa del movimiento de esas fuerzas. La estática de la sociedad es el estudio de la sociedad considerada en su equilibrio, la dinámica, la que considera a la sociedad en su movimiento.

jetivo (2): está constituído por las transformaciones de las fuerzas productivas. El segundo grupo que no es más que el resultado del primero, tiene un carácter de orden subjetivo: Está constituído por las luchas que oponen unas a otras las diversas clases sociales. Consideremos el primero de estos grupos: Cuando las fuerzas productivas se desarrollan a consecuencia del aumento de la productividad del trabajo, del descubrimiento de nuevas materias primas o de nuevos mercados, a consecuencia de la invención de nuevos métodos de trabajo y de nuevos instrumentos o máquinas, a consecuencia de la aplicación de la ciencia de la producción, del perfeccionamiento de la organización o, de la extensión del comercio y los transportes, por consiguiente, a consecuencia de la transformación de la base material o la infraestructura económica de la sociedad, las antiguas relaciones de producción dejan de servir los intereses de la producción. Pues las relaciones de producción, es decir, la antigua diferenciación social, las antiguas leyes e instituciones sociales, los antiguos sistemas ideológicos, estaban adaptados a un estado de las fuerzas productivas que está en vías de desaparición o que ya ha desaparecido completamente. La superestructura social e ideológica no corresponde ya a la infraestructura económica. Fuerzas productivas y relacionadas de producción entran en lucha. Este antagonismo entre la nueva vida y las antigua formas sociales, este conflicto entre las nuevas causas y los resultados inutilizados de causas desaparecidas, actúa poco a poco en el espíritu humano. Los hombres comienzan a comprender que están en presencia de un mundo nuevo y que una nueva era de la historia se ha abierto. La antigua diferenciación social se transforma poco a poco; las clases o capas sociales en otro tiempo despreciadas ven crecer su poder económico y social, las antiguas clases dominantes desaparecen. Mientras se produce esta transformación de la infraestructura social, los antiguos sistemas religiosos, jurídicos, filosóficos y políticos se aferran a sus antiguas posiciones y se esfuerzan por mantenerse en vida aunque sean anticuados y no estén ya en condiciones de satifacer las necesidades ideológicas de la sociedad. El pensamiento humano es conservador; no sigue sino con lentitud los acontecimientos externos, así como nuestro ojo ve al sol donde ya no está

(2) Objetivo significa todo lo que tiene relación con el objeto, con la realidad exterior. Subjetivo lo que se relaciona con el sujeto, es decir, con el hombre mismo, en oposición a toda realidad que lo rodea. Por ejemplo un punto de vista objetivo, es un punto de vista basado en la realidad; un punto de vista subjetivo, es un punto de vista que tiene su fuente únicamente en el espíritu humano, por consiguiente, sin relación con la realidad.

en realidad dado que la luz emplea algunas minutos antes de llegar a nuestro nervio óptico. Recordemos la hermosa imagen de que se servía Hegel: "El buho de Minerva no comienza su vuelo sino a la caída del crepúsculo." Atrasado es cierto, pero lo emprende, sin embargo. Poco a poco, aparecen grandes pensadores que explican la nueva situación, crean nuevas nociones y nuevas ideas que corresponden a la nueva situación. Dudas angustiosas, después nuevas verdades aparecen en la conciencia humana; divergencias de opiniones, disenciones, escisiones, luchas de clases y revoluciones se producen.

Nos ocuparemos detalladamente, en el curso del capítulo siguiente de la lucha de clase moderna. Consideremos aquí la lucha de clases pero en general.

En las sociedades primitivas, en que la propiedad privada es desconocida o apenas hace su aparición, no existen diferencias de clases, dominación de clase, ni antagonismos de clases. El jefe, el médico, el juez regulan o vigilan la aplicación de las antiguas costumbres, usos, ceremonias religiosas e instituciones sociales. Pero, desde que el antiguo orden de cosas, a consecuencia del comercio con los otros pueblos, o a consecuencias de guerras, se descompone y se desarrolla la propiedad privada, aparecen clases de poseedores y clases de no poseedores. La clase poseedora ejerce el gobierno, hace las leyes y crea las instituciones que tienen principalmente como fin la defensa de sus propios intereses. La super estructura ideológica de la sociedad de clases corresponde a los intereses de la clase dominante. Mientras estos intereses están conformes al desarrollo de la sociedad, mientras la antigua forma de producción y las antiguas relaciones de producción permanecen en armonía, una especie de armisticio reina entre las clases. Pero en cuanto aparecen los antagonismos de que hemos hablado anteriormente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, estas últimas dejan de satisfacer a las clases inferiores y se producen conflictos sociales que terminan en compromisos legales (reformas), o en la desaparición de la sociedad en cuestión. La historia de la antigüedad (historia hebrea, griega, romana) está llena de estas luchas sociales; todas las grandes reformas de esos pueblos no fueron sino tentativas para mantener la paz social, pero los pobres y los ricos, los patricios y los plebeyos, los ciudadanos y los esclavos, continuaron sus luchas hasta la caída del viejo mundo, que nos dejó grandes tesoros intelectuales como frutos de esos combates. En la Edad Media, las luchas sociales ponen frente a frente a la burguesía industrial y a la nobleza feudal, a los campesinos y los terratenientes. En los tiempos modernos, la burguesía lucha contra la auto-

cracia y la aristocracia terrateniente, el proletariado contra la burguesía, luchas todas de clases que terminan con insurrecciones y revoluciones e influencian fuertemente la vida intelectual de la sociedad.

De estos antagonismos sociales nacen precisamente los diversos antagonismos políticos e ideológicos de la historia: antagonismos entre los diferentes sistemas filosóficos y religiosos: Brahama y Buda (1) Baal y Jahvé (2) dios nacional y dios mundial, paganismo y cristianismo, catolicismo y protestantismo, materialismo e idealismo, realismo y nominalismo (3). Por muy abstractos, por metafísicos, por alejados que parezcan estar de la vida real y de la producción material, están determinados en última instancia por las transformaciones que se producen en la base económica de la sociedad y por las contradicciones existentes entre esta base económica y las relaciones de producción, así como por las luchas de clases que de ellas emanan. Los sistemas morales, políticos y económicos en lucha no están separados de la base material de la sociedad sino por un número cada vez más restringido de anillos intermedios; las cuestiones de moral idealista utilitarista, de monarquia o de república, de oligarquía o de democracia, de proteccionismo o libre cambio, de intervencionismo o de libertad económica, de socialismo o de economía privada, etc. Cualquiera que sea la nobleza de los argumentos humanitarios y de los motivos idealistas que sus defensores ostentan están estrechamente vínculados con la base material de la sociedad y con las relaciones de producción que han entrado en contradicción con ella.

En el **Manifiesto Comunista** Marx y Engels resumen esta idea en la forma popular siguiente:

"No es comprensible que al mismo tiempo que se transforman las condiciones de vida de los hombres, sus relaciones sociales, su existencia social, se transforman igualmente sus representaciones, sus concepciones, sus nociones, en una palabra su conciencia? ¿No nos muestra la historia de las ideas que la producción intelectual se transforma al mis-

---

(1) Brahama era el Dios de los antiguos hindúes; Buda el Dios de la religión que substituyó, en el siglo V antes de J. a la Brahama y en reacción contra ella.

(2) Baal era el Dios de los fenicios. Había tantos como lugares consagrados a su culto. Jahvé era el Dios único de los hebreos. Representa el paso del politeísmo (religión que admite varios dioses) al monoteísmo (religión que no admite sino uno solo). El paganismo es el nombre dado por los primitivos cristianos al politeísmo.

(3) El realismo es una doctrina filosófica de la edad media, que consistía en considerar a las ideas generales como seres que tenían una existencia real. El nominalismo, por el contrario, declaraba que esas ideas generales no tenían sino una realidad enteramente nominal.

mo tiempo que la producción material? Las ideas dominantes de una época no han sido nunca otra cosa más que las ideas de la clase dominante. Se habla de ideas que revolucionan a toda una sociedad; no se expresa por ésto otra cosa sino el hecho de que en el interior de la antigua sociedad se han constituído los elementos de una sociedad nueva, y que la descomposición de las antiguas relaciones sociales va acompañado de la descomposición de las antiguas ideas. En el momento en que el mundo antiguo estaba en vías de desaparecer, las antiguas religiones fueron vencidas por la religión cristiana. En el momento en que las ideas cristianas sucumbieron frente al progreso de las ideas de cultura, en el siglo XVIII, la sociedad feudal sostenía una lucha a muerte contra la burguesía revolucionaria de entonces. Las ideas de libertad de conciencia y de libertad religiosa no hicieron más que expresar la dominación de la libre concurrencia en el terreno de las ideas".

Vamos más lejos. Cuando las relaciones de producción, a saber, la diferenciación social y las relaciones de propiedad, llegan a ser obstáculos para el desarrollo de las fuerzas productivas, cuando las contradicciones de intereses se agudizan en lucha de clases, aparece el nuevo período de la revolución social:

"Al mismo tiempo que se transforma la base económica se tranforma igualmente, más o menos lentamente, toda la inmensa super estructura de la sociedad. Para comprender esas transformaciones hay que distinguir siempre entre la transformación que se produce en las relaciones de producción económica, transformación que es posible estudiar científicamente, y las formas jurídicas políticas, religiosas, artísticas o filosóficas; en una palabra, todas las formas ideológicas en medio de las cuales los hombres adquieren conciencia de este conflicto y conducen sus luchas. Así como no hay que juzgar a un individuo por la idea que tiene de sí mismo, ni tampoco se debe juzgar una determinada época de transformación por la conciencia que tiene de sí misma, sino más bien, explicar esta conciencia por las contradicciones de la vida material y por el conflicto existente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción social". **(Crítica a la economía política,** Prefacio).

El período revolucionario no termina sino cuando la sociedad libera de sus ligaduras a las fuerzas productivas y crea nuevas relaciones de producción correspondientes. La antigua sociedad, destinada a la ruina, incuba en ella antes de desaparecer, las nuevas condiciones de existencia material. Los hombres que están a la cabeza del desarrollo de la

nueva sociedad no se ocupan sino de los problemas que son capaces de resolver, pues los elementos de la solución están dados en el desarrollo material. Ellos no se plantean siquiera esos problemas sino porque estos últimos, considerados desde el punto de vista teórico, a saber, la comprensión de las contradicciones y de la marcha del proceso de desarrollo, existen ya en el interior de la sociedad en vías de transformación.

Por eso todo el desarrollo de la historia de la humanidad hasta ahora no es más que una serie de faces del desarrollo dialéctico de las formas productivas.

"De una manera general, las formas de producción asiáticas, antiguas, feudales y burguesas pueden ser caracterizadas como períodos progresivos de desarrollo económico; las relaciones de producción burguesas son la última forma contradictoria del proceso de producción social, contradictorias, no en el sentido de contradicción entre los individuos aislados, sino en el sentido de una contradicción que resulta de las condiciones de existencia social de los individuos; pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa crean al mismo tiempo las condiciones materiales de esta contradicción. Por eso es cómo, con esta formación social, se cierra la prehistoria de la sociedad humana" (Prefacio de la Crítica).

Prehistoria de la sociedad humana. Estas palabras tienen una importancia considerable. El régimen económico capitalista constituye la última fase de toda esta prehistoria, escrita con ríos de sangre y de lágrimas de los explotados y de los oprimidos y que tenía por misión desenvolver las fuerzas productivas, liberar a los hombres de todas las ligaduras materiales, a fin de que puedan entrar en la verdadera historia de la cultura espiritual. La concepción materialista de la historia, neutra y amoral como toda ciencia, abre vastas y magníficas perspectivas. Millares de años han sido necesarios para elevar al hombre por sobre el nivel de la bestia, elevación que se ha producido bajo el látigo de la naturaleza insensible. Durante millares de años el hombre elevado por sobre el nivel de la bestia, trabajó en sentar los fundamentos de la sociedad humana, tarea que se prosiguió bajo el látigo del hambre, desarrolló considerablemente las facultades intelectuales de los hombres, pero no hizo brillar el ideal de la justicia y del amor sino como una estrella lejana e inaccesible.

La concepción materialista de la historia ha revelado ser un método de estudio histórico extremadamente fecundo. Cierto número de sus elementos han sido expresados en parte antes de Marx, en parte al mismo tiempo que él. La trans-

formación de la sociedad y las luchas que siguieron a la revolución industrial inglesa (1760-1825) y más tarde el paso del Estado agrario al Estado Industrial, eran demasiado recientes para que no fuesen apercibidos. Pero es Marx quien concentró todas estas ideas con ayuda de la dialéctica hegeliana, quien hizo de ella un método de investigaciones y lo puso al servicio del socialismo y de la ciencia histórica.

II

CLASES. — LUCHAS DE CLASES. — CONCIENCIA DE CLASE

Una de las contribuciones más importantes de Marx para el estudio de la historia es su teoría de las clases sociales y de la lucha de clase. Aunque hubo, desde antes de Marx, historiadores y hombres políticos que mostraron el papel desempeñado por las clases sociales en la política y en las transformaciones sociales, Marx fué, sin embargo, el primero que comprendió esta idea en toda su profundidad, que la formuló e hizo de ella uno de los más firmes elementos del pensamiento político y social contemporáneos. Escribe a este respecto en el Manifiesto Comunista:

"Los diferentes sistemas sociales y comunistas, los sistemas de Saint Simón, de Fourrier (1), de Owwen (2), etc., aparacen en el primer período de la lucha entre el proletariado y la burguesía. Los inventores de estos sistemas se dan perfecta cuenta del antagonismo de las clases, así como de la acción de los elementos disolventes en la sociedad reinante. Pero no conceden al proletariado ninguna actividad histórica independiente, ningún movimiento político que le sea propio."

La clasificación de los diferentes grupos de la sociedad o la división de la sociedad humana en clases antagónicas, es un hecho tan bien constatado hoy como la división de los animales, de las plantas y de los minerales en diferentes clases. Un grupo social determinado, que comporta cierto número de caracteres comunes, constituye una clase. Esta clasificación no puede ser realizada de una manera puramente experimental, por la percepción sensible inmediata. En efecto, exteriormente, los hombres modernos no se dejan clasificar en capitalistas o en obreros. Es necesario referirse a cierto número de caracteres establecidos científicamente, a

(1) Fourrier, socialista francés del siglo XIX.
(2) Owwen, socialista inglés de principios del siglo XIX.

base de los cuales es posible establecer una clasificación social. Marx, que, como acabamos de verlo, considera los hechos económicos como fundamentales, afirma que los caracteres económicos son determinantes para la clasificación, esto es, la manera como cierto grupo de hombres obtiene su subsistencia: tal es para él el caracter fundamental. Los hombres cuya fuente de matención principal está representada por el salario, constituyen la clase obrera. Aquéllos cuya fuente de mantención más importante es la posesión del capital (suelo, construcciones, talleres, materias primas) constituyen la clase capitalista. Poco importa que un obrero esté en posesión de una libreta de la Caja de Ahorros y que reciba intereses, o que reciba beneficios de una Cooperativa cualquiera, o que un capitalista vigile y dirija él mismo su empresa, de modo que su ganancia englobe igualmente el sueldo correspondiente al trabajo realizado por él. Lo que importa es que, para el primero, la fuente principal de entradas está constituída por el salario, mientras que, para el segundo, esta principal fuente de entradas está constituída por el capital.

Naturalmente, las clases sociales no son completamente homogéneas; se puede, lo mismo que para las clases zoológicas y botánicas, dividirlas en géneros y especies. La clase obrera comprende obreros manuales y obreros intelectuales, obreros calificados y obreros no calificados, etc.; pero las diferentes capas de las clases sociales tienen, a pesar de todo, cierto número de caracteres comunes ligados todos a la fuente de entradas comunes, constituídas, según los casos, ya por el trabajo personal, ya por la posesión del capital. Una de estas dos clases no dispone sino de su fuerza de trabajo, mientras que la otra clase dispone de los medios deproducción.

Entre estas dos clases, dice Marx, existen antagonismos profundos, inconciliables, que llevan inevitablemente a la lucha de clase. Estos antagonismos son ante todo de orden económico. Los asalariados, en cuanto poseedores de la fuerza de trabajo, se empeñan por venderla tan caro como pueden, es decir, por obtener un salario tan elevado como sea posible, mientras que los poseedores del capital se empeñan por comprar la fuerza de trabajo al mejor precio posible, es decir, por pagar un salario tan bajo como puedan. Este antagonismo es por cierto, fundamental, pero no influeye muy profundamente en la vida espiritual de la sociedad. Este antagonismo semeja en apariencia al que opone el comprador al vendedor, pero, en realidad, la diferencia es muy grande, pues el vendedor de la fuerza de trabajo está condenado a morir rápidamente de hambre si no vende su mercadería. El poseedor de los medios de producción está, pues, en condi-

ciones de reducir a la indigencia al poseedor de la fuerza de trabajo, si este no acepta sus condiciones.

La posesión del capital se revela, pues, como un poder capaz de imponer sus condiciones al poseedor de la fuerza de trabajo. Este antagonismo conduce a la constitución de sindicatos. Tiene su base en la lucha de clases, pero no constituye aún la lucha de clases. Esta no comienza sino cuando la clase obrera empieza a comprender que la situación que sufre no es un fenómeno momentáneo sino la consecuencia necesaria del fenómeno del régimen económico capitalista, y que éste puede ser reemplazado por otro, en el cual todos los medios de producción pertenecerán a todos los miembros de la sociedad. Sólo cuando los obreros comienzan a pensar en un sentido socialista; sólo cuando conflictos y acciones sindicales aisladas y esporádicas del principio, hacen aparecer la posición de los obreros contra el orden económico existente; sólo cuando el proletariado, como clase organizada, pasa de la comprensión de sus tareas actuales a la comprensión de sus tareas futuras, y se empeña por realizar una transformación de la sociedad, de la propiedad privada a la propiedad colectiva, aparece la lucha de clases. Adquiere conciencia, entonces, de que no hay para él en la sociedad actual, ninguna libertad sino por el socialismo. Pero la lucha de clases puede no sobrepasar esta comprensión y detenerse ahí por consiguiente, no llevar a su término el proceso dialéctico, si la clase obrera no toma ella misma en sus manos la causa de su liberación y si no llega a comprender que ella tiene la fuerza necesaria para liberarse a sí misma, y cree poder llegar a esa liberación por medio de pequeñas reformas sociales, o si se entrega a la benevolencia y nobleza de ciertos hombres o de liberadores heroicos. Fué, en efecto, el caso de los comienzos del movimiento socialista, cuando los obreros comprendian que el socialismo era el único remedio para su situación, pero eran todavía demasiado débiles para tomar por sí mismos en sus manos la causa de su liberación. Era el período que Marx llama utópico, en que personalidades ilustres propagaban ideas socialistas y hacían planes y experiencias socialistas que tenían por objeto liberar a las masas obreras. Esas personalidades, teniendo conciencia del poder de las masas, invocaban la benevolencia de los reyes o de los filántropos y trataban de persuadirlos que la Razón, la Justicia y el bienestar general exigían la instauración del socialismo y la supresión de la pobreza, de la miseria, y de sus consecuencias. Este período del socialismo utópico fué sobrepasado por los progresos de la industria, de la técnica, de la centralización y de la concentración de los medios de producción

y de cambio, y contribuyeron a fortificar la potencialidad numérica y social, la organización y la conciencia de clase del proletariado. Fué particularmente la concentración de los medios de producción y de cambio lo que proporcionó a la clase obrera la posibilidad de hacer sentir a toda la sociedad, por el paro de las empresas y de las usinas eléctricas, que la fuerza de trabajo viva constituye el alma de toda la vida económica.

Al mismo tiempo, aparecieron pensadores socialistas que mostraron, no solamente el carácter justo y razonable del socialismo, sino también que el nuevo régimen económico socialista se prepara en el seno mismo del régimen capitalista, y que, por consiguiente, el esfuerzo del proletariado coincide con la marcha del desarrollo social.

Así fué como el socialismo utópico fué reemplazado por una ciencia y un movimiento obrero socialista basado en la realidad misma de los hechos, movimiento obrero que emprendió la lucha decisiva contra el régimen económico capitalista, con la perfecta conciencia de su fuerza y de su finalidad. La lucha de clases pasó a ser el instrumento de la transformación social.

El antagonismo primitivo entre obreros y empresarios, basado en las cuestiones de salarios y de duración del trabajo, se transformó en una lucha apasionada de las dos clases antagónicas en torno a la cuestión del mantenimiento o de la transformación del régimen económico y social, luchando la primera, por la instauración del régimen socialista. Las luchas de clases sociales se transforman inevitablemente en luchas políticas. El fin inmediato de estas luchas es la conquista del poder, con ayuda del cual, la clase capitalista se esfuerza por mantener su posición actual, mientras que la clase obrera trata de apoderarse de él para realizar su objetivo. El capítulo siguiente muestra cual es la marcha del movimiento obrero. Nos contentaremos con señalar aquí cuanto ha influenciado Marx el pensamiento político moderno con su enseñanza de la lucha de clases. Antes de Marx, el pensamiento político y la lucha de los partidos políticos parecían girar exclusivamente en torno a ideas y grandes personalidades. La admiración por los héroes y su ideología predominaban. Hoy el pensamiento político, consciente o inconsciente se mueve en torno de nociones económicas y de clases. Lo mismo ocurre con la ciencia histórica.

Esta nueva orientación política e histórica se debe a la influencia de Marx. Si se saca de ella todas sus consecuencias y aplicaciones lógicas, la enseñanza de la lucha de clases de Marx lleva inevitablemente al sistema de los consejos obreros

y de la dictadura proletaria. Si la clase revolucionaria y su lucha constituyen el instrumento de la transformación social y el motor del proceso social dialéctico, la dictadura del proletariado se impone inevitablemente. La democracia, que engloba tanto a la clase capitalista como a la clase obrera, no puede constituír la forma política del período de transición del capitalismo al socialismo. Desde el punto de vista económico, la democracia política es una utopía y no puede ser por otra parte sino una apariencia de democracia, por tanto tiempo como subsista la desigualdad económica. El Manifiesto Comunista no contiene ninkuna reforma democrática. Toda la obra de Marx muestra que, en él, la noción de clase triunfa sobre la pretendida democracia (1).

III

ROL DEL MOVIMIENTO OBRERO Y DICTADURA PROLETARIA

El partido obrero es la expresión política del conjunto del movimiento obrero, en la medida en que éste plantea reivindicaciones de orden nacional. El procederá de una manera tanto más eficaz y cumpirá tanto mejor su misión cuanto su base, esto es, el movimiento sindical, sea más fuerte y su acción más extensa. Los sindicatos no deben contentarse con llevar su lucha por las tareas actuales, sino llegar a ser el eje de todas las luchas proletarias provocadas por el proceso de transformación social, y trabajar por la supresión del capitalismo. El medio más eficaz de alcanzar este fin es la conquista del poder. Dueño del poder, el proletariado realiza conscientemente y por etapas la transformación de la sociedad capitalista en sociedad comunista. Esta tranformación "corresponde a un período político de transición, cuya forma de estado es la dictdura revolucionaria del proletariado". (Crítica del programa de Gotha).

Marx se consideraba el primero en haber lanzado la idea de la dictadura proletaria. En 1852, escribió a su amigo Waydemeyer, en Nueva York: "en lo que a mí respecta, no tengo el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna y su lucha entre ellas. Mucho tiempo antes que yo, historiadores burgueses han descrito el desarrollo histórico de esta lucha de clases. Lo que yo he-

(1) Es una respuesta decisiva a todos los socialistas que pretenden asegurar el triunfo del socialismo por medio de las pretendidas "libertades democráticas".

cho de nuevo, ha sido mostrar: 1o. que la existencia de las clases no está ligada sino a ciertas condiciones históricas determinadas de desarrollo de la producción; 2o. que la lucha de clases conduce a la dictadura del proletariado, que esta dictadura no es otra cosa más que un período de transición hacia la supresión de todas las clases y la construcción de una sociedad sin clases" (Neue Zeit, tomo 20, página 164).

En todo caso, es en Marx, el escritor en que aparece por primera vez la expresión de dictadura proletaria y de dictadura de clase del proletariado. (La lucha de clases en Francia, escrito en 1850, publicado en 1895, página 93).

Ya, en el Manifiesto Comunista, (1847-48), Marx describió los rasgos fundamentales de la dictadura del proletariado.

"El primer paso en la revolución proletaria es la elevación del proletariado en calidad de clase dominante, la conquista de la democracia. El proletariado utilizará su dominación política para arrancar poco a poco todo el capital a la burguesía, centralizar todos los medios de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y aumentar tanto como sea posible la masa de las fuerzas productivas. Esto no podrá ser conseguido sino por medio de intervenciones despóticas en el derecho de propiedad y en las relaciones de producción burguesa, y por lo tanto, con medidas que, desde el punto de vista económico, aparecen insuficientes e insostenibles, pero que, en el curso del movimiento, se sobrepasan ellas mismas y son inevitables como medios de transformación de toda la producción."

La dictadura del proletariado es pues, un estado de clase, en el cual el proletariado ejerce el poder por medio de sus representantes, y se esfuerza por realizar el socialismo y crear una sociedad sin clase o la igualdad económica. El hecho de que Marx llamase a ésto "la conquista de la democracia" se explica por la razón de que, en el período comprendido dentro de 1830 y 1850, la expresión "pueblo" significa igualmente "proletariado". (Véase, Luis Blanc, Historia de 10 años, Edic. de 1846, pág. 8; Festy, Movimiento Obrero, pág. 82; Marx-Engels, Obras póstumas, pág.405).

¿Cómo deberá comportarse la clase obrera revolucionaria, si en la revolución no es ella sino la democracia reformista, pequeño burguesa, la que llega al poder? En este caso, Marx da las indicaciones siguientes: Separación clara de la democracia pequeño-burguesa y lucha enérgica contra ella.

He aquí lo que dice a este respecto en el llamado a la Liga de ls Comunistas (Marzo 1850):

"Es comprensible que, en los próximos conflictos, como en los precedentes, los obreros deberán obtener la victoria por su coraje, su energía y su abnegación. Como siempre, en esta lucha, la pequeña **burguesía** permanecerá tanto tiempo como pueda vacilante e inactiva, para en seguida, utilizar la victoria en beneficio de sus propios intereses, en cuanto ésta haya sido obtenida invitar a los obreros a la calma y la vuelta al trabajo, impedir los tan nombrados excesos y excluír al proletariado de los frutos de la victoria. El proletariado no está en condiciones de impedir a los demócratas pequeño-burgueses que procedan así, pero puede oponerse a que se levanten frente al proletariado armándose, e imponiéndoles tales condiciones que la dominación de los demócratas burgueses lleve en sí desde el comienzo, el germen de su desaparición, y facilite considerablemente su reemplazo futuro por la dominación del proletariado.

Ante todo, los obreros deben esforzarse, durante la lucha e inmediatamente después, en oponerse tan enérgicamente como puedan al sabotage burgués y obligar a los demócratas a que ejecuten sus promesas revolucionarias actuales, Deben emplear todas sus fuerzas por mantener el máximum de tiempo posible el estado de espíritu revolucionario e impedir que desaparezca inmediatamente después de la victoria. Lejos de oponerse a los mentados excesos, al ejercicio de la venganza popular contra personalidades odiadas o edificios a los cuales no van unidos sino recuerdos odiosos, deben no sólamente soportar el ejercicio de esta venganza, sino tomar ellos mismos en sus manos la dirección. Durante la lucha y después de la lucha, los obreros deben, al lado de las reivindicaciones de los demócratas burgueses, formular en cada ocasión sus propias reivindicaciones. Deben exigir garantías para los obreros, en cuanto los demócratas se preparen a tomar el poder en sus manos. Deben si ésto fuese necesario, imponer estas garantías y obligar al nuevo gobierno a hacer todas las promesas y todas las concesiones posibles, lo que es el mejor medio de comprometerlos. Deben empeñarse por disminuír la embriaguez de la victoria y el entusiasmo por el nuevo estado de de cosas que se produce después de cada combate victorioso, por su manera calmada de comprender la situación y por una actitud de franca desconfianza frente al nuevo gobierno. Al lado de los órganos oficiales del gobierno, deben establecer sus propios órganos obreros, sea bajo la forma de consejos de distritos, sea bajo la forma de clubes o comités obreros, de manera que los órganos de gobierno demócrata burgués no sólamente pierdan todo apoyo entre los obreros, sino que estén sometidos

al control y la supervigilación de los órganos que se apoyan en las masas obreras. En una palabra: desde el día siguiente de la victoria, la desconfianza de los obreros no debe ser dirigida contra el partido reaccionario vencido, sino contra sus antiguos aliados, contra el partido que pretenda explotar en su beneficio exclusivo la victoria común. Pero, para poder oponerse enérgicamente, y de una manera amenazante a este partido, cuya traición para con los obreros se manifestará desde el día siguiente de la victoria, los obreros deberán estar armados y organizados. El armamento del proletariado entero, con ayuda de fusiles, carabinas, cañones y municiones, deberá ser emprendido inmediatamente, a fin de oponerse a la reconstrucción de la antigua guardia cívica, dirigida contra los obreros. Donde no sea posible, los obreros deberán organizarse independientemente en guardia proletaria, con jefes y un estado mayor elegidos por ellos mismos, bajo las órdenes, no ya del Estado, sino de los Consejos revolucionarios nombrados por los obreros. Donde los obreros trabajen para el Estado, deben armarse y organizarse en un cuerpo especial con jefes elegidos, o como sección de la guardia proletaria. Las armas y las municiones no deberán ser abandonadas bajo ningún pretexto; toda tentativa de desarme deberá ser rechazada por la fuerza, si ésto fuese necesario. Destrucción de la infuencia de los demócratas-burgueses sobre los obreros, organización armada independiente e inmediata de los obreros, establecimiento de las condiciones más comprometedoras para la dominación momentáneamente inevitable de la democracia burguesa...

"Hemos visto como los demócratas llegarán al poder, en el curso del próximo movimiento, como se verán obligados a proponer cierto número de medidas de un carácter más o menos socialista. Se preguntará cuáles son las medidas que los obreros deberán oponer a aquello. Naturalmente, en los comienzos del movimiento, los obreros no pueden proponer todavía medidas directamente comunistas. Pero ellos pueden primero: obligar a los demócrtas a intervenir cuanto más puedan en el orden social existente, a turbar su marcha regular y a comprometerlos a éstos mismos, así como a concentrar en manos del Estado el máximun de fuerzas productivas, de medios de transporte, de fábricas, de ferrocarriles; segundo: pueden utilizar las proposiciones demócratas, que no procedan en sentido revolucionario, sino en un sentido reformista, para tranformarlas en ataques directos contra la propiedad privada. Así por ejemplo, si los demócratas burgueses proponen los ferrocarriles y las fábricas, los obreros deben exigir que esos ferrocarriles y esas

fábricas sean confiscados lisa y llanamente y sin indemnización por el Estado, como propiedad de los reaccionarios. Si los demócratas proponen impuestos proporcionales, los obreros deben proponer impuestos progresivos. Si los demócratas proponen impuestos ligeramente progresivos, los obreros deben proponer impuestos que suban con tal rapidez que el gran capital sea arruinado. Si los demócratas piden la regularidad de las deudas públicas, los obreros deberán exigir su supresión. Así pues, las reivindicaciones de los obreros deberán ser establecidas siempre según las concesiones y las medidas de los demócratas... Los demócratas se esforzarán por trabajar directamente en favor de la República federativa, o por lo menos, si no pueden impedir la creación de una República única e indivisible, tratarán de paralizar el poder central, exigiendo la independencia y autonomía de las provincias y de los distritos. A ésto, los obreros deberán, no sólamente oponer la República única e indivisible, sino exigir igualmente la concentración del poder público en manos del Estado. No deberán dejarse engañar por la charlatanería demócrata sobre la autonomía regional, etc. Su grito debe ser: **¡La revolución permanente!"**

Pero la clase obrera no debe esperar su liberación inmediata de su victoria política. "Para obtener su propia liberación y las formas de vida superiores que ella comporta y que la sociedad actual, por su propio desarrollo económico, hace absolutamente imposible, la clase obrera deberá pasar por largos períodos de luchas, así como por toda una serie de procesos históricos, por medio de los cuales los hombres, lo mismo como la sociedad, serán completamente transformados. Ella no tienen ningún ideal que realizar: no tiene más que poner en libertad los elementos de la nueva sociedad que se han desarrollado en el seno de la sociedad burguesa en desconposición". (La Guerra Civil en Francia).

Los medios de producción serán poco a poco socializados, la producción organizada sobre una base cooperativa, la enseñanza escolar será ligada al trabajo productivo, a fin de transformar a los miembros de la sociedad en productores. Mientras dure el período de transición, la máxima comunista: "A cada uno según sus capacidades y a cada uno según sus derechos" no podrá ser realizada. Ahora bien, este período lleva aún, "desde todos sus puntos de vista, intelectual, moral, los caracteres principales de la antigua sociedad; el derecho no puede nunca elevarse por sobre la forma económica y el desarrollo cultural de la sociedad determinado por ella." (Crítica al Programa de Gotha) La repartición se hace según el trabajo verificado:

"Por consiguiente, el productor aislado tomando en cuenta los gastos exigidos por la administración, la enseñanza, la asistencia social, etc., recibe exactamente en retorno lo que él ha dado a la sociedad. Lo que él ha dado, en su cantidad individual de trabajo. Por ejemplo: la jornada de trabajo social se compone de la suma de horas de trabajo individual; la duración del trabajo individual del productor aislado es la parte de la jornada de trabajo social entregado por él, su participación en este trabajo. Recibe de la sociedad un bono, estableciendo que ha entregado tanto trabajo (retirando su parte de trabajo para el fondo social), y saca, con este bono, del depósito social de los medios de consumo una cantidad de objetos de valor equivalentes a la cantidad de trabajo. Esta cantidad de trabajo que él ha dado a la sociedad, bajo una forma determinada le es devuelta en otra forma... El derecho de los productores es proporcional a sus entregas de trabajo; la igualdad consiste en avaluar según la misma medida, esto es; el trabajo."

Pero, considerando que los trabajos verificados, a consecuencia de la desigualdad natural existente entre los individuos, son diferentes, habrá de hecho, en el período transitorio, cierta desigualdad en la repartición. Sólo en la sociedad comunista, completamente desarrollada, cuando haya desaparecido la diferencia entre el trabajo físico y el intelectual, cuando la actividad productiva sea una necesidad vital, cuando el desarrollo de los hombres y de las fuerzas productivas haya alcanzado un grado superior, y cuando todas las fuentes de la riqueza social fluyan abundantemente, sólo entonces el estrecho horizonte del derecho burgués podrá ser sobrepasado, y el derecho comunista de la igualdad podrá ser realizado.

Marx, cuyo pensamiento se inspiraba en la idea de la base económica del desarrollo social, y consideraba la liberación de la clase obrera como el fin más elevado, al cual están subordinados todos los otros movimientos políticos y económicos, no desconoció el rol de la nación en cuanto hecho económico político e histórico, como lo demuestra el Manifiesto Comunista, al hablar de la creación del Estado nacional por la burguesía. Se burlaba de los jóvenes entusiastas que querían desconocer la nación considerándola un prejuicio caduco. (Marx-Engels. Correspondencia, tomo III, pág. 323). Pero ha subestimado innegablemente la fuerza cohesionante del sentimiento nacional. Divide a la humanidad en clases antagónicas, y pensaba que la línea de demarcación económica debía mostrarse más fuerte que las fronteras nacionales y políticas. Por eso era profundamente internacionalista. Marx

quería que los partidos obreros nacionales actuasen internacionalmente, en cuanto apareciese la posibilidad del derrocamiento de la dominación capitalista. Reprochaba al primitivo programa de Gotha el haber "tomado la Asociación burguesa de la Libertad y la Paz la idea de la fraternidad internacional de los pueblos", cuando era necesario, al contrario, trabajar por la unión internacional de los proletarios para la lucha común contra las clases dominantes y sus gobiernos".

La Economía de Marx

I

LA OBRA DE RICARDO

Hemos tratado, en nuestra introducción de señalar la influencia de Hegel sobre Marx. Lo que Hegel fué para Marx en el terreno filosófico, Ricardo lo fué también para él en el terreno económico. Por eso el conocimiento de la obra de Ricardo es tan necesario para la comprensión de la economía de Marx como el conocimiento de la dialéctica de Hegel lo es para la concepción de la historia de Marx.

David Ricardo (Nacido en Londres en 1772, m. en 1893) fué el verdadero teórico de la revolución industrial inglesa que se prosiguió de 1760 a 1820. El paso de la Inglaterra del estado agrario al estado industrial, provocó naturalmente toda una serie de problemas, de transformaciones, de crisis y de luchas de clases, que exigían una explicación y un esclarecimiento. En sus escritos y particularmente en su libro intitulado **Principios de Economía Política** (1871) aparece toda la vida política y económica de la época, que, como acabamos de decirlo, fué dominada por la revolución industrial y agraria: una época de desaparición de la industria de artesanos, de aniquilamiento de las clases campesinas y de pequeñas empresas, de emigración de la población a las ciudades de desarrollo inaudito de las fuerzas productivas, de elevación rápida de la renta de la tierra (1) y del precio de los cereales, de disminución de precio de los productos fabricados, de conflictos crecientes entre la burguesía y la aristocracia terrateniente. En seguida vinieron las guerras napo-

(1) La renta de la tierra (gran propiedad agrícola) es el tributo percibido por el propietario del suelo sobre el cultivador.

leónicas que provocaron una serie de fenómenos económicos sociales, análogos a los que presenciamos actualmente: elevación del precio de los artículos alimenticios, luchas violentas de salarios, movimiento de los "ludditas" (destrucción violenta de las máquinas por los obreros), multiplicación del papel moneda, inflación fiduciaria (2).

Los contemporáneos presenciaban asombrados y estupefactos esta sucesión de fenómenos, incomprensibles para ellos. ¿Cómo se distribuye la riqueza nacional? ¿Por qué los latifundistas se hacen cada vez más ricos? ¿Cuál es la influencia que ejerce el maquinismo en los obreros? ¿Qué relación hay entre los precios y los salarios? ¿Qué representa el valor de las mercaderías? ¿Cómo están determinados los precios? ¿De dónde viene la renta de la tierra? Los derechos sobre los cereales ¿son útiles o perjudiciales? ¿El precio y los salarios disminuyen cuando los derechos de aduana son suprimidos? ¿Quién debe ejercer la influencia preponderante, la burguesia o la aristocracia terrateniente? ¿La ciudad o el campo? ¿De dónde proviene el antagonismo entre el capital y el trabajo?

Ricardo trató de responder a todas estas preguntas.

Se puede resumir su enseñanza en la medida en que se refiere a nuestro tema de la manera siguiente:

La sociedad se compone de tres clases: latifundistas, los capitalistas y los obreros. La clase de los terratenientes vive de la renta de la tierra, los capitalistas del beneficio, los obreros del salario. El factor más importante de la sociedad es el capital, o trabajo acumulado y ahorrado. El capital es el motor de la producción y por tanto de la vida social. Mantiene a la clase obrera y a la clase de los terratenientes. El principio regulador de la repartición de las riquezas creadas por la producción es el valor. Por eso el eje de la economía de Ricardo es la teoría del valor, que puede resumirse de la manera siguiente: la cantidad de trabajo aplicado a la producción es la base de la medida del valor. El valor constituye el precio natural; los dos son idénticos con el costo de la producción; muy distinto es el precio del mercado, que está influenciado por la ley de la oferta y la demanda y por cierto número de otras circunstancias externas, pero que gravita continuamente en torno el precio natural (valor).

El valor de las mercaderías se exterioriza en el costo de

(2) La inflación fiduciaria es la emisión exagerada del papel moneda más ellá de las necesidades reales de la circulación de las mercaderías. Cuando la cantidad de papel moneda en circulación dentro de un país sobrepasa las necesidades de la circulación de las mercaderías que está encargada de cubrir, se dice que se infla, que hay inflación.

producción, éste es el valor con que se mide la riqueza, la cual puede aumentar en cantidad, pero disminuir, sin embargo en valor, la cantidad de trabajo incorporado en ella.

Y el valor de los productos fabricados disminuye constantemente en tiempo normal, dado que la invención de las máquinas y el perfeccionamiento de la división del trabajo hacen superflua una parte de la cantidad de trabajo precedentemente aplicada al producto fabricado; lo mismo, el salario está fijado por la ley del valor: el obrero recibe como salario cierta cantidad de medios de existencia que reemplazan la cantidad de trabajo producida por él. Dado que los cereales —a consecuencia del aumento del capital y de la población— aumentan de precio, el salario tiene tendencia a subir igualmente. El salario y el beneficio constituyen los dos elementos más importantes del valor de las riquezas. Cuando el salario sube, el beneficio disminuye. La causa del aumento del salario y de la disminución del beneficio reside en la situación de la agricultura: la superficie cultivada no basta entonces para abastecer la población con productos agrícolas; es preciso, pues, extender la superficie cultivada. Pero esta extensión se prosigue a expensas de los terrenos mediocres que eran antes utilizados como pastales o quedaban en barbecho. La utilización de estas tierras presenta grandes dificultades y exige grandes cantidades de trabajo. Estos productos deben, pues, aumentar de valor, dado que la cantidad de trabajo determina el valor. En tiempo normal suben igualmente desde el punto de vista relativo, dado que las mercaderías por las cuales son cambiados, continúan necesitando las mismas cantidades de trabajo que antiguamente o cantidades inferiores, en la medida que se aplica a su fabricación la maquinaria que ahorra el trabajo del hombre. La tela, el género, el fierro y el acero, el oro y la plata, por los cuales se han cambiado los cereales, contienen o cantidades de trabajo menores que antes, o cantidades de trabajo equivalente. Tienen, pues, o menos valor que antes o el mismo valor, mientras que la cantidad de trabajo aplicada a la producción de los cereales ha aumentado, por esto éstos últimos deben necesariamente aumentar de valor.

El aumento del precio de los cereales tiene como consecuencia la elevación de la renta de la tierra, pues las diferencias entre las tierras cultivadas se hacen cada vez mayores, y en la agricultura, es el trabajo realizado en las circunstancias más desfavorables el que determina el valor de los bienes y el valor de la renta de la tierra, de manera que los mejores terrenos producen una renta cada vez más elevada. La esencia de todo progreso parece consistir en el he-

cho de que el precio de los productos agrarios y el precio del trabajo aumente, mientras los precios de todas las otras mercaderías o bien disminuyen o bien permanecen iguales. Por eso el fabricante ve disminuir su beneficio constantemente. El obrero no saca sino poco beneficio del aumento de su salario, dado que la mayor parte de este aumento es empleada en el pago de los altos precios de los artículos alimenticios. En cambio, todo el beneficio vuelve al propietario de la tierra en calidad de renta. "Este hecho, hace notar Ricardo, tiene una importancia mucho mayor de la que parece a primera vista. Proyecta mucha luz en los intereses de los propietarios de la tierra y de la sociedad: la situación del terrateniente no es nunca tan buena como cuando los artículos alimenticios son difíciles de obtener y de precio elevado, mientras que todos los otros miembros de la sociedad necesitan artículos alimenticios baratos. Resulta entonces que los intereses del propietario son siempre opuestos a los intereses de las demás clases de la sociedad; rentas elevadas y bajos beneficios —ambos son inseparables— no constituirían ningún motivo de queja, si fuesen la consecuencia de la marcha regular de las cosas"; pero no es así, son más bien las consecuencias de los derechos sobre los trigos, que prohiben la entrada en Inglaterra de los granos a buen precio que vienen de los terrenos fértiles del extranjero. Sin los derechos sobre los trigos, la agricultura inglesa no se vería obligada a extenderse a expensas de los terrenos mediocres y aumentar el precio de los productos agrarios, aumentar los salarios, disminuir el beneficio y perturbar la producción de las mercaderías. "Lo que hace la riqueza de una nación, no es la cantidad de dinero que ella posee, ni el alto valor de sus mercaderías, sino la abundancia de los productos que hacen la vida agradable y abundante". Muchos creen que la abundancia de los productos es perjudicial a un país. Pero no ocurre así. Sólo los productores de una mercadería que existe en abundancia, sufren de esta abundancia. Pero aun ellos no sufrirían si los cereales no costasen tan caro. Sólo porque sus mercaderías pierden con eso parte de su valor, no están éstos en condiciones de procurarse una vida agradable, pues poseen una gran cantidad de mercaderías, pero de un valor de cambio disminuído. Si viviésemos en una comunidad owenista (1), y gozácemos de los productos en común, nadie su-

(1) Comunidades restringuidas a ciertos centenares de miembros, en que la producción y el consumo se harían en común, recomendadas por Owen como solución del problema social. Esta concepción de Owen tenía una gran analogía con las de Fourrier, Cabet y Proudhon. Marx mostró todo su carácter utópico.

friría la abundancia de los productos; pero por tanto tiempo como la sociedad esté construída como lo está actualmente, la abundancia será a menudo una desventaja para los productores".

Tal es la enseñanza de Ricardo. Se comprenderá pues, por qué ejerció tan grande influencia en los economistas y hombres dirigentes de la burguesía. Desde luego, les permitió comprender la influencia ejercida por la revolución industrial en las cuestiones del precio y del valor, así como la esencia del movimiento de los salarios, les mostró las relaciones entre el salario, el beneficio y la renta, así como la contradicción existente entre los intereses del capital industrial y los de la aristocracia terrateniente. La lucha contra esta aristocracia recibió desde entonces una base teórica.

Pero Ricardo no vió que su teoría del valor y de la contradicción existente entre el beneficio y el salario dió a los pensadores que se pusieron de parte de la clase obrera las armas para la lucha contra el capital. Según Ricardo, es el trabajo lo que constituye la base del valor de cambio, y el capital no es otra cosa sino un trabajo acumulado. Por consiguiente, el capitalista debe apropiarse del trabajo acumulado, y determina así la suerte del proletariado. La contradisión que Ricardo formuló inconscientemente fué profundizada conscientemente por los socialistas. No era preciso para esto sino cambiar de punto de vista. Ricardo consideraba todo desde el punto de vista capitalista; los socialistas consideraban todo desde el punto de vista de los obreros. Ricardo decía: "El capital es todo, el terrateniente no es nada y, sin embargo, este último recibe la parte del león en los valores de cambio." Los socialistas dijeron: el obrero es todo, el capitalista y el terrateniente no son nada, y, sin embargo, estos últimos reciben el trabajo acumulado, mientras que el obrero no es considerado sino como una bestia de carga. Las luchas de clases, que hicieron furor en el país desde 1760, encontraron en los escritos de Ricardo su expresión teórica.

II

LA CRITICA ANTI-CAPITALISTA Y SOCIALISTA

Así como después de Hegel, los Jóvenes Hegelianos utilizaron la enseñanza de su maestro, en parte en un sentido revolucionario burgués, en parte desde el punto de vista de los intereses del proletariado, así también, después de Ricardo, toda una serie de escritores utilizaron la teoría del valor

de Ricardo, para atacar al régimen capitalista. Cierto número de ellos preconizaron el retorno a la época pre-capitalista y la restauración de la industria artesana; otros preconizaron diferentes reformas financieras (bancos, cooperativas, almacenes de cambio) o se hicieron socialistas (comunistas) (1) e hicieron propaganda por la supresión del capitalismo y la creación de la comunidad comunista. El principal propagandista del comunismo fué, en esa época, el utopista Roberto Owen (nacido en Galles en 1771, muerto en 1858), que había comprendido la importancia del maquinismo para la producción de la riqueza, y trató de introducir el comunismo por medio de reformas educativas, de la creación de colonias cooperativas y de la concentración de la clase obrera.

Al mismo tiempo que él John Grey (nacido en 1798, muerto en 1850), William Thompson (nacido en 1785, muerto en 1833), Piercy Ravenstone (probablemente un seudónimo), Thomas Hodgskin (nacido en 1787 y muerto en 1869), así como cierto número de otros escritores anónimos, hicieron obra de crítica social, y consideraron al trabajo y no al capital, como la única fuente de la riqueza y el valor.

En su libro intitulado "Lectures on Human Happiness (1825) Gray trató de probar estadisticamente que los cuatro quintos de la riqueza producida por los obreros ocupados en la agricultura y en la industria son injustamente arrancados a los obreros por los capitalistas y los propietarios de la tierra. Considera a los obreros como los verdaderos productores. Todos los demás trabajadores (médicos, funcionarios, empleados, etc.) pueden desempeñar empleos útiles, pero no producen. Thompson, que escribió entre 1822 y 1824 un libro intitulado: **Estudios sobre los principios de la distribución de las riquezas"**, llega a las mismas conclusiones. El capitalista no es más que el prestamista de los medios de producción, pero el obrero es el verdadero creador de las riquezas. Thompson reconoce muy bien que el capitalista tiene derecho a un sueldo, pero no a la parte que recibe en el régimen actual.

Ravenstone escribió en 1821 y en 1824, dos obras en las cuales trata con una fuerza admirable la improductividad del capital. El capital no es para él más que un sonido hueco, una noción metafísica y sin vida, una campana hipnotizante, para poder engañar a los obreros. "El obrero debe pagar un tributo al capital antes de poder aplicar su destreza y su

(1) En esta época, se asimilaban aún los dos términos. Hoy, después de la escisión del movimiento obrero en dos campos: uno reformista, otro revolucionario, los socialistas designan más particularmente el primero y los comunistas, el segundo.

actividad. Este tributo es el beneficio a la renta, o más exactamente, la parte del holgazán al producto del trabajo del obrero. El holgazán vive del trabajo del obrero." (Ravenstone: A few Doubts págs. 225-311.)

El autor anónimo del folleto: **"Una carta a lord John Russell"**, publicada en 1821, escribe: el capitalista no es más que un usurero: este último presta dinero, aquél, los medios de producción. La ganancia del primero se llama interés, la ganancia del último se llama beneficio. Pero ambas fuerzas de entradas provienen del sobretrabajo del obrero. De este sobretrabajo nace precisamente el capital.

El folleto de Thomas Hodgskin intitulado: **Defensa del trabajo** (1825) se esfuerza por demostrar que el capital es improductivo y que está constituído únicamente por el sobretrabajo del obrero.

Estos escritores condenan al capital como inmoral, y el producto arrancado a los obreros como la causa de la pobreza de la clase obrera y, de una manera general, de toda la miseria social. Fueron los teóricos del movimiento obrero de esa época, que poco a poco tomó un carácter revolucionario, y llevó a la lucha de clase que es conocida con el nombre de cartismo (1) (1825-1855).

Toda esta literatura, así como el movimiento cartista, ejercieron una gran influencia en Marx que, desde 1845, entró en contacto estrecho con la vida social y económica inglesa.

III

EL CAPITAL

Como ya lo hemos visto Marx fué socialista desde 1843. En calidad de partidario de la dialéctica, sabía que el socialismo no puede ser sino la comprensión de las fuerzas existentes que se desarrollan en el seno mismo de la sociedad burguesa. Gracias a los estudios que emprendió en 1843 y en 1844, llegó a la conclusión de que la economía política constituye la base de la sociedad burguesa. A partir de este momento, la economía política constituyó el campo principal de sus estudios. Sus estudios considerables sobre la economía política francesa e inglesa, y en particular, sobre las obras de

(1) El cartismo es el movimiento de los obreros ingleses de principios del siglo XIX, que tenía por objeto la conquista de los derechos electorales y de una constitución democrática (Carta). Este movimiento tomó en diferentes ocasiones una forma extremadamente revolucionaria.

Sismondi (2), de Ricardo, y de toda la literatura anticapitalista inglesa de 1820 a 1840, que se refieren a la teoría del valor de Ricardo, le suministraron una cantidad considerable de elementos para una crítica de la economía política, para una historia del nacimiento, del desarrollo y de la descomposición del capitalismo, escritas desde el punto de vista de la clase obrera y de la sociedad socialista en formación. Esta obra, es **El Capital.**

Se compone de tres volúmenes. El primer volumen (1867) fué redactado completamente por Marx, y editado por él. Los otros dos no son sino proyectos, copletados por Engels, después de la muerte de Marx, y publicados por él en 1885 y en 1894.

El primer volumen trata de la prehistoria y de las tendencias del capitalismo industrial, del proceso de la producción de las mercaderías, de las relaciones entre obreros y empresarios, de la explotación del proletario, del salario y de la duración del trabajo, y de las repercusiones de la técnica moderna en la situación de los obreros. Nos muestra cómo el capital se constituye en el seno del sistema de la fábrica. Su figura principal es la clase obrera trabajando, sufriendo, rebelándose. En el **segundo volumen** el empresario aparece en el mercado, vende sus mercaderías y pone nuevamente en marcha el proceso de la producción para continuar produciendo mercaderías. En el **tercer volumen** vemos el proceso de realización de las empresas de la clase capitalista, en que el movimiento del capital está representado como un todo: costo de producción, precio, ganancia, y su división en beneficio, interés y renta.

Los inmensos esfuerzos a los cuales se entregó el autor con el fin de realizar una obra maestra han refinado, sublimado y sobrecargado de ciencia, en el más alto grado, las teorías del valor y de la plusvalía, hasta elevarlas hasta la altura de una filosofía. Tal como un atleta del espíritu, el autor juega con su materia. El tercer libro, que nos ha sido transmitido tal como salió inmediatamente de la cabeza del autor, sin el aparato sabio aportado después de investigaciones, sin la adjunción de notas y sin disgresiones polémicas o filosóficas, muestra que Marx podía tratar las cuestiones económicas más difíciles de una manera clara, vigorosa y comprensible para todos.

---

(2) Sociólogo francés de principios del siglo 19. Fué uno de los primeros que llamó la atención sobre la situación miserable de los obreros en la industria y sobre el engaño que representan para ellos las conquistas de la revolución francesa.

Para comprender bien el Capital es necesario recordar: **primero,** que Marx no da ninguna definición que tenga un carácter absoluto; nociones como el Capital, el salario, el valor, etc.; son categorías históricas, es decir, que ellas tienen un sentido determinado por períodos históricos determinados, sentido que no tienen en otros períodos. Por ej.: la noción de valor, puede en ciertos períodos, significar la utilidad de una cosa; en otros períodos el valor puede estar determinado por la virtud o la belleza que poseá un cosa o una persona. En la sociedad actual, sin embargo, el valor está determinado por el costo de la producción (1), que Marx, por medio de un análisis científico reduce al trabajo.

Segundo, Marx considera los principios descubiertos científicamente como la esencia misma de las cosas; la práctica, en cambio, como expresión externa de las cosas; por ejemplo: el valor es la expresión teórica; el precio; la expresión empírica; la plusvalía es la expresión teórica, el beneficio la expresión empírica (2).

La expresión empírica se separa por cierto de la teoría, pero es incomprensible sin ella.

Tercero. Marx considera el proceso económico capitalista puro de toda intervención exterior, política o de otra naturaleza; las luchas obreras y las leyes de la protección del trabajo, de que Marx habla en el Capital, contribuyen más bien al perfeccionamiento de las fuerzas productivas, que a la restricción de la acción explotadora del capital soberano.

Cuarto. Marx considera siempre a la clase capitalista en su conjunto y nunca a los capitalistas aislados.

IV

VALOR DE USO Y VALOR DE CAMBIO

La vida y la actividad de la sociedad capitalista aparecen como una sucesión infinita de operaciones, cambios, constituída por una cantidad indefinida de espirales entrelazadas. Por medio del dinero, los hombres cambian continuamente

---

(1) Hay en esto un error evidente de parte del autor, pues el costo de producción de una mercadería puede ser superior o inferior al valor de esta misma mercadería, según que la cantidad de trabajo incorporada en ella sea superior o inferior a la cantidad de trabajo social necesaria para su producción.

(2) La expresión empírica de una cosa, en oposición a su expresión teórica, es la expresión en los hechos, en la realidad misma, que no corresponde siempre a su expresión teórica pura.

las mercaderías y los servicios más variados. Una compra y una venta incesantes, un cambio ininterrumpido de objetos y de fuerzas de trabajo, en esto consiste esencialmente las relaciones humanas en la sociedad capitalista. Un mapa económico que representase gráficamente estas relaciones no sería menos complicado que un mapa astronómico que representase las curvas variadas y entrelazadas recorridas en el espacio por los diversos cuerpos celestes. Y, sin embargo, debe haber una regla y una ley de esta confusión aparente de movimientos, pues los hombres no trabajan y cambian su riqueza de una manera arbitraria, como los salvajes que cambian barras de oro enteras o diamantes en bruto por un collar de vidrio. Esta ley que regula las operaciones de cambio es la que trataron de descubrir los economistas ingleses y franceses de los siglos XVII, XVIII y XIX, entre los cuales Petty (1623-1687), Quesnay (1694-1769), Adam Smith (1733-1790) y Ricardo (1772-1893), figuran como los más importantes, y cuyas teorías las caracteriza Marx como constitutivas de la economía clásica. Relativamente a sus investigaciones Marx declara:

"Todo valor, es decir, todo objeto o bien, producido de una manera capitalista y llevado al mercado, posee un valor de uso y un valor de cambio. El valor de uso es la utilidad que la mercadería presenta para el consumidor, la posibilidad para él de satisfacer cualquiera de sus necesidades físicas o intelectuales; una mercadería sin valor de uso no es cambiable, no es vendible. Como valor de uso, las mercaderías son materialmente diferentes unas de otras; nadie cambiará una tonelada de trigo por una tonelada de trigo de igual calidad, pero se la cambiaría por un vestido. Sin embargo, ¿a base de qué son cambiadas las mercaderías? Esta base, es el valor de cambio, y éste consiste en el trabajo, en la cantidad de trabajo que cuesta la fabricación de una mercadería. En el mercado, cantidades de trabajo iguales son cambiadas una por otra. Como valor de cambio, como materialización del trabajo de mano las mercaderías son esencialmente iguales unas a otras, pero cuantitativamente una a otra, son diferentes, dado que diferentes categorías de mercaderías representan cantidades de trabajo diferentes. Es comprensible que la cantidad de trabajo no se cuente según el trabajo del productor aislado, sino según el trabajo social dominante. Si, por ej., el tejedor A necesita 20 horas para fabricar un pedazo de tela que es fabricada en 5 horas en una fábrica moderna de tejidos, la tela del tejedor no posee por esto un valor de cambio 4 veces superior. Si el tejedor A reclama al consumidor B un equivalente de 20 horas de trabajo,

él responderá que un trozo de tela semejante puede ser fabricado en 5 horas y no representa, por lo tanto, sino un valor de cambio de 5 horas de trabajo. Por eso, según Marx el valor de cambio se define así: **El valor de cambio de una mercadería consiste en la cantidad de trabajo socialmente necesario para su producción.**

Esta cantidad de trabajo no es factor constante. Gracias a las nuevas invenciones, al mejoramiento de los métodos de trabajo, al aumento de la productividad del trabajo, etc., la cantidad de trabajo necesaria para la producción de una mercadería disminuye. Por consiguiente, su valor de cambio, o, para emplear el lenguaje corriente, su precio disminuirá, suponiendo que las circunstancias exteriores (demanda de la mercadería; curso de dinero) sigan siendo los mismos. Por eso el trabajo es la fuente del valor de cambio, y constituye la medida según la cual son reguladas las operaciones de cambio. El valor de cambio mide igualmente la riqueza de la sociedad. Esta riqueza puede aumentar desde el punto de vista de la cantidad pero disminuir desde el punto de vista del valor, en la medida en que la cantidad de trabajo social necesario a su producción disminuye. Mientras más avanzada es una sociedad desde el punto de vista industrial y cultural, más grande es su riqueza y más pequeña la cantidad de trabajo que ésta debe aplicar a la producción de la riqueza.

Hemos dicho anteriormente que el valor de uso es una condición indispensable del cambio de las mercaderías. El papel del valor de uso no se limita a esto. La cantidad de los valores de uso que necesita la sociedad determina la cantidad de los valores de cambio a crear. Si se fabrica más mercaderías de las que necesita la sociedad, las mercaderías superfluas no tienen ningún valor de cambio, a pesar de la cantidad de trabajo suministrada (Capital, II, págs. 175-176). La completa realización de los valores de cambio o del trabajo social suministrado depende así de la adaptación de la oferta a la demanda, y es un asunto de organización, de dirección comercial.

Hemos hecho notar que la teoría del valor de Marx semeja a la de los economistas burgueses, pero se diferencia, sin embargo, de ella. Aparte de ciertos perfeccionamientos de definición aportados por Marx, esas teorías se distinguen unas de otras de la manera siguiente: En la teoría clásica del valor, el verdadero creador del valor es el empresario que dirige la producción; se procura, por medio de su capital, los instrumentos, las materias primas y los obreros; coloca las mercaderías fabricadas y pone en movimiento el proceso de la producción. En esta teoría, el asalariado no es otra cosa

más que un medio de producción. En la teoría del valor de Marx, en cambio, el obrero aparece como el verdadero creador del valor: el obrero intelectual o manual ocupado en el proceso de la producción y que transforma las materias primas en mercaderías o transporta las materias primas a los talleres de producción; sólo el obrero en la producción y en el transporte que va unido a ella produce el valor. (Capital, II, cap. III). Todas las demás clases no son productoras; pueden ellas hacer un trabajo que tenga un carácter social, pero no producen ningún valor nuevo; lo mismo, todos los trabajadores científicos inventores o técnicos, realizan solamente un trabajo de orden social que, por cierto, eleva la productibilidad del trabajo o del obrero y, por consiguiente, aumenta la riqueza, pero no aumenta su valor de cambio, pues las mercaderías así producidas contienen menos fuerza viva de trabajo. (Capital, III, pág. 80).

V

EL SALARIO

Considerado superficialmente, el obrero recibe el salario correspondiente a su trabajo. En realidad, lo recibe como un trueque por la fuerza de trabajo que ha gastado, conforme a la ley del valor, en el sentido de que recibe en cambio cierta cantidad de medios de subsistencia necesarios para restaurar la fuerza de trabajo que ha gastado, lo mismo que el caballo de labranza recibe tanta avena y heno como necesita para conservarse en estado de trabajar. El capitalista y el obrero cambian cantidades económicas iguales, a saber, cierta cantidad de mercaderías (medios de subsistencia) por una cantidad equivalente a la mercadería "fuerza de trabajo": mercaderías por mercaderías, valor de cambio por valor de cambio. Como, por consiguiente, el salario significa cierta cantidad de nuevas existencias; éste sube aún cuando su cantidad permanece igual y aun cuando el precio de los artículos alimenticios baja, pues, el obrero está en condiciones, con el mismo salario de comprar una mayor cantidad de víveres. Y, recíprocamente, cuando se elevan los precios de los artículos alimenticios, el salario disminuye, aun si su cantidad permanece igual a la de antes. Marx acepta esta ley de los salarios formulada por Ricardo, pero la supera. Ricardo consideraba al mundo capitalista como el único mundo racional y posible, por lo menos en la época en que él escribía su libro, mientras que Marx desde 1844, observaba frente a él una actitud

crítica y trataba de negarlo. Por eso impulsó su estudio más lejos y llegó a las conclusiones siguientes:

"Los teóricos capitalistas creen que la cuestión del salario está resuelta por el hecho de que lo explican por la ley del valor. Ahora bien, nosotros sabemos que toda mercadería tiene no solamente un valor de uso, sino también un valor de cambio y es comprada a causa de este último valor. El valor de uso de la mercadería "fuerza de trabajo" se distingue, pues, de una manera bastante notable del valor de uso de todas las demás mercaderías. El uso o la aplicación de la fuerza de trabajo produce un valor de cambio y aún un valor de cambio superior al suyo propio. El empresario puede emplear la fuerza de trabajo hasta que ésta haya producido, no solamente su propio valor de cambio (el valor de los artículos alimenticios), sino un valor de cambio dos veces más considerable. Para producir el valor del salario, el obrero necesita 5 ó 6 horas por día, pero debe trabajar 10 ó 12 para el capitalista. Si el obrero fuese independiente, no trabajaría sino la mitad de la jornada de trabajo para ganar su subsistencia. Este trabajo, Marx lo denomina **el trabajo necesario.** Como depende del capitalismo, el obrero debe realizar no solamente el trabajo necesario, sino también un sobretrabajo; el obrero no puede encontrar ocupación sino con esta condición, es decir, cuando, fuera del trabajo necesario para sus propias necesidades, suministra cierta cantidad de horas de trabajo para el capitalista, sin pago, o, como dice Marx:

"Que la mitad de una jornada de trabajo sea necesaria para mantener en vida al obrero durante 24 horas, esto no le impide en nada trabajar toda una jornada. El valor de la fuerza de trabajo y su apreciación en el proceso del trabajo son, pues, de magnitudes diferentes. Esta diferencia de valor es lo que el capital tenía en vista cuando compró la fuerza de trabajo. El hecho de que la restauración cotidiana de la fuerza de trabajo no cuesta sino media jornada de trabajo, aunque la fuerza de trabajo esté ocupada entera, y que, por consiguiente, el valor que él crea durante una jornada entera, y que, por consiguiente el valor que él cree durante una jornada sea dos veces mayor que su propio valor cuotidiano, es una felicidad especial para el comprador pero no constituye agravio hecho al vendedor" (El Capital, I, págs. 173-174).

Esto no constituye un daño hecho al vendedor. Es justo desde el punto de vista de Ricardo pero no lo es desde el punto de vista de Marx, pues, él llama a menudo al sobretrabajo, trabajo no pagado. Dice, por ej.:

"Por una hora de trabajo, el capitalista se apropia de la mitad... sin pago (Capital, I, conclusión del capítulo XVIII), es decir, en otros términos toma una cosa sin suministrar lo equivalente. Pero, esta observación es aquí necesaria; lo que es más importante en cambio es que, en nuestro estudio del salario, hemos tropezado con la teoría de la plusvalía de Marx, pues esta teoría es el eje de todo su sistema económico.

VI

LA PLUSVALIA

Como lo hemos dejado establecido anteriormente, Marx ha ligado su teoría del valor a la economía clásica, pero él la ha perfecconado en lo que concierne a la cuestión del salario. Proseguía según el espíritu que fija como tarea a la razón, a la crítica, transformar en contradicción viva el antagonismo latente, inconsciente. Como lo hemos indicado, los comienzos de este proceso dialéctico han sido verificados en Inglaterra por los críticos anti-capitalistas que, tres años después de la aparición del libro de Ricardo, han dejado oír sus contradicciones (véase Marx, Teoría sobre la Plusvalía, tomo III, ág. 309)

Piercy Ravenstone llama al capital un sér metafísico (1). Hodgskin lo llama un fetiche, caracterizando el trabajo como la única realidad económica. Esta escuela anti-capitalista empleaba ya las expresiones de sobre o trabajo y de plusvalía. (Véase igualmente la introducción de Engels en el 2o. Volumen del capital). Esta es la escuela a la cual se refirió Marx cuando se propuso construír su crítica a la economía capitalista. Pero la diferencia entre Marx y estos críticos sociales es considerable: mientras estos últimos condenaban simplemente el sobretrabajo y la plusvalía como inmorables, la plusvalía fué para Marx la llave con que puso en descubierto el orden económico capitalista, y estudia su nacimiento, su desarrollo y su descomposición. La literatura anti-capitalista le proporcionó muchos menos elementos para la construcción de la teoría de la plusvalía que la economía clásica, con su concepción de la teoría del valor. En este terreno tenía que hacerlo todo él mismo. La cuestión que él se planteaba no era ya: ¿cuál es la esencia de la producción de las riquezas y cómo puede medirse esta última, sino, cómo ha aparecido ésta, en qué forma se presenta y hacia dónde va? El capital es la parte de la riqueza que sirve

(1) Es decir, por sobre la naturaleza física, en otras palabras: un sér que no tiene ninguna realidad.

Biblioteca Pública Especializada

para producir el beneficio. ¿De dónde proviene este beneficio? Marx responde de la manera siguiente:

"Todo capital colocado en empresa se compone de dos partes: Una es empleada en la compra de medios materiales de producción —construcciones, máquinas, instrumentos y materias primas— la otra es empleada en el pago de los salarios. Marx llama a la primera parte capital **constante,** a la segunda capital **variable.** El primero se llama capital constante, porque no agrega a las mercaderías sino el valor usado por él en el curso del proceso de la producción. No produce ningún valor nuevo. Marx lo llama también la parte pasiva. Las colocaciones en salarios constituyen el capital variable porque salen transformados del proceso de la producción, producen valores nuevos agregados; Marx lo llama también la parte activa, porque produce la plusvalía. Esta composición del capital en partes constantes y variables, Marx la llama **composición orgánica.** Los capitales de empresas que se componen de más o menos un 80% de partes constantes y un 20% de partes variables, los llama **composiciones medias o normales.** Cuando la parte constante es más alta y por consiguiente la parte variable más baja, los designa **capitales de alta composición.** Los capitales que contienen un 80% de partes constantes, y más de 20% de partes variables, los llama **capitales de baja composión.** He aquí la razón: mientras más alto es el grado de la producción capitalista más costosos y más vastos son la maquinaria, las construcciones, etc., y por consiguiente, mayores los gastos de materias primas, mientras que las empresas primitivas emplean pocas máquinas, talleres a bajo precio, pero un número relativamente grande de obreros. Las relaciones entre el capital constante y el variable indican al mismo tiempo el grado de desarrollo de la producción.

Según Marx, es pues, únicamente el capital variable el que produce la plusvalía o, para hablar en lenguaje corriente, el benencio. Hemos visto anteriormente al explicar en qué consiste la esencia del salario, por qué el capital variable produce más valor de lo que ha costado a los capitalistas; el obrero recibe efectivamente el valor de cambio de su fuerza de trabajo, pero el valor de uso de su fuerza de trabajo, funciona dos veces más en número de horas necesarias para su restauración. Este sobre o trabajo se materializa en plusvalía. Mientras el obrero recibe un salario de digamos 20 francos para la restauración de los cuales 5 horas de trabajo bastan, su fuerza de trabajo es empleada durante 10 horas. Esas cinco horas de sobre o trabajo aparecen en el valor de cambio de la mercadería de manera que el valor de un

artículo se compone de las partes utilizadas del capital constante, de los gastos necesitados para el pago de los salarios y de la plusvalía que a todo esto se agrega. Inmediatamente antes del proceso de la producción, no había sino capital constante y capital variable; después del término del proceso de la producción, la mercadería contiene al mismo tiempo que capital constante y capital variable, una cierta plusvalía. Tal es el verdadero valor de las mercaderías.

Esta relación entre salario y plusvalía o entre trabajo pagado y trabajo no pagado, Marx la llama la **parte de la plusvalía**: indica ésta el grado de explotación del trabajo. Si el salario comporta veinte francos que pueden ser reproducidos en cinco horas de trabajo, y, si, por este salario el obrero trabaja diez horas en la fábrica de manera que produzca valores de cambio por 40 francos, esta parte de plusvalía es de 100 por 100. Esta **parte de plusvalía,** multiplicada por el número de obreros empeados en una empresa constituye el conjunto de la plusvalía producida por el capital colocado en esta empresa.

VII

EL BENEFICIO

La plusvalía producida por el trabajo de los obreros es acaparada por los capitalistas en forma de beneficio. Plusvalía es una expresión marxista que expresa su naturaleza teórica. Beneficio es una expresión comercial, que expresa la plusvalía tal como aparece de hecho en la vida práctica. La diferencia entre la concepción teórica marxista y la concepción comercial corriente, no es, sin embargo, tan simple. Expresa una diferencia de concepción en lo que se refiere al rol respectivo del capital y del trabajo en el proceso de la producción económica. Tratemos de expresar esto en forma más clara:

Como ya lo hemos visto, Marx divide el capital colocado en una empresa industrial en dos partes: en capital constante (medios de producción) y en capital variable (fuerza de trabajo). Piensa que únicamente la fuerza viva de trabajo produce la plusvalía, mientras que el capital constante no agrega sino su propio valor a los nuevos productos.

El capitalista divide de otra manera el capital: en capital fijo (construcciones y máquinas) y en capital circulante (materias primas y salarios). El capital fijo no se gasta sino lentamente y no es incorporado completamente a la producción sino al cabo de cierto número de años, diga-

mos por ej. 15 años. Un capital fijo de 75 mil francos proporcionará, pues, por año 5 mil francos a la producción y será inscrito por esta suma en el balance. En cambio, el capital circulante (materias primas y salarios) es completamente absorbido en cada período de producción y debe ser renovado a principios de cada período. Supongamos que una empresa industrial exige un capita de 105 mil francos, a saber: 75 mil francos de capital fijo (para las construcciones y las máquinas), 20 mil francos para las materias primas y 10 mil francos para los salarios. Supongamos que el período de producción sea de un año, y que la parte de la plusvalía se eleve al 100 por 100, es decir, que las fuerzas de trabajo sean pagadas en 10 mil francos y que éstas produzcan por un valor de 20 mil francos. A fines de año, el capitalista calcula así: los gastos se elevan a 5 mil francos de capital fijo, a 30 mil francos de capital circulante, por consiguiente, las mercaderías producidas han necesitado un gasto total neto de 35 mil francos. Es lo que se llama el precio de costo, sin ningún beneficio. Según Marx este precio de costo engloba al capital constante, más el capital variable, sin la plusvalía. Pero el capitalista sabe igualmente que las mercaderías producidas representan un valor mayor que el precio de costo. Según Marx, la plusvalía se eleva a 10 mil francos (hemos supuesto, en efecto, que el capital variable de 10 mil francos produce una parte de plusvalía de 100 por 100). Pero el capitalista agrega al precio de costo un beneficio que se divide en ganancia para el empresario y en interés para el capital colocado. Si el capitalista estuviese sólo en el mercado, su beneficio podría absorber complemente la plusvalía de diez mil francos, pero tiene que contar con la concurrencia y con la situación del mercado. Por eso su beneficio depende, no sólamente de la plusvalía, sino de la concurrencia y de la situación del mercado. El precio de costo, más el beneficio, constituyen el precio de producción tal como lo establece el capitalista. Pero, según Marx, teóricamente, el precio de producción es igual al precio de costo más la plusvalía. Hay, pues, una diferencia cuantitativa entre el precio teórico de la producción y el precio real de la producción y una diferencia cualitativa entre la concepción del capitalista y la de Marx sobre la fuente del beneficio. El capitalista cree que el beneficio es el producto de todos los elementos del capital introducido en el proceso de la producción y de su propia habilidad comercial. Marx, en cambio, piensa que el capitalista no puede obtener un beneficio sino porque los obreros porducen una plusvalía por la cual no reciben ningún pago.

Hemos supuesto que la plusvalía comparada con el capital variable se eleva al 100 por 100, es decir, que un capital variable de 10 mil francos produce 20 mil francos. Pero en el balance de fines de año se pretende considerar el porcentaje de los beneficios producidos por el conjunto del capital colocado en la empresa. Se distribuyen, pues, los 10 mil francos de plusvalia sobre el conjunto del capital colocado de 35.000 francos. La plusvalía de una empresa repartida sobre el conjunto del capital, Marx la llama **la parte del beneficio** o, expresada en cifras, diez mil dividido por 35 mil, ésto es 28,58%.

Por regla general, el capitalista no puede vender su mercadería a un precio más bajo que el de costo, de otra manera quebraría. Pero puede vender a un precio más bajo que el de producción y lo hace muy a menudo. Según el ej. citado anteriormente, su parte de beneficio se eleva a más del 28%. Ahora bien, según el estado de la concurrencia o a causa de otras circunstancias, de las cuales nos ocuparemos en el captulo siguiente, puede contentarse muy bien con una parte del beneficio de 10, de 15 o de 20% que utiliza, ya sea para su mantención personal, ya sea para el agrandamiento de su empresa. En general, el 28% de beneficio constituyen un límite en el interior del cual establecen sus precios. En circunstancias favorables puede incorporar el 28% de beneficio en el precio; en circunstancias menos favorables no puede incorporar de tal beneficio sino 20, 15 o 10%.

¿Qué se hace aquélla? Es acaparada por el comercio mayorista y minorista que se introducen entre los productores y los consumidores, o por los bancos en forma de intereses, en el caso de que el capitalista trabaje con dinero prestado. Dado que el beneficio no se realiza sino en el proceso de la circulación (en el comercio y el cambio) y es repartido entre las diferentes capas y clases sociales, se cree, generalmente, que el beneficio nace en el comercio. Es que se ignora que el comercio no puede elevar el precio de las mercaderías, por la buena razón de que este precio está fijado a un nivel inferior al costo de producción, a un nivel inferior a su valor, es decir, que las mercaderías contienen en sí una plusavalía que no se realiza sino poco a poco, en el curso del proceso de la circulación.

Esta enseñanza tiene una profunda importancia social. Si es constatada, todas las clases y capas sociales que no están ocupadas en el proceso de la producción, o en el transporte de la smercaderías, o en servicios sociales útiles (educación, administración, investigaciones científicas, trabajos

artísticos, etc...) llevan una vida parasitaria, no viven sino de la plusvalía que la clase capitalista saca del proletario y de la cual se apropia sin pago.

Muy distinta es la concepción capitalista. Según ella el beneficio es el resultado, tanto del espíritu de empresa y de la habilidad del capitalista, como de todos los elementos del capital introducidos en el proceso de la producción: construcciones y máquinas, materias primas y fuerzas de trabajo empleadas todas las cuales, deben ser compradas en su verdadero valor de cambio. Si los comerciantes y los banqueros reciben una parte del beneficio realizado, éste no es sino un acto de justicia, dado que gracias a ellos los valores de cambio se realizan, por el hecho de que éstos los transportan hasta los consumidores y por este medio hacen posible el proceso de la producción.

¿Plusvalía o beneficio? ¿Trabajo o capital? Detrás de ésta última cuestión se abriga la gran lucha de clases de la sociedad moderna. No puede asombrarnos, pues, que la teoría del valor y de la plusvalía de Marx haya provocado una vasta polémica, en la cual el célebre problema de la tasa de beneficio medio ha desempeñado un papel considerable, dado que se ha creído ver en él la más importante contradicción en lo que respecta a la teoría del valor y de la plusvalía de Marx.

VIII

EL PROBLEMA DEL BENEFICIO MEDIO

Según la teoría del valor y de la plusvalía de Marx, que hemos resumido en páginas anteriores, sólo el capital variable produce un nuevo valor y una plusvalía. Una empresa industrial de baja composición orgánica que comporte, por consiguiente, mucho capital variable y poco capital constante, debería, pues, producir una mayor plusvalía o más beneficio que una empresa industrial de alta composición orgánica, que emplease el mismo capital, pero compuesta de una mayor parte constante y de una más pequeña parte que la primera. Tomemos por ej., dos capitales industriales de 35 mil francos cada uno. Uno emplea 15 mil francos en elementos constantes (máquinas, materias primas), y 20 mil francos en elementos variables (salarios), el otro emplea 20 mil francos en elementos constantes y 15 mil francos en elementos variables. Por una misma tarde de plusvalía —supongamos 100 por 100— el primer capital debería producir una plusvalía de 20 mil francos; el otro una plusvalía de 15 mil fran-

cos, solamente. Pero la experiencia indica que los mismos capitales, a pesar de las diferencias momentáneas de beneficio, producen finalmente los mismos beneficios. Hay que deducir, pues, que, en efecto, es el capital y no el trabajo lo que determina la cantidad de la plusvalía, y que los resultados verdaderos del proceso de producción capitalista no concuerdan con la teoría del valor de Marx, y que los hechos contradicen la teoría. Pero, es el mismo Marx el primero que llamó la atención sobre este problema.

"Esta ley contradice en apariencia la experiencia de los hechos. Cada uno sabe que un hilador de algodón, que emplea realtivamente más capital constante y menos capital variable... no obtienen por eso beneficio o una plusvalía inferior a la de un panadero que emplea relativamente mucho capital variable y poco capital constante". (Capital, T. I, cap. 9).

¿Cómo pues conciliar con la teoría del valor de Marx el hecho de las tasas iguales de beneficio, con una composición orgánica diferente de los capitales?

Marx reconoce que los mismos capitales producen tasas iguales de beneficio, a pesar de una composición orgánica diferente, aunque las cantidades producidas de plusvalía sean diferentes. Dos capitales de 50 mil francos cada uno, de los cuales el uno se compone por ej. de 40 mil francos de capital constante y de 10 mil francos de capital variable, y que produce una plusvalía de 10 mil francos (suponiendo siempre una tasa de plusvalía de 100 por 100), mientras el otro se compone de un capital constante de 10 mil francos y de un capital variable de 40 mil y produce una plusvalía de 40 mil francos, no por eso dejarán de producir tasas iguales de beneficio, mientras que deberían ser diferentes si la tasa de la plusvalía determinase directamente la tasa del beneficio. En el primer caso, en efecto, la tasa de beneficios debería elevarse a 20%, en el segundo, a un 80%. Ahora bien, los dos capitales producen tasas de beneficio iguales. ¿Cómo explicar esto según Marx?

Las diferentes tasas de beneficio son todas equiparadas por la concurrencia en una tasa de beneficio igual constituído por el término medio de todas las diferentes tasas de beneficio. Los capitalistas no realizan, pues, la plusvalía tal como se produce en cada fábrica aislada, sino como tasa de **beneficio medio,** tal como es establecido por el movimiento del conjunto del capital en la sociedad. La tasa de beneficio medio puede ser más baja o más alta que cada una de las tasas de beneficios tomadas individualmente. Pues, dice Marx: "Los diferentes capitalistas se conducen aquí... co-

mo simples accionistas de una sociedad por acciones en que las participaciones en los beneficios estarían repartidas de la misma manera, por acciones, y no se diferencian así, para los diferentes capitalistas, sino según la cantidad del capital colocado por cada uno en la empresa general, es decir, según su particpación relativa en la empresa, según el número de sus acciones". (Capital III, Cap. IX; Capital III, Cap. 25 y 48, pág. 293-294, 355).

Aun si las diferentes tasas de beneficio no son proporcionales a la tasas de plusvalía, es decir, aun si el grado de explotación de los obreros en las diferentes fábricas y, si la plusvalía producida de este modo no determinan directamente las diferentes tasas de beneficio, es, sin embargo, de toda la masa de la plusvalía social de donde se saca la parte de beneficio medio. Si la masa de la plusvalía es grande, la parte de beneficio medio lo será igualmente. "Ocurre aquí lo mismo que con el interés medio que realiza un usurero que presta diferentes capitales a intereses diferentes. La cantidad de la tasa de interés medio depende de la cantidad de la suma que ha prestado por cada una de esas diferentes tasas de interés." Mientras más elevados sean los diferentes intereses, más elevada será la tasa de interés medio, al cual éste habrá de colocado el conjunto de su capital.

Por consiguiente, el costo de producción se compone del precio de costo, más la parte del beneficio medio, y no ya de la plusvalía. No disminuye, necesariamente, con el conjunto de capital cnstante y del capital variable empleado en cada empresa más la plusvalía. El precio y el valor de las mercaderías no son idénticos, es lo que repite Marx muy a menudo. Pero en realidad, el conjunto del benecio realizado por la clase capitlista estj representado por el conjunto de la plusvalía sacada de la clase obrera, suponiendo naturalmente que la oferta de las mercaderías corresponde a la demanda de esas mismas mercaderías, así es como, por último, a pesar de todo, la teoría del valor y de la plusvalía se confirma, no obstante, los desvíos aparentes que le hace seguir el paso del terreno de la producción al terreno de la relización por intermedio de la circulación. "En teoría se supone que las leyes de producción capitalistas tienen un carácter absoluto. En realidad, éstas no tienen sino un carácter aproximativo". (Capital III, pág. 154). Mientras más se desarrolla la producción capitalista, más se aproxima a lo absoluto este carácter relativo, aun para el capitalista aislado, pues, el progreso del capitalismo significa un aumento continuo del capital constante, una mecanización creciente de las empresas y la reducción del capital variable al mínimum necesario,

de manera que las diferencias existentes en la composición orgánica de las empresas capitalistas disminuyen, lo que tiene por efecto acercar más y más una a otra la tasa de la plusvalía y la tasa del beneficio. Gracias a la complejidad del fenómeno de realización del beneficio el capitalista no ve claramente la explotación del trabajo del cual se aprovecha, sino que cree, al contrario, que no debe el beneficio sino a su propia habilidad comercial.

No se puede concluír mejor este resumen de las grandes líneas generales de la enseñanza económica de Marx, sino mediante las consideraciones siguientes, que él mismo coloca al final de su obra relativa a este asunto:

"En la sociedad capitalista, la plusvalía se distribuye, si no tomamos en cuenta los desvíos momentáneos de la repartición, y si no consideramos sino su principio regulador entre los capitalistas, en calidad dedividendos en proporción a la parte aportada por cada uno de ellos al capital social. En esta forma, la plusvalía aparece como el beneficio medio, que se divide él mismo en ganancias de empresas y en intereses y es repartido, bajo estas dos formas, entre diversas capas de capitalistas. Así como el capitalista saca, en forma de beneficio, la plusvalía del obrero, así el propietario de la tierra saca del capitalista una parte de esta plusvalía, en forma de renta.... Cuando hablamos, pues, aquí de beneficio como parte de las plusvalía acaparada por el capital, hablamos de beneficio medio... beneficio y renta de la tierra no son por consiguiente, sino, los elementos de la plusvalía. .. adicionados el uno al otro constituyen la suma de la plusavlía social". Una gran parte del beneficio es a continuación transformada de nuevo en capital. De esta manera es como crece el capital, o, como dice Marx, "se acumula".

IX

LA PLUSVALIA MOTOR DEL PROGRESO SOCIAL

Hemos definido el Capital, como la parte especial de la riqueza empleada con fines de ganancias, de la producción del beneficio de la plusvalía. Este es el objetivo que domina a toda la clase capitalistas: la caza de la pusvalía es el motor principal de su actividad. Estimulada por la caza de la plusvalía y exclusivamente ocupada por sus intereses particulares, esta clase desarrolla inconsciente e involuntariamente todo el sistema capitalista, y lo conduce a un grado cada vez más elevado. **La plusvalía es, por consigiuente, la fuerza motriz de la historia de la sociedad capitalistas moderna.**

Este es el principio que conduce a Marx, con una lógica rigurosa, a través de todo su sistema teórico.

El capitalistas no es un investigador científico. No se da muy bien cuenta qué elementos del capital y qué acción de las fuerzas productivas vivas producen el beneficio. Pero, sabe que, sin la fuerza viva del trabajo, sin los obreros asalariados, todo su capital permanece muerto y no aumenta. Todo el capital fijo y todas las materias primas no le son de ninguna utilidad, mientras el trabajo humano no los pone en movimiento y no los transforma en mercaderías. Por eso todos sus esfuerzos tienden a someter en beneficio suyo al trabajo humano. Antes de la aparición de la gran industria, se emplea relativamente poco capital constante y relativamente mucho capital variable. El maquinismo está poco desarrollado, el trabajo humano constituye la fuerza de trabajo principal. Los obreros no son todavía proletarios en el sentido actual de la palabra, sino artesanos (1) que han perdido su independencia. El capitalista los ata, utiliza su fuerza de trabajo y sus conocimientos profesionales. Por eso se esfuerza en prolongar su jornada de trabajo para poder producir el máximo de mercaderías y el máximo de beneficio. Si el obrero ha trabajado hasta entonces 10 horas, 5 de las cuales para producir el valor de su salario y 5 para producir la plusvalía, deberá trabajar ahora 12 horas, de las cuales, 7 estarán destinadas esta vez a la producción de la plusvalía. Marx llama esta parte de la plusvalía obtenida con la prolongación de la jornada de trabajo **la plusvalía absoluta.**

Entre tanto, la experiencia enseña a los capitalistas que, cuando los obreros están combinados de tal manera que trabajan, por decirlo así, el uno para el otro, el trabajo es más productivo. Entonces aparece el nuevo método de trabajo que Marx (Capital, 1, 2o. cap.) llama **cooperación,** o nueva organización de los talleres que aumenta la productividad del trabajo. Esta cooperación de los obreros en el proceso de la producción, muestra muy pronto que cuando el obrero no fabrica él mismo el producto entero, sino solamente una parte de este producto, pierde menos tiempo, se hace más diestro y produce cada vez más rápidamente que antaño. Es lo que se llama la división del trabajo que, es cierto, hace del obrero un autómata, una máquina viva, pero permite aumentar considerablemente la producción de las mercaderías. Por

(1) El artesano es el pequeño productor independiente que trabaja con sus propios elementos y por su propia cuenta. La introducción de la gran industria ha transformado a una gran parte de los artesanos en proletarios, que trabajan por cuenta de un capitalista con instrumentos y máquinas pertenecientes a este último.

otra parte, los trabajos parciales exigen instrumentos más delicados: surgen problemas mecánicos que son resueltos por los mecánicos y fabricantes de útiles. La mecánica se desarrolla. El aumento de la producción de las mercaderías y la búsqueda de salidas para los productos conducen a la extensión de los mercados. Pero la necesidad de extensión choca con las dificultades de transporte de donde nacen problemas de transportes que son resueltos por ingenieros. La diversidad creciente del proceso del trabajo y de las categorías de mercaderías a producir, plantea nuevos problemas metalúrgicos, químicos y físicos. Las ciencias naturales se desarrollan (Capital, I, cap. 12. pág. 502).

Pero, entre tanto, la paz desaparece de las manufacturas. La prolongación del tiempo de trabajo y la elevación de su intensidad, así como la combinación del trabajo, empujan a los obreros a asociarse y a luchar por obtener mejores condiciones de trabajo. Estas luchas, de igual modo que el progreso de las ciencias naturales y la tecnología y la extensión de los mercados, conducen a la invención de la técnica mecánica, base de la gran industria. El capitalista se esfuerza, por una parte por aumentar su beneficio. Las nuevas invenciones técnicas le suministran los medios. Los antiguos obreros que aun poseen su altivez de artesanos o que, pequeños campesinos expropiados, no pueden someterse a la disciplina de la fábrica, son reemplazados por mujers y niños, o son humillados y apaciguados. La duración del trabajo es nuevamente prolongada y los niños y las mujeres son sometidos a una explotación monstruosa. El asalariado que a veces, entraba a la fábrica con su altivez profesional y, a menudo, con sus propios útiles, pasa a ser un simple rodaje en una maquinaria inmensa e insensible.

En el curso de esta transformación económica, sin precedentes en la historia, las antiguas formas de explotación desaparecen. Capas sociales enteras, repersentantes de esta forma de explotación en decadencia, caen en la miseria y aumentan la clase proletaria. Los progresos de la revolución industrial penetran igualmente en la agricultura; la caza de la plusvalía conduce al sistema de los cultivos y a la apropiación de las tierras comunes por los grandes propietarios. (1)

(1) Se emplea la sucesión metódica de los cultivos para obtener del suelo los mejores resultados posibles sin debilitarlos. Antes de la introducción del capitalismo, se dejaba cada año una parte de las tierras en descanso, es decir, se las dejaba descansar antes de cultivarlas de nuevo. Gracias al empleo de abonos esta práctica ha sido ahora abandonada y reemplazada por el sistema de cultivos sucesivos que exigen, sin embargo, cierto capital del cual no tenía necesidad el agricultor antiguo.

El número de los campesinos independientes disminuye, los pequeños campesinos y los estancieros pobres son proletarizados. Las clases sociales se transforman; la población de las ciudades aumenta mientras el campo se despuebla. En el curso de este proceso de tranformación, aparecen cada vez más claramente los contornos de dos clases: la clase capitalista y la clase obrera. El proletariado, así como todas las demás clases sociales opuestas a los capitalistas , reacciona contra la explotación de que es objeto y lucha por una jornada de trabajo normal. La duración de trabajo es limitada; los esfuerzos de los capitalistas por prolongar la jornada de trabajo y aumentar la plusvalía absoluta, chocan con la resistencia de los obreros. Pero el progreso de la técnica obliga a utilizar de una manera más intensa a los obreros y la jornada del trabajo disminuída. El movimiento precipitado de la máquina determina la rapidez del trabajo. El obrero debe entonces, gastar en una hora de trabajo tanta energía como gastaba hasta ese momento en hora y media. La plusvalía que emana de ella Marx la llama la **plusvalía relativa.** Las luchas que sostienen los obreros por obtener una disminución de la jornada de trabajo obligan a los comerciantes a perfeccionar sus maquinarias para aumentar la plusvalía relativa. (Capital I, Cap. 13). La intensificación del trabajo o la producción de la plusvalía relativa, es una de las consecuencias inmediatas más importantes y uno de los rasgos más característicos del capitalismo moderno. La comprensión de esta nueva fase del proceso económico de producción capitalista es absolutamente indispensable para la comprensión de la doctrina de Marx. Aquí, Marx supera considerablemente a los teóricos anti capitalistas que sucedieron a Ricardo.

¿Qué ocurre, cuando el capitalismo se da cuenta que la producción de la plusvalía absoluta tropieza en un límite infranqueable? Instala en su empresa las máquinas más moderna y de más costo para reemplazar a los obreros y para explotar de una manera intensa a los que conserva su fábrica. Pero dado que una fuerza viva de trabajo relativamente pequeña, produce menos plusvalía, deberá cuadruplicar la producción para cubrir la disminución de las plusvalías mediante la fabricación de una masa mayor de mercaderías.

Si cada artículo le proporciona un beneficio menor, produce una cantidad de mercaderías tan considerable, que el beneficio total sigue siendo el mismo que antes o aun, aumente. El desarrollo de la maquinaria, el aumento de las cantidades de materias primas y la disminución relativa del número de los obreros significa de hecho una transformación en la composición orgánica del capital: los elementos constan-

tes (maquinas, materias primas) superan cada vez más a los elementos variables. Si la composición órgánica del capital comportaba hasta entonces 50% de elementos constantes y 50% de elementos variables, esta composición es ahora de 80 y de 20%. Al mismo tiempo, el capital colocado aumenta considerablemente, pues el desarrollo del maquinismo, el aumento de la cantidad de materias primas y de combustibles, necesitan un aumento del capital. Si el capital depositario exiga hasta entonces, digamos cien mil francos, 50 de los cuales para el capital constante y 50 mil para el capital variable, este capital se eleva ahora a 500 mil francos, 400 mil de los cuales constituyen el capital constante y 100 mil el capital variable. Esta composición orgánica significa **que un número de obreros relativamente restringido pone en movimiento grandes masas de producción material. El trabajo se hace más productivo porque es más tenso; la masa de mercaderías aumenta, el beneficio de cada artículo disminuye, pero el beneficio general aumenta. La transformación del beneficio en capital se prosigue rápidamente.** La base de la producción se amplía cada vez más, el capital de empresa aumenta, pues solo los grandes capitales están en situación de producir una plusvalía absoluta tal, que puede proporcionar una gran masa de beneficio, asegurar al empresaro beneficios e intereses y permitir así la acumulación del capital. La ampliación de la base de la producción es imposible para empresarios capitalistas menos fuertes. Desaparecen o se reúnen en sociedades por acciones. En el primer caso asistimos a una concentración de los medios de producción en un pequeño número de manos; en el segundo caso, a una centralización de los medios de produción. Tal es la influencia ejercida en la clase capitalista por la nueva composición orgánica del capital.

Esta nueva composición orgánica del capital, ejerce una influencia menos grande en la clase obrera. Mientras el trabajo manual desempeñaba todavía un papel importante en los talleres; mientras en la composición orgánica del capital el elemento variable superaba al elemento constante, o los dos estaban en quilibrio, como ocurría antes de la aparición o en comienzos de la gran industria, la acumulación del capital industrial significaba el aumento de la demanda de obreros; pero, la situación cambia totalmente con el desarrollo del capitalismo. Aunque la masa de los capitales se acreciente, la demanda de obreros disminuye, pues el aumento de los capitales se hace sentir, principalmente, en los elementos constantes (máquinas y materias primas), mientras que los elementos variables disminuyen rápidamente; esto

quiere decir que el obrero debe producir hoy una cantidad de mercaderías mayor que en otro tiempo. Dado que en la fase de alta composición orgánica del capital, el precio de las mercaderías disminuye, la duración del trabajo necesario (es decir, el número de horas necesarias para la reproducción del salario), disminuirá cada vez más, mientras que la duración del sobretrabajo aumentará en otro tanto. Por eso el desalio industrial significa para el obrero: una agravación de la explotación de que sufre y formación de un ejército de reserva de obreros, que la industria ocupa durante los períodos de prosperidad , y que desmoviliza rápidamente durante los períodos de crisis. En los períodos de prosperidad, el ejército de reserva sirve para disminuír las pretensiones de los obreros regularmente ocupados; en los períodos de crisis, sirve para bajar los salarios. El resultado para los obreros, es el siguiente:

"Dentro del réginien capitalistas, todos los métodos tendientes al aumento de la fuerza productiva social del trabajo, se vuelven contra los obreros; todos los medios destinados a desarrollar la producción se transforman en medics de explotación de los productores, reducen al obrero a no ser sino un fragmento de hombre, lo degradan al nivel de simple dependencia de la máquina, hacen desaparecer para él todo el significado de su trabajo y lo alejan de la comprensión de las fuerzas espirituales que animan al proceso del trabajo en la misma medida en que la ciencia es aplicada a la producción. Transforman aquéllos las condiciones en las cuales éste trabaja, lo condenan al trabajo a perpetuidad, arrastran a su mujer y sus hijos bajo la rueda demoledora del capital. Todos los métodos de producción de la plusvalía no son más que métodos de acumulación del capital, y toda extensión de la acumulación del capital pasa a ser, a su vez, un medio de desarrollo de estos métodos. De ésto resulta que la situación del obrero empeora en la misma medida en que el capital se acumula, cualquiera que sea su salario, alto o bajo..." La acumulación de la riqueza, en uno de los polos de la sociedad significa, pues, al mismo tiempo acumulación de miserias, sufrimientos, esclavitud, ignorancia, brutaidad y degradación moral, en el otro polo, es decir, por parte de la clase obrera". (Capital, I, pág. 663-664).

Tales son las consecuencias que arrastra consigo el desarrollo de las fuerzas productivas, progreso de la ciencia y de la cultura material, división de la sociedad en clases antagónicas, desmoralización creciente, enriquecimiento de una pequeña minoria, degración y esclavitud de la mayoría.

X

CONTRADICCIONES ECONOMICAS

Decadencia y renacimiento.

Los progresos de la sociedad capitalista desarrollan al mismo tiempo sus contradicciones inherentes e indican claramente que no hace otra cosa sino sobrevivir a sí misma, y que una nueva vida, un tipo de sociedad superior, está en vías de formación en su propio seno. Las contradicciones más importantes son las siguientes: la búsqueda de la plusvalía es el motor de la actividad capitalista. Pero el desarrollo del capitalismo está caracterizado por la alta composición orgánica del capital, en que la fuerza viva de trabajo, la fuente de la plusvalía disminuye relativamente. Esta disminución del capital variable significa de hecho la disminución de la tasa del beneficio. El capitalismo muestra, en efecto, una tendencia a la disminución de la tasa del beneficio. Hace aparecer, por consiguiente, un fenómeno que contradice la finalidad y los esfuerzos de los capitalistas. El capitalista tiende a acumular el capital; pero, como el capital variable y la tasa del beneficio disminuyen relativamente, la tendencia a la depreciación del capital aparecen. El capitalista trata de combatir esta tendencia y alcanzar su finalidad ampliando la base de la producción para recuperar en grande escala lo que pierde en pequeña escala. Pero, en la medida en que tiende, para obtener este objetivo, a un grado superior de composición orgánica del capital, suprime las capas medias artesanas, disimnuye el número de obreros y crea una sobrepoblación relativa, un ejército de reserva de obreros que no son ocupados sino ocasionalmente; disminuye, al mismo tiempo, considerablemente la demanda de mercaderías, pues, el poder de compras de las masas empobrecidas disminuye naturalmente. El capitalista extiende la producción y reduce al mismo tiempo los mercados. El resultado es: sobreproducción, bajo consumo, crisis: desgaste del capital, detención de la producción y de las fuerzas productivas. Si Marx viviera hoy agregaría: la economía capitalista moderna, es decir, la alta composición orgánica del capital industrial necesita enorme cantidad de materias primas que no existe sino en las regiones tropicales o subtropicales o en Asia Oriental; la lucha por esta fuente de materias primas y por los caminos que a ellas conducen, provoca guerras imperialistas, en las cuales son devoradas inmensas sumas de dinero. Desde los años 90, estas guerras imperialistas se

suceden rápidamente, crisis económicas y guerras imperialistas, destrucciones inauditas de capital y de las fuerzas productivas: he ahí un resultado que está en contradición formal con el papel histórico del régimen capitalista y con los esfuerzos inmediatos del capitalista aislado.

Por otra parte, el capitalista que se esfuerza por tener obreros dóciles e incapaces de resistencia, reúne él mismo a los obreros en grandes centros industriales. Las fábricas pasan a ser los talleres de orgánización del proletariado y de coordinación de las voluntades proletarias aisladas en voluntad de clase. Estas hacen desaparecer los intereses aislados y contradictorios de las diversas capas de la clase obrera y las unen en un interés de clase único. Finalmente, todo el proceso económico que ha comenzado sobre una base individual, recibe un carácter cada vez más colectivo: millares y decenas de millares de obreros manuales e intelectuales trabajan según un plan común en empresas económicas y con medios de producción que no pueden ser creados y utilizados sino en común.

Lo que significan estas contradicciones y lo que ellas anuncian, Marx los señala de una manera magistral (Capital I, conclusión del Cap. 24) en la gran conclusión, que pertenece de hecho a la conclusión del tercer libro.

"En cuanto ese proceso de transformación ha cambiado compltamente la antigua sociedad, tanto en extensión como en profundidad; en cuanto los obreros son transformados en proletarios y sus condiciones de trabajo en capital; en cuanto los métodos de producción capitalista han llegado a ser independientes, la socialización del trabajo y la transformación de la tierra y demás medios de producción comunes, y, por consiguiente, la expropiación de los propietarios particulares, adquieren una nueva forma. Lo que se trata de expropiar ahora, no es ya al obrero independiente, sino al capitalista que explota un gran número de obreros. Esta expropiación se prosigue por el juego mismo de las leyes inmanentes de la producción capitalista, es decir, por la centralización de los capitales. Los capitalistas se devoran entre ellos. Paralelamente a esta centralización o esta expropiación de un gran número de capitalistas por un pequeño número de otros capitalistas, se desarrollan: la forma cooperativa del proceso del trabajo sobre una base siempre creciente, así como la aplicación técnica consciente de la ciencia; la explotación metódica de la tierra; la transformación de los medios de trabajo en medios de trabajo utilizables sólo en común; el empleo económico de todos los medios de producción en cuanto medios de producción del trabajo social; la participa-

ción de todos los pueblos en el mercado mundial y, por consiguiente, el carácter internacional del régimen capitalista. Al mismo tiempo que disminuye el número de magnates del capital que usurpan y monopolizan en bneficio propio todas las ventajas de este proceso de transformación, aumenta la miseria y la opresión, la servidumbre, a degradación, la explotación, pero también, la indignación de la clase obrera, en estado de crecimiento continuo, y organizada, agrupada y educada por el mecanismo mismo del proceso de producción capitalista. El capital monopolio se transforma en un obstáculo para el desenvolvimiento de las formas de producción que se han desarrollado con él y por él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan un punto en que llegan a ser incompatibles con su envoltura capitalista. Esta deberá pues, desaparecer. La hora de la propiedad capitalista privada habrá sonado. Los expropiadores serán expropiados."

La Revolución Española a Través de las Crónicas Burguesas

(De nuestro enviado especial Federico Goya.)

Tomado de ESTAMPA. Año 7.—Núm. 534.—Octubre de 1934.—VIERNES DE PAZ

Las empresas cablegráficas que informan a todos los periódicos del mundo sobre los diversos acontecimientos de cada país, han estado divulgando noticias falsas, exageradas, injustas y siempre tendenciosas, en contra de la fracasada revolución en España, organizada y llevada a cabo por los trabajadores de filiación socialista. El fracaso de la revolución es un hecho; pero hemos de explicar con toda amplitud las causas de este quebranto para el proletariado español, dedicando un número extraordinario de la revista FUTURO a ese acontecimiento de enorme trascendencia para la clase trabajadora en general y en particular para el proletariado de los países iberoamericanos.— Por lo pronto, queremos contribuír a destruir las calumnias de que han sido objeto los trabajadores españoles, por parte de las agencias informativas al servicio de la burguesía internacional, dando a conocer el desarrollo exacto de los acontecimientos en Asturias, foco de la revolución, en donde se han atribuído a los trabajadores actos vandálicos sin nombre y un desconocimiento absoluto de los móviles por los cuales decían luchar. Publicamos en seguida diversas crónicas sobre lo sucedido, tomándolas de periódicos capitalistas, con el fin de evitar cualquier suspicacia en nuestros lectores. Por ello se verá que el movimiento del proletariado asturiano fué un movimiento puro, al servicio de un verdadero ideal social, del cual estaban compenetrados no sólo los directores sino todos los componentes de las masas mineras y campesinas y, principalmente, la juventud, hecho prometedor para la depuración del régimen corrompido que sigue por desgracia prevaleciendo en ese país digno de mejor suerte.—En su oportunidad anunciaremos la fecha en que debe salir el número extraordinario de FUTURO dedicado a la revolución española, a sus antecedentes, a su desarrollo y a su porvenir.

LA TRAGEDIA DE ASTURIAS

El 18 cesaron las hostilidades en Asturias. Los Regulares y el Tercio bajaron por el valle del Aller a Mieres y Ujo, fueron a Sama, la Felguera y Laviana. La columna de Campomanes, también con tropas de Africa en vanguardia, subió asimismo a Mieres. Y no se disparó ni un solo tiro.

El 17, atardecido, en Olloniego, el general López Ochoa recibió un parlamentario revolucionario. Llevaba esta misión el líder socialista de Mieres, Belarmino Tomás. Los revolucionarios, dijo su "embajador" entre otras palabras, convencidos de que el movimiento fracasó en toda España y de que la resistencia en Asturias era inútil, entregaban las armas con la simple condición de que no se ejerciesen represalias a bulto.

El pacto se cumplió fielmente.

Ni un tiro. Fantásticas entregas de armas, municiones y dinamita. Ni una represalia ilegal. Pero, eso sí, ni una debilidad tampoco. La Justicia funciona desde el día 18, sereno incansablemente.

COMO ESTA LA ZONA MINERA

Uno, que había leído fantásticas informaciones y oído con escalofrío las mil noticias del rumor particular, esperaba verse ante un espectáculo de sangrienta pesadilla: niños desventurados, mujeres ofendidas en todos sus pudores, racimos de personas respetables en los árboles... Eso y mucho más prometían los augures en la cuenca minera.

Pues nada... Entré por Campomanes, subí hasta Oviedo, me desvié al valle de Langreo..., y nada. Los pueblos de la minería, descontándose la presencia del Ejército, ofrecían un aspecto casi normal. Veíanse, muy de tarde en tarde, los efectos del bombardeo aéreo —una casa en ruinas—; se encontraban, muy especialmente, huellas de lucha —algún cuartelillo de la guardia Civil violado—; más eso era todo. La población civil de la cuenca minera, excepto Oviedo, apenas si ha sufrido en sus vidas y en sus bienes. Los hornos de las minas y fundiciones rigen normalmente; no hay un solo destrozo ni en la vía férrea ni en la carretera; las iglesias siguen intactas; sólo ha caído, eso sí, todo el tendido de teléfonos y telégrafos. Se cumplió, pues, al menos en su mayor parte, la consigna del comité rojo.

UN DOMINGO SIN FIN

La primera consecuencia que se saca de la revolución de Asturias es que la imaginación no interviene ni poco ni mucho en la moderna técnica del golpe de Estado. Visto, por ejemplo, lo que ocurrió en Mieres, se sabe ya lo que pasó en el resto de la provincia. Obtener una impresión exacta sólo consiste en añadir a los guardias de Asalto y civiles caídos en Mieres los otros muchos muertos en los res-

REBELDES DE ASTURIAS
¡RENDIOS!

Es la única manera de salvar vuestras vidas, la rendición sin condiciones y la entrega de las armas antes de veinticuatro horas.

España entera, con todas sus fuerzas, va contra vosotros, dispuesta a aplastaros sin piedad, como justo castigo a vuestra criminal locura.

La Generalidad de Cataluña se rindió a las tropas españolas en la madrugada del domingo. Companys y sus cómplices esperan en la cárcel el fallo de la justicia.

No queda una huelga en toda España. Estais solos y vais a ser las víctimas de la revolución vencida y fracasada.

Todo el daño que os han hecho los bombardeos del aire y las armas de las tropas, son nada más que un simple aviso del que recibiréis implacablemente, si antes de ponerse el sol no habéis depuesto la rebeldía y entregado las armas. Después, iremos contra vosotros hasta destruiros, sin tregua ni perdón.

¡RENDIOS AL GOBIERNO DE ESPAÑA!
¡VIVA LA REPUBLICA!

La guerra de proclamas. Una de las que arrojaron los aviones militares invitando a la rendición a los rebeldes.

COMITE REVOLUCIONARIO DE ALIANZA DE OBREROS Y CAMPESINOS DE ASTURIAS

CAMARADAS:

Ha llegado el momento de hablar claro. Ante la magnitud de nuestro movimiento, ya triunfante, en toda España, sólo os recomendamos un último esfuerzo: nada más quedan pequeños focos de enemigos, que se esfuerzan en resistir inútilmente la arrolladora fuerza de la Revolución. Hoy podemos deciros que Cataluña está completamente en poder de nuestros camaradas.

En Madrid, Valencia, Zaragoza, Andalucía, Extremadura, Galicia, Vizcaya y el resto de España sólo quedan pequeños focos de enemigos, como os acabamos de decir.

El cañonero Dato y otros buques de guerra, se han puesto al servicio de la Revolución.

Urge pues para terminar de una vez con esta situación, en lo que respecta a Oviedo, dar el último empujón a los defensores del capitalismo moribundo.

No hacer caso en absoluto de los pasquines que arrojan.

EL COMITE REVOLUCIONARIO.

Hoy 13 de Oct.

Uno de los pasquines circulados por el comité revolucionario para tratar de contrarrestar el efecto producido por las proclamas arrojadas por la aviación.

tantes poblados. En efecto, el jueves, 4, a las doce de la noche, los revolucionarios se apoderaron de las ciudades. Luchan con la fuerza armada hasta que se muere o se rinde. Ejecutan las venganzas políticas que acordaron en los días del complot; pocas. Declaran inútil el dinero. Se incautan de todo. Dan vales para cualquier cosa —"vale por un panecillo', "vale por un cargador de carabina"—, publican cada media hora una proclama o bando con elogios de Rusia y apelaciones a la Sociedad de Naciones— los maestros de escuela, comprometidos en gran número, no cesaron de urdir literatura de urgencia—, y luego, muy satisfechos de su obra, los revolucionarios se dedican a comentar lo que ocurre, a discuitr las órdenes del comité y a fumarse los puros que se llevan de los estancos. Era como un Domingo sin fin. Tan es así, que en Mieres, en Sama y en La Felguera, puntos neurálgicos de la minería, se ven, sin el rasguño de un balazo en sus fachadas, los Centros de Acción Popular y Sindicatos Católicos.

¿HAY FASCISTAS?

En estos lugares, los revoltosos tenían la obsesión del fascismo. Partidas de veinte hombres armados iban de casa en casa preguntando: **"Hay aquí algún fascista?" Naturalmente**, les respondían que no. En ocasiones recelaban, y decían: "Bueno; a pesar de su palabra, haremos un registro." Registraban. Y, a veces, tropezándose en una alcoba con chiquillos que dormían, el jefe ordenaba. "Basta ya. Vámonos; no sea que se despierten los pequeños." Y se iban pisando silenciosamente.

ASESINATOS

El panorama cambió un poco en los últimos días. Ellos publicaban un periódico mural con noticias de toda España favorables a su causa. Vivían haciéndose la confortable idea de que la revolución no encontraba dique, y que el Ejército, luchando penosamente en Oviedo y Campomanes, concluiría por rendirse.

La Prensa de Madrid, que arrojaron algunos aviones, les desmoralizó más que las bombas. Entonces cometieron algunas salvajadas. Fusilaron en Túrón al ingeniero señor Riego, tres oficiales de Asalto en Sama y algunos sacerdotes —dos o tres— en el resto de la cuenca, pero sin permitirse ningún sadismo anterior a la muerte y ninguna profanación después.

Se ha dicho que en Sama, el cadáver del párraco fué colgado en una carnicería, luego de abrirle el vientre. La noticia es falsa en absoluto. Este sacerdote, don Venancio Prada, murió al ser alcanzado por una bala perdida; yo he visto su cadáver minutos antes de recibir tierra, y no ofrecía la menor huella de mutilaciones.

SOCIALISTAS, COMUNISTAS Y SINDICALISTAS

La base de la revolución asturiana fué el Sindicato Minero de la U. G. T. Sus dirigentes principales eran los diputados Amador Fernández y Ramón González Peña y el intelectual Luciano Antuña. El Sindicato tenía unas veinte mil cotizaciones de dos pesetas semanales. En la Alianza Obrera, que se constituyó a mediados de julio, ingresaron los comunistas y la C. N. T. Los comunistas, unos diez mil, con gran entusiasmo, y la C. N. T., con muy poco. Se ha visto ahora cómo en Gijón —zona de absoluto dominio sindicalista— apenas si hubo lucha. (Algún tiroteo y tres muertos.)

En los primeros días de la revolución controlaban el movimiento los socialistas. La consigna era. "U. H. P." (Uníos, hermanos proletarios.); después, los comunistas, con la consigna: "H. P. S." (Hermanos proletarios, salud.), y por último, la F. A. I., con la consigna: "S. T. R." (Salud, trabajadores rojos.)

El combate interno entre los tres grupos del frente revolucionario fué muy encarnizado desde el primer día. Los mineros de Sama y La Felguera, comunistas y faísas, que vinieron a la toma de Oviedo, se quejaban al principio de que los socialistas de la ciudad dormían de noche y saqueaban de día, y luego terminaron a tiros entre ellos cuando apareció el general López Ochoa.

* * *

A Teodomiro Menéndez se le acusa de haber traído de Madrid la orden de sublevación. El ex-subsecretario de Obras Públicas dedicóse a menesteres de intendencia, medió para salvar la vida de algunos condenados a muerte, y, por último, refugióse en su casa, junto a su mujer, gravemente enferma.

Fué detenido por dos guardias de Asalto, cuando se afeitaba en un salón de peluquería contiguo a su casa. Las armas, el terrible armamento de que disponían, lo encontraron abundante en la fábrica de armas —treinta y seis mil

fusiles y cuatrocientas ametralladoras—, y en los alijos del **vapor Turquesa.** El **Turquesa** fué sorprendido en su octavo viaje a las playas de Asturias.

OVIEDO EN RUINAS

La cuenca minera es el anverso de Oviedo. Todo lo que allí fué relativa calma fué aquí desencadenamiento de furores. Hay un clisé periodístico muy desgastado, que al emplearlo hoy adquiere de nuevo todo su vigor original: la desolación ha hecho presa en la capital asturiana. Oviedo, sin agua, sin luz, con las calles sembradas de cadáveres y ruinas. Más de cien de sus principales casas destruídas, la Universidad en escombros, el Instituto con los cimientos al aire, el Teatro Campoamor convertido en cenizas.

En Oviedo, la revolución ha volcado todas sus iras indiscutiblemente.

La lucha en la capital no cesó un segundo. La gente minera que subió de Sama y Mieres atacó a la fuerza casa por casa, sin poderla vencer. Empleó todos los medios: tanques, lanzallamas, cañones, dinamita (los tanques los construyó la F. A. I. en los talleres de la Duro-Felguera en veinticuatro horas, blindando perfectamente ocho camiones de transporte). Inútilmente. Por último, los mineros, desesperados, dedicáronse a incendiar casas arrojando chorros de gasolina y mechas encendidas. Así quedaron solamente en pie las fachadas de las mejores casas de la Calle de Uría y Fruela y la Universidad. El Teatro Campoamor fué incendiado por las tropas para impedir que los mineros hicieran de este edificio una magnífica posición, que los hubiera puesto en trance de evacuar el cuartel y la Catetdral. El Instituto, donde los mineros tenían un polvorín, fué incendiado por una bomba de avión, obra que ellos remataron haciendo estallar la dinamita luego de libertar unos cien detenidos que allí tenían, excepto algunos sacerdotes que, naturalmente, desaparecieron entre los escombros.

* * *

No sé si esta rápida síntesis de horrores sufridos por Oviedo durante dos semanas dará una breve impresión de la realidad, no sé; lo único que cabe decir es que todo cuanto se afirme de Oviedo en ese aspecto de los incendios y destrucciones no llegan, ni con mucho, a entrever lo acontecido. Episodios revolucionarios hay infinitos. Episodios de un feroz dramatismo que hoy no se pueden contar.

Escenas que evocan los lienzos de Goya. La entrada de los Regulares en Oviedo, con la muerte de su jefe, comandante don Apolo Marcet.

Concluyamos...

En Oviedo, las pérdidas materiales sobrepasan los trescientos millones de pesetas. Van enterrados, incinerados en su mayoría, unos mil muertos. Cifra que en toda Asturias pasará de los tres mil.

La revolución, ciertamente, no tiene entrañas.

* * *

NUEVE DIAS EN UN HOSPITAL DE OVIEDO ENTRE LOS SUBLEVADOS

Tomado de ESTAMPA.—Año 7.—No. 354.—Octubre de 1934.

Para escapar las iras de los revolucionarios que le perseguían, el vecino de Oviedo que ha escrito el artículo que publicamos se disfrazó de enfermero, y, audazmente, se fué a ofrecer sus servicios a uno de los hospitales de sangre instalado por los mismos insurrectos. Este ardid le salvó la vida y le permitió observar de cerca las costumbres y la psicología de los mineros sublevados.

En las interesantísimas cuartillas que damos a continuación cuenta sus impresiones. Atendiendo sus deseos, omitimos su nombre, pero, desde luego, respondemos de la autenticidad de su relato.

* * *

Una noche de los últimos días de septiembre se acercaba cautelosamente una vapora hacia la playa del Aguilar, cerca de San Esteban de Pravia. Un grupo de sujetos, con tres camiones, esperaban con unas lanchonas para acercarse a la vapora y traer a la playa el cargamento.

Pero el mar estaba picado, y entonces resolvió la vapora penetrar por el puerto de San Esteban de Pravia, hacia la ría, donde le sería fácil la maniobra. Los camiones se prepararon para el descargue. Y todo hubiera salido de rositas si unos carabineros no hubiesen advertido oportunamente el extraño movimiento de gente y lanchas.

Llegaron al lugar donde estaban los individuos; unos huyeron y otros fueron apresados. Debajo del puente de San Esteban habían descargado gran número de cajas, que contenían unos doscientos mil cartuchos de máuser.

El barco contrabandista era el **Turquesa.** Y aquel era el octavo viaje que hacía a Asturias, conduciendo fusiles, ametralladoras y cartuchería.

Inmediatamente adquirimos todos el convencimiento de que en la futura y próxima revolución, Asturias había de jugar

gran papel. Los dirigentes eran socialistas y contaban con la adhesión de cuarenta mil mineros, dispuestos a hacer de España la segunda edición de la U. R. S. S.

Pero hacía falta una consigna para lanzarse todos al movimiento. ¿Cuál? Sencillamente: la entrada en el Gobierno de ministros pertenecientes a la Ceda. Al día siguiente de publicarse los pasquines con la lista del nuevo Gobierno, todo el mundo extremista debía lanzarse a la calle.

¿Armas? En Asturias las había infinitas. Los haces de maíces no eran tales; eran fusiles máuser. Las facinas de heno no eran tales facinas: eran depósitos de municiones. Los socavones de las minas agotadas o abondonadas eran verdaderas Santabárbaras. Si en Asturias llegan a estallar de una sola vez todos los explosivos soterrados, de la provincia no hubiera quedado sino el nombre.

El viernes, día 5, se desencadenó la rebeldía en la cuenca minera, especialmente en los valles de Mieres y Langreo. La Guardia Civil y de Asalto luchó bravamente, pero, ante el número imponente de rebeldes, tenía forzosamente que sucumbir. Allí no quedó guardia para contarlo. Ni cura, ni fraile. Todos fueron ametrallados. Inmediatamente se izó la bandera roja en las Casas municipales y se implantó el comunismo libertario.

Dueños los rebeldes de la situación, se impuso un solo grito: ¡Todos contra Oviedo! Y en camiones, que los tenían por docenas, empezaron a irrumpir hacia las afueras de la ciudad, recogiendo por el camino a todos los hombres de los pueblos que encontraban a su paso, y a los cuales proveían inmediatamente de fusiles y municiones. Las tropas iban conducidas por el diputado socialista Ramón González Peña.

El sábado estaban ya en el barrio de San Lázaro, extramuros de Oviedo. Allí libraron el primer combate contra las tropas, los civiles y los de Asalto. Pero también eran escasas las fuerzas defensivas y fueron rechazadas.

En fin; el domingo por la mañana entraron por la calle de la Magdalena, en cuya desembocadura está el Ayuntamiento, del que se apoderaron sin grandes dificultades. Y entonces iniciaron su marcha hacia el interior de la ciudad.

Yo los ví entrar y declaro que fué algo inenarrable. Los primeros llevaban en la mano izquierda cestos y latas con bombas, y gritando: "¡Hala, camaradas!"; iban avanzando frente a la metralla de los guardias de Asalto, parapetados en la Telefónica. Detrás venian los fusileros, haciendo descargas cerradas. De cuando en cuando, algunos de los rebeldes sacaban del zurrón cuatro cartuchos de dinamita formando piña,

le prendían fuego a la mecha con el pitillo, y lo arrojaban a larga distancia. El estruendo era horroroso. En el suelo se revolcaban los heridos, lanzando espantosas blasfemias.

En el hospitalillo en que yo me encontraba empezaron a entrar algunos, conducidos en brazos por sus propios compañeros.

¿Cuántos son ustedes? —le pregunté a uno de ellos, que tenía un balazo en el brazo izquierdo.

—Hemos venido doce mil; pero quedan en la cuenca más de veinticinco mil, dispuestos al primer llamamiento.

—¿Esperan ustedes apoderarse de la ciudad?

—Es cosa de horas.

—Pero ¿tienen ustedes elementos?

—Tenemos de todo: fusiles, ametralladoras, cañones, millones de cartuchos, bombas y más de cincuenta toneladas de dinamita. **(¡Y era verdad, lector!)**

—¿Y hacia dónde van ahora sus camaradas?

Hacia la fábrica de armas de la Vega. La de cañones de Trubia la hemos tomado esta mañana. Una vez tomada la de Oviedo, iremos contra el cuartel.

Hablaba sin reserva; con la seguridad de su propio convencimiento. No tenía por qué ocultar nada, supuesto que ni un solo momento dudó del éxito.

—¿Quién los conduce a ustedes?

—González Peña, que es un **braco.** Pasaron las horas. Seguían entrando más heridos. La carnicería era imponente.

—Cúreme usted en seguida —le decía otro al médico—. Cúreme, que quiero acabar con esos de Asalto, que están en el cuartel de Santa Clara.

Le miré; tenía un gran boquete en la garganta.

—Usted, a un colchón —le dijo el médico.

Pero, en vista de que no le curaban, se escapó. A la mañana siguiente le ví muerto en la acera.

Con uno de los heridos venía un muchacho, fino de rostro y de esbelta figura. Traía el fusil a la bandolera, y bajo la gabardina se advertía la repleta cartuchera.

—Así no puede ser —dijo, dirigiéndose a mí, sin duda por ser el más próximo de los circunstantes.

¿Qué pasa? —le pregunté.

—Nada; ese bárbaro de Belarmo, que se ha propuesto tomar él solo el Gobierno Civil. Se ha adelantado, con el pecho al aire arrojando bombas, y una descarga lo ha echado patas arriba.

—¿Pero usted cree —le dije— que todo lo que están haciendo y la hecatombe que se vislumbra merece ese ideal que ustedes persiguen?

—¡Ya lo creo! Nosotros no queremos más que implantar el comunismo.

—Pero, hombre; si eso ha fracasado en todas partes.

—Porque no habrán sabido hacerlo bien. Nosotros no somos ladrones, ni saqueadores, ni incendiarios. Somos proletarios que perseguimos el ideal de la igualdad. Que sólo coma el que trabaje.

—Entonces, ¿por qué matan ustedes a todos los curas que encuentran?

—No hay esa orden.

—Pero se cumple como si la hubiera. ¿Es verdad que en un pueblo han descuartizado ustedes a un sacerdote y han puesto la carne en una carnicería con un letrero: "Carne de cura, a veinte céntimos el kilo"?

—No lo sé, y además, no lo creo.

Pues se dice.

—Se dicen muchas cosas.

Me acerqué a la mirilla, desde la que se descubría todo lo largo de la calle y la plaza frontera. Los rebeldes no habían avanzado más allá de la puerta de la Universidad, de la que se apoderaron. Estaban tirados en la calle, detrás de unos colchones. Seguían continuamente los estampidos de la metralla. Las explosiones de dinamita hacían temblar a todos los edificios. Al día siguiente, el Banco Asturiano era pasto de las llamas. Otro día, la Telefónica cayó también en manos de los revolucionarios. La bandera de la República fué substituída por un trapo rojo.

De Mieres, Sama y Labiana seguían llegando camiones de mineros, armados hasta los dientes. Cayó en su poder la fábrica de armas de la Vega, donde encontraron diez mil fusiles nuevos y no pocas ametralladoras. Luego ganaron el cuartel de la Guardia Civil. Emplazaron sus cañones frente al cuartel de la tropa y empezaron a lanzar metralla contra los muros. Desde el interior se hacía una defensa tan valiente como desesperada.

Llegaron los primeros aviones, que dieron cuenta, por medio de proclamas, de que la Generalidad se había rendido al Poder central.

Los mineros se reían.

—No haga usted caso —me decía uno, que tenía una rozadura de bala en un pie—. Toda España es nuestra. Madrid está en nuestro poder, lo mismo que Barcelona, Bilbao y Zaragoza.

—¿Y esos aviones que arrojan bombas contra ustedes?

—Tres de ellos son nuestros. Y pronto serán los demás. Si lo sabremos nosotros, que tenemos radio!

—¡Pues las proclamas de los aviones dicen lo contrario! Mire usted una.

Nada; no la lea. Todo eso son mentiras. Peña sabe bien todo lo que pasa.

Y él no nos engaña.

—Bien; allá ustedes. Pero creo que la cosa se les tuerce. Tres días hace que esos camaradas suyos están tumbados en la calle sin avanzar un paso. Y, como usted comprenderá, el Gobierno tendrá que enviar tropas.

—¡Pero si no hay tal Gobierno! ¡Si el Gobierno somos nosotros! Largo Caballero está al frente de la dictadura roja. Nos lo ha dicho Peña

Por la mañana del séptimo día apareció en el hospitalillo el joven de la gabardina, gritando:

—¡Esto es un asco! Se nos ha mezclado toda la pillería de Oviedo y los alrededores, y no piensan más que en saquear las tiendas y las casas. Todo el mundo se viste de lo nuevo, se calza con buenas botas, y hasta hay quien dispara el fusil con las manos enguantadas. (**Textual!**) ni esto es revolución proletaria ni nada. Yo tiro el arma y me voy.

Varios heridos se incorporaron en sus colchonetas:

Debíais matarlos a todos.

—¿Somos ladrones o somos proletarios?

—Lllevamos más de cuatrocientos muertos, y los heridos se cuentan por millares. Ahora mismo, una bomba de un avión ha caído en medio de una concentración, en la plaza del Ayuntamiento; nos ha matado a diez y siete camaradas y nos ha herido a treinta y tres. (**Textual**) Yo llevo cinco días sin comer ni dormir. En cambio, otros tienen muchos jamones y buenas botellas de vino.

—Hay que aguantar. Luego se hará justicia.

—He dicho que no aguanto. Además, esa catedral no hay quien la tome. Desde la torre nos están haciendo polvo. Ahora mismo; de cinco disparos, nos han matado a cuatro y nos han herido al quinto. (**Era cierto.**) Ahora viene el herido. Entró en la sala de curas un revolucionario con una gran herida en la frente.

—¿Qué hay en el cuartel? —preguntó, sin hacer caso de la sangre, que le manaba y corría camisa abajo.

—Esta noche caerá. Se está preparando un camión cargado con tres pisos de dinamita. Al camión se le pondrá una mecha y penetrará entre dos alas del edificio. Sólo falta el voluntario que quiera conducirlo.

—¡Yo! —rugió uno, levantándose de la cama.

—No hace falta. Allá abajo hay muchos dispuestos a morir.

Diré, por vía de anticipación, que la idea aterrorizó a los mismos que la concibieron, y que, al fin, se desistió de llevarla a la práctica.

—Lo mejor es avanzar hacia el cuartel, llevando por delante a los prisioneros de Oviedo que tenemos en nuestras manos.

—Ya se ha hecho; pero desde el cuartel dispararon contra la retaguardia.

Al día siguiente, los aviones arrojaron proclamas, que eran el últimatum. O se entregaban los rebeldes, o las tropas, que rodeaban la población, y que procedían de Africa, se impondrían con represiones durísimas e inquebrantables.

No lo creyeron los rebeldes. No había tales tropas.

—Dicen que han fusilado a Bonifacio Martín, y que Peña ha huído, Dicen que han tenido también a Teodomiro Menéndez.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!...

Al Noveno día aparecieron las tropas de Africa por las calles.

—¡Soldados! ¡Soldados! —gritó un enfermo.

Ya no entraban rebeldes en el hospitalillo desde hacía un par de horas. Les heridos levantaron sus cabezas. Uno se levantó del colchón y se acercó a la mirilla.

—Sí; son soldados —dijo—, pero que vienen a entregarse a los nuestros. Nada, nada; la revolución ha triunfado en todas partes.

Diez minutos después penetraron los del Tercio en el hospitalillo. Se habían echado el fusil a la cara, y el puño cerrado de los "camaradas" heridos se abrió para ocultarse bajo las mantas. ¡Sólo en aquel último minuto supieron la horrible verdad!

Cerraron los ojos y esperaron en silencio.

X. X. X.

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA
MÉXICO
DEPARTAMENTO DE BIBLIOTECAS
BIBLIOTECA
"VICENTE LOMBARDO TOLEDANO"

EN OVIEDO, CON LAS COLUMNAS QUE ACUDIERON EN AUXILIO DE LA GUARNICION SITIADA LA DICTADURA DEL PROLETARIADO ALUCINACIONES

(Tomado de CRONICA.—Año VI.—Núm. 259.—Octubre 28 de 1934.)

Hace cuarenta y ocho horas que estoy en Oviedo. He visto mucha sangre. He visto muchos muertos. Pero lo que me produce mayor espanto es la gente que anda por las calles.

¿Son los ocho días de angustia, las interminables horas de sufrimiento físico y moral, los que pueden producir alucinaciones como las que estoy presenciando a cada paso? La gente, que me ve con mi máquina fotográfica y un cuaderno de notas, se acerca espontáneamente y me dice:

—Esto ha sido horrible. Han matado infinidad de niños, han profanado conventos. En el escaparate de la tienda situada frente al campo de San Francisco hay varios sacerdotes descuartizados.

Alucinación. En el campo de San Francisco hay, entre muchos cadáveres de paisanos, el de un sacerdote. La salvajada que esto significa tiene sobradas proporciones para que no sea preciso echarle, como hacen las gentes, una truculenta fantasía.

Otros me dicen:

—Vaya usted al convento de las Adoratrices. ¡Vaya usted! Lo que yo mismo he visto, usted lo puede ver también. Algo espantoso...

En el convento de las Adoratrices me recibe la madre superiora, y me invita a pasar. Todo está en orden. La cera brilla en el suelo y en la escalera, sin que una sola mancha empañe su suave reflejo.

Se oyen las voces de las monjitas y de las muchachas allí recogidas, que cantan en la capilla. Los muros son tan espesos, que casi no se siente el ruido del tiroteo. Es un remanso en medio de la tormenta, un amable refugio en el que se quisieran olvidar tantas cosas...

—Sólo he visto a un comunista —me dice la superiora—. Estuvo aquí con el fin de advertirnos, de parte del Comité, que debíamos hallarnos preparadas para abandonar el convento en el caso de que les fuera preciso fortificarse en él. Pero no le volvimos a ver, ni tuvimos otro contacto con los revolucionarios. Nuestra vida no ha sufrido variación alguna en esta casa. De ello damos gracias al Señor.

¡Qué alivio se siente cada vez que se puede comprobar la inexactitud de una monstruosidad! Hay un sentimiento que domina al de la defensa de clase: el de la dignidad de la especie. Por sentir la dignidad de la especie humana, por repugnarme los monstruos, me alegro siempre que puedo desvanacer el fantasma de uno de ellos. Estas sombras lívidas, hijas del terror, vuelan día y noche sobre la ciudad martirizada. Hace falta, mucha falta, que un gran vendaval las barra hacia las ásperas serranías donde se refugian las leyendas. Y entonces Oviedo podrá ver claro la revolución que ha padecido, con sus horrores, con sus peligros y sus enseñanzas para prevenirse de otras futuras. Por ahora, los fantasmas no le dejan ver casi nada de la realidad.

LOS REVOLUCIONARIOS

Esta mañana he recogido, entre los trozos de metralla, los casquillos de bala y la ceniza que cubren todas las calles de la población, varios documentos. Uno de ellos al lado del cadáver de un minero, a quien perteneció. Huía éste, sin duda, y tiró al suelo, después de arrancar la hoja en que figuraba su nombre, el **carnet** de la Oposición Sindical Revolucionaria, cuando una bala le alcanzó y cayó de bruces, la cara contra tierra. En sus dedos ennegresidos y carcomidos estaba aún la hoja de filiación. He recogido el **carnet.** Es rojo, y en la portada lleva impreso este grito:

"Proletarios de todos los países, ¡uníos!"

En el interior, entre otras cosas, el siguiente programa de reivindicaciones revolucionarias:

I.—Aumento de los salarios y del nivel de vida de la clase trabajadora.

II.—Jornada de siete horas, y de seis para los trabajos nocivos y los jóvenes.

III.—Igualdad de salario para trabajo igual.

IV.—Dos meses al año de vacaciones pagadas.

V.—Pago del 75 por 100 del salario por el Estado a los obreros sin trabajo.

VI.—Dos meses de vacaciones pagadas antes y después del parto para las obreras y media hora cada dos horas durante el período de lactancia.

VII.—Pago íntegro del salario en caso de accidente.

VIII.—Libertad absoluta de reunión y de manifestación para los trabajadores.

IX.—Desarme de la reacción y armamento del proletariado.

XI—Destrucción del régimen capitalista y edificación de la sociedad socialista.

Son los dos últimos artículos los que han intentado llevar a la práctica los revolucionarios asturianos. Han pagado su locura con millares de muertos y con una miseria, los supervivientes, de la cual no van a poder redimirse en muchos años.

Hace unas horas, solamente unas horas, eran los dueños de la ciudad. Oviedo ha sido, durante ocho días, una población comunista. Ha flotado la bandera roja, con la hoz y el martillo, en muchos edificios. La moneda fué suprimida, y tanto los alimentos como los vestidos quedaron requisados por el Comité revolucionario, que los distribuyó entre los combatientes rojos y la población civil. La gran preocupación de los Comités de alimentación ha sido el peligro del hambre, que se aproximaba por momentos. Hace unos instantes un minero, apresado por una sección de ametralladoras, me decía:

—El estado capitalista es injusto, pero está en marcha, y en él se puede vivir peor o mejor. El estado socialista es justo, ¡pero cuánta sangre y cuántos años de miseria hasta verlo funcionar normalmente!

El noventa por ciento de los revolucionarios son chiquillos de diez y ocho a veinte años. Y más jóvenes aún. Hasta el día 13, el Sábado, creyeron que había triunfado el movimiento marxista en toda España con la misma facilidad que en Oviedo. En efecto, el día 5 los mineros bajaron de las montañas y se apoderaron rápidamente de la ciudad. Sólo resistieron diez heroicos guardias civiles en una casa de la calle de Uría, el Gobierno Civil y el cuartel. La población pacífica quedó sometida, y salvo algún caso aislado, fué respetada. Ante las tiendas de comestibles, marxistas y burgueses formaron cola, provistos de los vales del Comité. Mientras las avanzadillas rojas trataban de reducir lo que ellos llamaban "los últimos focos de la rebeldía capitalista", una nueva organización económica y social se disponía a nacer. Incomunicados en la Universidad, unos hombres de derechas, entre los cuales se encontraba, al parecer, el director de **Región,** un magistrado y varios sacerdotes, contemplaban con espanto lo que ellos creían que era el derrumbamiento del régimen capitalista en España. La guardia roja que los vigilaba les traía noticias del triunfo marxista.

—Madrid es nuestro y Cataluña entera también. En Andalucía sólo quedan dos o tres pueblos por dominar.

Uno de los sacerdotes les gritaba:

—¡Viva Cristo Rey!

La guardia roja se reía del sacerdote y de sus vivas. Pero una mañana se escucdó el ruido de un avión, que vola-

ba sobre la ciudad, dejando caer unas proclamas. Todo el mundo se precipitó a recogerlas. En ellas se anunciaba a los revolucionarios el triunfo de la fuerza del Estado en toda España. La impresión que causó fué enorme. La victoria se convertía en derrota a más largo o más corto plazo. Los dirigentes comunistas, advirtiendo que el impulso de la mayoría era abandonar la lucha, contestaron a las proclamas de la aviación con una nota que empujó a los revolucionarios a una inútil y desesperada pelea. ¿Para qué lanzar las masas criminalmente a este último combate, sabiendo, como debían saberlo, que todo estaba ya perdido? ¿Por qué no ahorrarles sangre, en vez de echarles sobre las espaldas la terrible represión con que amenazaba el ejército?

La proclama revolucionaria está fechada el día 13 de octubre por la mañana, y dice:

"Comité revolucionario de Alianza de Obreros y Campesinos de Asturias.

"Camaradas:

"Ha llegado el momento de hablar claro. Ante la magnitud de nuestro movimiento, ya triunfante en toda España, sólo os recomendamos un último esfuerzo: nada más quedan pequeños focos de enemigos, que se esfuerzan en resistir inútilmente la arrolladora fuerza de la Revolución. Hoy podemos deciros que Cataluña está completamente en poder de nuestros camaradas.

"En Madrid, Valencia, Zaragoza, Andalucía, Extremadura, Galicia, Vizcaya y el resto de España sólo quedan pequeños focos de enemigos, como os acabamos de decir.

"El cañonero **Dato** y otros buques de guerra se han puesto al servicio de la Revolución.

"Urge, pues, terminar de una vez con esta situación en lo que respecta a Oviedo, dar el último empujón a los defensores del capitalismo moribundo.

"No hacer caso en absoluto de los pasquines que arrojan.

"Hoy, 13 de octubre.

"El Comité revolucionario."

Esta nota no convenció a todos. Desde la víspera, las masas escapaban al control de los comités. En el furor de la derrota y del engaño, unos salvajes metieron dinamita en treinta edificios. Oviedo ardió por los cuatro costados, y si no perecieron millares de vecinos de todas las casas incendiadas es porque los mismos revolucionarios les ayudaron a escapar del fuego y a refugiarse en lugares más seguros. En la mañana del 13, el Tercio y los Regulares tomaban las primeras casas de Oviedo. Sólo unos centenares de fanáticos, dispuestos a morir, las defendían y causaban, por lo estraté-

gico de sus posiciones, muchas bajas al ejército. Pero la gran masa de revolucionarios había huído antes del primer combate, hacia las serranías cubiertas por las primeras nieves del año.

Y, AHORA, LOS HOMBRES...

Hoy ha entrado el general López Ochoa, al frente de su columna, en Oviedo. Aunque los revolucionarios están aún en el barrio de San Lázaro, no se oye un solo disparo. La Cruz Roja ha comenzado a recoger cadáveres. Los defensores del cuartel, que tenían barba de diez días, se han afeitado, y ya no los reconozco. La gente se ha echado a la calle. Y las muchacdas —¡qué valientes son ustedes, señoritas ovetenses!— han salvado de la catástrofe sus cajas de maquillaje, y muy arregladas, contemplan los destrozos de la calle de Uría y se inclinan con curiosidad sobre el cadáver de un comunista que aun queda en la plaza de La Escandalera.

Es la vuelta a a vida, el deseo de olvidar el peligro, la muerte y la tragedia. Es el instinto de la conservación de la especie, que puede más que la inteligencia y que la sensibilidad. Todo el mundo se abraza. Las primeras risas encuentran eco en los esqueletos ennegresidos de los edificios. Y se ven niños. Los oficiales de la guarnición y de la fábrica de armas suben a la ciudad para abrazar a sus familias, de quienes no sabían nada desde hacía diez días. Un capitán —creo que esa era su graduación, pero no estoy seguro— grita su júbilo por todas las calles. Su odisea fué terrible. El día 4 de octubre se casó en Oviedo, y cuando acababa la ceremonia de la iglesia recibió la orden de acuartelamiento. Luego, el alud de mineros que invade la ciudad; el asedio al cuartel, donde tiene que pelear, mosquetón en mano, entre sus soldados, durante ocho días, sin saber nada de su mujer. Hoy ha podido reunirse con ella. ¿Se imaginan ustedes la emoción del encuentro? Afortunadamente, está sana y salva. Ha pasado algunas privaciones, como todos; pero nada más.

En las afueras de la ciudad he buscado un refugio para redactar estas notas. Un pobre perro hambriento, aturdido por el bombardeo que durante ocho días no ha tenido interrupción, se acurruca junto a mí, pegado a la pared entibiada por el sol. Hasta el horizonte se extienden los campos verdes de Asturias, y entre sus suaves colinas unas vacas pasan lentamente conducidas por un pastorcillo. El perfume de la hierba mojada por las lluvias recientes penetra en el alma y la llena de una paz infinita. Los odios se deslíen en los amplios

horizontes. El revolucionario desaparece. Y queda el hombre. Nada más que el hombre.

Vamos a hablar de ellos, sin odios y sin rencores. De otra manera no sabría hacerlo. Ya ha entrado victoriosamente el general López Ochoa en Oviedo. Ya están vencidos los revolucionarios. La represión —yo, que la he presenciado en parte, puedo asegurarlo— da sido realizada con una energía que puede satisfacer muy sobradamente al hombre que se sienta más ferozmente enemigo del marxismo.

Hay una señora, que estaba hospedada en un hotel de Oviedo, a quien los revolucionarios llamaban "mamá". Y así la llamaré en este reportaje, porque ignoro si le puede agradar que su nombre se dé a la publicidad.

"Mamá" es una buena señora burguesa, ordenada, que no puede aguantar la confusión ni siquiera en medio de las revoluciones. "Mamá" una buena mañana vió cómo los revolucionarios ponían en práctica la incautación de todas las prendas de vestir, y sintió subir hasta su pecho una ola de indignación.

—¡Estúpidos! —gritó fuera de sí a los mineros que vaciaban las cajas de camisas, tiraban del primer pijama que les caía bajo la mano y se metían en el bolsillo media docena de cuellos de **smoking**, perfectamente inútiles en la dictadura proletaria.

—¡Estúpidos! —replicó otra vez—. Os lleváis zapatos sin saber si os sientan bien, y camisas que no os sirven para vuestras tallas. ¿Por qué no ponéis orden en la distribución de todo esto?

Los revolucionarios reconocieron que a la buena señora burguesa le sobraba la razón.

—Es verdad —dijeron—. Usted nos va a organizar el reparto. Desde ahora la ponemos al frente de estos almacenes. No hay más dueño que usted y nosotros.

La señora se puso detrás del mostrador.

—Pruébese esos zapatos —ordenaba a un comunista—. ¿Le aprietan? ¡Pues otros mayores!

—¡"Mamá", una camisa del treinta y ocho!

—¡"Mamá", una camiseta bien caliente para el invierno!

¿Saben ustedes, lectores, la opinión que "mamá" tiene de los revolucionarios!... Pues que son algo así como unos chiquillos, buenos en el fondo, a quienes ella misma, con mucha comprensión y cariño, se comprometía a meter en vereda. Es una opinión nada más que pintoresca. Pero se la expongo a ustedes, por si algo pudiera sugerirles.

Un catedrático hospedado en "La Flora" me ha relatado salvajadas; pero también que la guardia roja encargada de

la vigilancia de la fonda, al saber que los huéspedes de la misma, entre los cuales se hallaban dos señoras, llevaban dos días sin comer, se fueron bajo la metralla a echar abajo el cierre de una tienda de comestibles.

—Volvieron —me ha dicho— con una caja de galletas atravesada por dos balazos, y uno de ellos herido.

Místicos, débiles, valientes, granujas, chiquillos... de todo hay en una revolución. En ésta, la mayoría han sido los chiquillos. Doscientos o trescientos hombres —tal vez me exceda en la cifra— han llevado al combate a muchos millares de muchachos, que una vez en contacto con la crueldad de la lucha no han tenido más que una obsesión: dejar las armas y huír.

Los otros, los irreductibles, van a morir con las armas en la mano. Estoy seguro de ello. Pero a estos muchachos de diez y siete y diez y ocho años, lanzados a la revolución con la inconsciencia de la extrema juventud, no hay que cerrarles le camino de la vida. La lección ha sido dura y no se les olvidará jamás. Esto es lo que siento ganas de decir a España entera desde este rincón asturiano, ante unos horizontes verdes que empiezan a diluirse en el atardecer. Gritarlo bien alto antes de volver a la ciudad, donde la estela de sangre, de odios, de rencores, de ruinas, que ha dejado la revolución, impiden llegar hasta el corazón el sentimiento de la piedad.

LUIS G. DE LINARES.

Oviedo, 14 de octubre de 1934.

Prisioneros de los Nazis

La prestigiada revista norteamerica "New Republic", acaba de publicar una narración de cuya veracidad se hace responsable, sobre la forma en que son tratados los prisioneros políticos de la dictadura de Hitler.—La revista FUTURO publica la traducción de un resumen de esa narración que apareció en el Readers Digest de octubre de este año, para que se vea hasta qué punto llega la inmoralidad del régimen fascista.

El campo de concentración que se encuentra en Duchau tiene una superficie de una milla cuadrada más o menos, está circundado por una barda de concreto de siete pies de altura y está debidamente resguardado por ametralladoras. En la actualidad aloja aproximadamente a 1700 prisioneros, la mayor parte de los cuales son comunistas o miembros de organizaciones conocidas como simpatizantes, tales como las agrupaciones atléticas de trabajadores y aquellas de índole mutualista.

Ahí se encuentran recluídos aproximadamente 40 judíos, en su gran mayoría trabajadores manuales o empleados; sólo algunos de ellos son hombres de negocios de pueblos pequeños, que han sido aprehendidos por motivos estrictamente personales consecuencia del rencor y la envidia. A ninguno de ellos se le ha podido sentenciar en virtud de no habérsele podido comprobar violación alguna a la ley y sin embargo permanecen detenidos por un período indefinido de tiempo.

La actitud que existe hacia los prisioneros se deduce fácilmente de las siguientes citas de una arenga dirigida por un jefe nazi a sus sobordinados: "Recordad siempre que aquí no tenemos seres humanos, sino puercos." —"No temáis ser reprimidos por la dureza que mostréis para con los prisioneros."— "No olvidéis que a mayor número de fusilados corresponde un número menor de bocas a las que es preciso alimentar."

Los prisioneros viven casi a la intemperie, refugiados en barracas primitivas las que no ofrecen abrigo alguno de la lluvia, del frío y del viento. Los prisioneros duermen sobre colchones de paja y se cubren con un cobertor que se cambia cada dos meses. Hay un pequeño lavabo para cada 52 individuos y sólo se les permiten 25 minutos para el aseo de to-

dos ellos. Cerca de sus barracas existe un estanque lleno de agua cenagosa, el que, retratado con extrema astucia y habilidad, se hizo aparecer en el "Illustrierte Zeitung" del 16 de julio de 1933, en calidad de alberca destinada a los presos. Los reclusos están dedicados a trabajos forzados, ocupándose en la construcción de caminos y de campos de entrenamiento. A varios de ellos se les unció en calidad de bestias a una aplanadora la que tuvieron que arrastrar durante varias semanas por espacio de nueve horas diarias, sin concedérseles un solo momento de descanso.

El alimento que se les proporciona es tan escaso que apenas si serviría para mantener a individuos dedicados al descanso absoluto, pero nunca para alimentar a hombres que trabajan. El descanso nocturno de los prisioneros con frecuencia es interrumpido por grupos de guardias ebrios que penetran a sus barracas para injuriarlos y golpearlos. En muchos casos los prisioneros han encanecido a consecuencia de la angustiosa tensión en que viven. Se permite a los reclusos escribir una carta o una tarjeta postal semanariamente, pero ésta debe ser entregada a las autoridades para su censura. Cualquier informe que en ella se dé acerca de las condiciones que existen en el campamento significa castigo diario en el que el látigo entra a funcionar, y reclusión en celdas obscuras. Todas las celdas están provistas de una cuerda por si acaso el prisionero desea suicidarse, colgándose.

Uno de los trucos favoritos de los nazis consiste en ordenar a los prisioneros recién llegados al campo de concentración que penetren a un cuarto obscuro, de espaldas hacia la puerta, mientras aquellos se encargan de hacer disparos al aire. Cuando llega un nuevo contingente, se seleccionan algunos prisioneros que son terriblemente azotados con vergajos con alma de acero.

El 12 de abril llegó una nueva remesa de Nuremberg, encontrándose en ella tres judíos. Unos cuantos minutos después todos fueron asesinados a tiros disparados a quemarropa. El Segundo Comandante Erpsmuller se jactaba de este acto ante los mismos reclusos, diciendo: "Yo me opongo a que se torture a los judíos. A los insectos no se les extermina arrancándoles las patas, sino aplastándolos."

Al Secretario del Partido Comunista, diputado Joseph Goetz, se le sujetó a constantes interrogatorios. Siempre regresaba a su celda con el cuerpo cubierto de heridas y el ordenanza del campamento se negaba sistemáticamente a prestarle auxilio, rehusándose a facilitarle un simple pedazo de tela para vendárselas. Todas las noches a las 10 en punto uno de los capataces penetraba en su celda con 5 policías

especiales y lo golpeaban hasta hacerle perder el conocimiento. Su colchón, empapado en sangre, se ponía a secar al sol cada dos días. Después de más de dos semanas de este tormento, Goetz fué asesinado.

Al diputado Fritz Dressel se le sujetó diariamente a tormentos semejantes. Trató de suicidarse abriéndose las venas con un trozo de vidirio, pero fué descubierto cuando aún daba algunas señales de vida y se le condujo rápidamente a una estación de primeros auxilios. Algunas horas después fué "encontrado" en medio de un charco de sangre con los brazos desencajados.

Schloss, un comerciante de Nuremberg, murió en menos de 3 días a consecuencia de golpes en los testículos. Un abogado, de apellido Strauss, de Munich fué aprehendido porque en alguna ocasión patrocinó un asunto en contra del Ministro de Justicia. Algunos días después este individuo, que antes gozaba de excelente salud, se transformó en una verdadera piltrafa humana de cabellos blancos. Le obligaron a que nadase en agua helada mientras se encargaban de fustigarle con vergajos. Después de atormentarle por cuatro días fué fusilado.

En alguna ocasión llegaron 12 judíos quienes fueron inmediatamente despojados de sus ropas; les cubrieron las cabezas con cobertores para que no se oyesen sus quejidos y se les azotó de una manera salvaje. Cuando se les llevó a las barracas el cuerpo de cada uno de ellos era una enorme llaga. A los otros judíos se les obligó a limpiar con las manos, excusados que previamente habían sido llenados de suciedad. A uno de ellos se le obligó a untársela en la cara.

A pesar de la promesa hecha por el comandante en el sentido de que se daría libertad a todo prisionero que maltratase a los judíos, éstos fueron siempre objeto de consideraciones por parte de los otros reclusos.

La prensa alemana se ha encargado de hacer saber que un buen número de prisioneros ha sido puesto en libertad y que muchos campos de concentración se han clausurado ya. Para subrayar la veracidad de estas declaraciones, la prensa ha informado que 2000 prisioneros fueron libertados en la región sur de Baviera con motivo del cumple-años de Hitler, lo que equivale a decir que sólo del campo de Dachau han salido por lo menos 1500 individuos. En verdad, sólo fueron puestos en libertad 99 hombres, y 25 de ellos fueron reaprehendidos al día siguiente.

Las atrocidades cometidas en Dachau eran la obra de unos cuantos sujetos, verdaderos criminales, que contaban

con el decidido apoyo de sus jefes. La gran mayoría de los elementos que integran las Tropas de Asalto no tomaba parte en los tormentos; al contrario, algunos de los guardias tenían el suficiente valor de oponerse a ellos. A éstos se les colocaba en "observación". Algunos de los miembros de la policía especial tenían simpatías por los prisioneros y debido a ello era preciso cambiar de guardias cada tres semanas, dejando en servicio permanente sólo a los más despiadados y salvajes.

(Traducción de A. C.)

DESAMORTIZACION

(Datos que completan el artículo del licenciado don Manuel de la Peña, publicado en nuestro número de septiembre.)

Después de Constantino fué tal la cantidad de bienes raíces, que bien pronto los Gobiernos se vieron precisados a impedir y aún nulificar las adquisiciones territoriales de la Iglesia, como lo muestran los números 20, 22 y 27 del Código Teodociano que resumen las leyes dadas por Valentiniano Valente y Graciano.

En España los reyes y señores feudales, otorgáronle pingues dotaciones de tierras, ciudades, villas y castillos a Obispos y Monasterios, haciéndola tan poderosa que amenazaba constituír un Estado dentro del Estado, lo cual determinó a Don Alonso VII a instancias de las Cortes de Nájera de 1130, a prohibir la enajenación de bienes realengos a Monasterios e Iglesias, prohibición que repitieron en los fueros de Sepúlveda, Baeza, Toledo, Cuenca, Córdova y Sevilla.

Los reyes Católicos como Don Alfonso VIII, el mismo San Fernando, Alfonso XI y Don Pedro I, reprodujeron constantemente las mismas prohibiciones y el que subsistieran, fué perenne petición de las Cortes.

En la Recopilación de Indias, existe la Ley de 27 de octubre de 1535, dada en Madrid por el Emperador, en la que manda "Se repartan las tierras con equidad, y no las puedan vender a Iglesia, Monasterio, ni a otra persona eclesiástica, pena de que las hayan perdido y pierdan y puedan repartirse a otros."

La Real Cédula de 9 de septiembre de 1796 repetida en 26 de diciembre de 1804, mandó exigir un 15% de todos los bienes que en cualquier forma se amorticen en todas partes en donde no estuvieren establecidas las leyes de amortización.